M. PHILIPON

EN PRESENCIA DE DIOS

ISABEL DE LA TRINIDAD

EDITORIAL BALMES
BARCELONA

2ª Edición

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-210-0011-X
Depósito legal: GI-412-99
Impreso en España
Printed in Spain

Impreso en Palahí Arts Gràfiques
Canonge Dorca, 1
17001 GIRONA

A

NUESTRA SEÑORA DE LA TRINIDAD

CARTA-PREFACIO
del Reverendísimo Padre
ANASTASIO DEL ROSARIO
Superior General de los Carmelitas

CURIA GENERALIZIA
CARMELITANI SCALZI

Roma, 6 de mayo de 1966

Mi Reverendo Padre:

Con la solicitud y competencia que os caracterizan, os habéis ocupado nuevamente de la Sierva de Dios Isabel de la Trinidad. Es un motivo de alegría no sólo para mí, sino también, estoy seguro de ello, para numerosas almas atraídas por la Carmelita de Dijón alimentadas por su doctrina.

La idea de llamar la atención sobre esos escritos es verdaderamente actual. En efecto, no hay ninguna duda de que nuestro mundo contemporáneo tiene una necesidad inmensa de educar su sentido de la presencia de Dios. Los hombres de hoy, aplastados por la invasión de millares de cosas terrestres, pueden experimentar la impresión de obtener con ello algún beneficio. Lo cierto es que se dan cuenta de que tales cosas no bastan para colmar los más profundos deseos del espíritu y del corazón. El hombre, creado a la semblanza de Dios y rescatado por el misterio de Cristo, no tiene una riqueza mayor que la de la Presencia del Señor. Esta Presencia del Señor, de la cual la hermana Isabel ha sentido y vivido la profundidad, no es un privilegio de algunos, sino un don ofrecido a todos sin distinción. Ciertamente, habrá hombres que experimentarán en su conciencia esta Presencia divina y la vivirán con fidelidad, cuanto más serán capaces de valorar las presencias terrestres multiformes, poniéndolas al servicio de la gloria divina y de la dignidad humana.

Este mensaje que nos llega por medio de la hermana Isabel, responde perfectamente a una preocupación de la Iglesia que, por la voz del Concilio, proclama que "el

hombre vale más por lo que es que por lo que tiene" (Const. Gaudium et Spes, n.º 35), y que si debe reconocer una legítima autonomía a lo temporal, el hombre no puede disponer de las cosas creadas sin referirse al Creador.

El carácter sencillo del mensaje de la Carmelita de Dijón es el adecuado para atraer a los hombres de hoy, enemigos de cualquier inútil complicación. La permanencia de la Trinidad en lo más íntimo del alma, ésta es la verdad fundamental que ha alimentado esa existencia: "Creer que un Ser que se llama Amor vive en nosotros en todo momento, día y noche, y que nos pide que vivamos asociados con Él; esto es, os lo digo en confianza, lo que ha hecho de mi vida un cielo anticipado", ha escrito Isabel. ¡Qué puede haber de más sencillo que esta intimidad con Dios! Mostrarla a los hombres, ésa ha sido la misión que ha vislumbrado proféticamente la hermana Isabel y así lo ha expresado unos días antes de su muerte: "Me parece que en el cielo, mi misión será la de atraer a las almas ayudándolas a salir de sí mismas para adherirse a Dios por medio de un movimiento sencillo y amoroso; guardándolas en el gran silencio que permite a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Él".

Esta verdad vital puede vivirse en medio de las ocupaciones más corrientes, como nos lo muestra el ejemplo de Isabel Catez. Y es un rasgo más de su fisonomía que la aproxima extraordinariamente a nuestros contemporáneos. En efecto, su vida se ha deslizado en las condiciones más normales. De joven, acepta sin reticencias las exigencias de su condición social: reuniones mundanas, viajes, etc. Pero su *Diario* de adolescente nos atestigua que para ella la fidelidad al Esposo de las Vírgenes era el único entusiasmo y la verdadera juventud de su vida. Si su corazón se ha fijado ya irrevocablemente en Dios, su comportamiento está lejos de ser el de una reclusa. De carácter alegre y eminentemente sociable, se siente a sus anchas en sociedad, experimentando afecto por algunas almas selectas, aprovechando de este modo todas las ocasiones de dedicarse al servicio del prójimo. En el Carmelo, la volveremos a encontrar en la sencillez de la tarea cotidiana absolutamente semejante a la de sus hermanas.

Así pues, los 21 años de su vida en el mundo, donde no se ha apartado de ninguna de las exigencias, incluso fútiles y triviales, de las conveniencias humanas, como los otros cinco de su vida en el claustro vividos sin la menor singularidad, nos prueban de una manera muy consoladora que la santidad puede conseguirse a través de las circunstancias más corrientes. ¿No es alentador para los que quieren tomar en serio el llamamiento universal a la santidad que les dirige el Concilio?

Estas circunstancias corrientes de la vida, la hermana Isabel las llenaba con un gran espíritu de fe que le permitía atravesar el mundo visible para llegar hasta el mundo invisible. Ahí es donde debemos buscar el principio animador de una existencia, en apariencia tan trivial. Hija espiritual de san Juan de la Cruz, estaba convencida de que la fe era el único camino que nos lleva a la unión transformante. Allí aún, se nos revela un guía para nuestra época que peligra de ser captada por el mundo visible y siente necesidad de que los testigos del mundo invisible le señalen el camino para el cumplimiento integral del hombre.

En fin, ¿hemos de añadir que esta alma penetrada enteramente de la Biblia ha sido hecha para atraer a los cristianos de hoy, tan dispuestos a frecuentar las Santas Escrituras y alimentarse con la Palabra de Dios? Al leer a la hermana Isabel, es muy difícil eludir la impresión de que sus pensamientos emanan con una bella sencillez y espontaneidad de una alma saturada de la Divina revelación. La intimidad con los Profetas, con san Juan y sobre todo san Pablo, es una constatación reveladora de afinidades interiores sorprendentes.

Por todos estos motivos, estoy seguro, mi Reverendo Padre, que vuestra obra será muy beneficiosa, y, en mi nombre personal como en el de todos los que la leerán, os doy mis más expresivas gracias.

Vuestro devoto en Cristo Nuestro Señor y en la Virgen María,

FR. ANASTASE DU T. S. ROSAIRE
Prep. Gen. O. C. D.

Presencia o ausencia de Dios

«El mundo desesperado llama a Dios»

PRESENCIA O AUSENCIA DE DIOS

"¡El mundo desesperado llama a Dios!" Este grito angustiado de un obispo de la Europa Central, oído en el transcurso de los trabajos de la Comisión teológica del Vaticano II, nos desconcertó a todos. Se estaba en plena discusión sobre el papel de la Iglesia en el mundo. Recogiéndose así, a la luz del Evangelio, para discernir los signos de los tiempos *y poder transmitir mejor a los hombres el mensaje divino, la Iglesia constataba con tristeza el trágico destino del hombre moderno, centrado desesperadamente en él mismo, y, sin embargo, atormentado más que nunca por la llamada del Infinito.*

Para el que observe objetivamente, con mirada de fe, nuestra civilización técnica, es la constatación dolorosa de un mundo sin Cristo y sin Dios (Eph 2, 12). *No son ya algunos hombres aislados que, por ignorancia o por pasión, rechazan la existencia de Dios, sino pueblos enteros, innumerables espíritus, que militan con ardor para que la humanidad entera expulse a Dios de la explicación del mundo. ¿Sería, pues, verdadera blasfemia de Nietzsche: "¡Dios ha muerto!"? Sin embargo, en todos los países ha surgido una corriente espiritual entre las* élites, *aparece una nueva humanidad insatisfecha de un materialismo que no explica nada, pero que conduce al absurdo y a la desesperación. La Iglesia del Concilio, una Iglesia de faz joven y radiante, reaparece, animada por el soplo de un* nuevo Pentecostés, *resuelta con el apoyo de su Maestro a proclamar por doquier el Nombre del Único Señor. Nunca el mundo estuvo a la vez tan lejos y tan cerca de Dios.*

¿Hay una tarea más actual, más constructiva y liberadora, que recordar a los hombres la trascendencia de Dios, su Presencia creadora y divinizante, descubriéndoles su propia grandeza de hijos de Dios *por la gracia? Tal es*

el sentido de este libro y del mensaje que transmite; mensaje de extrema actualidad. Cuando se me pidió la traducción al japonés de "La doctrina espiritual de Isabel de la Trinidad", se me escribió: "Sartre ha pasado entre nosotros con su existencialismo ateo; nosotros queremos responder a ello con una colección nueva, publicando en primer lugar los escritos de la santa de la Presencia de Dios".

Isabel de la Trinidad es la respuesta evangélica a esa necesidad, la más arraigada de nuestro tiempo: DIOS. *Lo presintió ella escribiendo algunos días antes de su muerte: "Me parece que en el cielo, mi misión será atraer a las almas, ayudándolas a salir de sí, para adherirse a Dios por un movimiento muy simple y muy amoroso, y guardarlas en ese gran silencio interior que permite a Dios imprimiese en ellas y transformarlas en Él". Y antes de morir, legaba a su priora su vocación eterna de* alabanza de gloria de la Trinidad.

En esta época de activismo que amenaza esterilizar los más generosos esfuerzos de apostolado, Isabel de la Trinidad revela a todas las almas la primacía de la vida interior y de la unión con Dios. Su destello espiritual se ha extendido por todo el mundo. Ha conmovido a muchedumbre de almas sacerdotales y religiosas, ha estimulado a innumerables bautizados y apóstoles de Acción católica. Enseña a todos a vivir, en medio de las actividades exteriores más desbordantes, en la intimidad divina; por la fe y el amor, sin otro horizonte que Dios. Arrastra a las almas selectas a una vida de perpetuo excederse uno mismo, a imitación de Cristo, no viviendo más que para la gloria del Padre. *Su misión es más actual que nunca. En este mundo* laicizado, *donde millares de hombres gimen en una atmósfera de humanismo ateo, su ejemplo nos recuerda reciamente la vocación de toda criatura y el fin supremo del universo: la glorificación de Dios, "la alabanza de gloria de la indivisible Trinidad".*

ROMA, 14 de septiembre de 1965

En la apertura de la 4.ª sesión conciliar
del Concilio Vaticano II.

Capítulo primero

LA SANTA DE LA PRESENCIA DE DIOS

I. LA SUBIDA HACIA LA TRINIDAD

II. MISION EN LA IGLESIA

"Todo mi esfuerzo
consiste en entrar ahí dentro,
y perderme entre Los que están allí"

LA SANTA DE LA PRESENCIA DE DIOS

Cada fisonomía de santo, muestra a su manera un aspecto de la faz de Dios. De ahí la inagotable variedad de los tipos de santidad en la Iglesia: vírgenes, doctores, mártires, contemplativos y hombres de acción, muchedumbre infinita de santos y santas de todas las razas y de todas las épocas, de todas las clases sociales: padres y madres de familia, trabajadores de fábrica, pobres y ricos, príncipes y reyes, genio del pensamiento o inteligencia sin cultura. Todos, según su grado de amor, son hijos de un mismo Dios, obreros de una misma obra de redención, miembros de un mismo cuerpo místico, en su mayoría desconocidos en la tierra y cuya verdadera grandeza se manifestará el día final en el centelleo de la gloria de Cristo. Una Teresa de Lisieux, "la santa más grande de los tiempos modernos", pasó aquí abajo insospechada, hasta en los medios sociales que la rodeaban de más cerca. Un día que, en el Carmelo de Lisieux, preguntaba yo a la madre Inés de Jesús si, en vida de Teresa, pensaba que su hermanita llegaría a ser canonizada, me respondió al instante: "¡Nunca, padre mío! ¡Era igual que todo el mundo!", y agregó: "¡Como la Virgen de Nazaret!"... Isabel de la Trinidad, alma de silencio y de recogimiento, sepultó en un claustro sus excepcionales dones de artista. En el interior de su alma habitada por la Santísima Trinidad, quiso "cantar la gloria del Eterno, y solamente la gloria del Eterno". Fue la santa de la morada divina y de la Presencia de Dios.[1]

1. Datos principales de su vida: Isabel Catez nació el 18 de julio de 1880 en el campo militar de Avord (cerca de Bourges), en donde su padre era oficial. Fue bautizada el 22 de julio. El 2 de octubre de 1887 muere su padre, dejándola huérfana con su hermana Margarita,

I

La subida hacia la Trinidad

"En el transcurso de los acontecimientos"

La santidad es obra de toda una vida. Como los grandes artistas, cuando Dios quiere realizar una obra maestra, comienza por dejar obrar las causas segundas, después interviene súbitamente, a su manera divina y, con algunos golpes decisivos, modela una alma a imagen de su Hijo. Tal fue el caso de Isabel de la Trinidad, en el marco de una familia cristiana junto a su madre y a su hermana, en el azar de las reuniones mundanas a que le induce su medio social, mezclada alegremente en el gentío con sus amigas, en reuniones militares brillantes; pero secretamente entregada por entero a Cristo en un amor indivisible, ávida de "amarle hasta morir por Él" y de ser cada día más y más conforme a esa imagen adorada. "Sueño ser pura como un ángel y morir transformada en Jesús Crucificado, Aquél que fue la perfecta alabanza del Padre." Ahí está todo el secreto de esa existencia de joven, hecha carmelita y que, después de cinco años de claustro, muere a la edad de 26, consumida por el amor, enteramente dócil a la acción creadora y transformadora de Dios, que realizó en ella uno de los más hermosos tipos de santidad contemplativa.

dos años más joven. A los siete años, primera confesión, que ella llamaba su «corversión». El 13 de abril de 1891, primera comunión. El 2 de agosto de 1901, a los 21 años, entra en el Carmelo de Dijón. El 8 de diciembre de 1901: toma de hábito. En la fiesta de la Epifanía de 1903: profesión religiosa. El 21 de noviembre de 1904, escribe su célebre plegaria: «¡Oh Dios mío, Trinidad que adoro!». En el transcurso de las licencias de Pascua de 1905, descubre en san Pablo su vocación suprema de « alabanza de gloria de la Trinidad». Por Ramos de 1906, después de una grave crisis de estómago, recibe la extremaunción. El 19 de marzo de 1906, entra definitivamente en la enfermería. El 9 de noviembre de 1906: santa muerte. La Iglesia ha iniciado su proceso de canonización.

Pueden seguirse, en el discurrir de los acontecimientos, las principales etapas de su ascensión espiritual hacia Dios. Los dones de la naturaleza preparan a menudo las maravillas del orden sobrenatural. Cuanto más se estudia a los santos, más nos impresiona en ellos la armoniosa síntesis de naturaleza y de gracia. Realizan en sí mismos el plan de Dios en una indivisible unidad.

"Una voluntad de hierro"...
"Un gran recogimiento"

La maestra que dio a Isabel Catez sus primeras lecciones de francés y que la vio vivir bajo sus ojos desde los seis a los nueve años, la observó atentamente. Ha notado en ella dos rasgos esenciales: una voluntad inflexible y una rara aptitud para la oración. "Esta niña tiene una voluntad de hierro —repetía—, "es preciso que consiga lo que desea." Por otra parte, a los seis años, Isabel sorprendía por su recogimiento en la iglesia, cuando rezaba."

He aquí el testimonio psicológico más prístino acerca de su infancia. Bastará añadir a "voluntad de hierro" y "alma de oración", "sensibilidad de artista", y tendremos los tres rasgos característicos más fundamentales de Isabel Catez.

"Nunca he visto rezar como a Isabel"

Al proceder a una pertínente encuesta minuciosa cerca de los testigos de su vida, entre 1934 y 1936, para escribir "la doctrina espiritual de Isabel de la Trinidad", pude recoger preciosos testimonios, fielmente estenografiados, que conservan la espontaneidad y la frescura de una instantánea. Se los hallará "in extenso" al final del volumen, en las "Notas documentales". Del conjunto de estos testimonios sobre Isabel Catez, se saca un retrato vívido que nos la muestra sencilla y alegre en su ambiente social, animosamente empeñada en todas las fiestas mundanas; pero con inviolable fidelidad a Cristo, y dejando, a la vista de todos los que se le allegaron de más cerca, el destello de una santa. Su amiga más íntima,

María Luisa Hallo, me decía: "Así que Isabel entraba en la iglesia, ya no era la misma persona; esto me impresionó siempre. Nunca he visto a rezar como Isabel."

"Aquí, me dedico mucho a la música"

La correspondencia y el *Diario* de Isabel, nos introducen en el secreto de su vida. Más que sus hechos y sus gestos, sus propias palabras nos revelan el alma de los santos. Nada nos da tanto a conocer a alguien como su lenguaje interior. Esta ley psicológica es verdadera y especialmente para una alma contemplativa como la de Isabel de la Trinidad. La hallaremos entera en sus cartas y confidencias, con su encantadora espontaneidad, cada vez más absorta por Dios.

—"Hemos pasado algunos días en Saint-Hilaire, encantadora capital de provincia, donde habitó mamá cuando tenía mi edad... Aquí me dedico mucho a la música. Mi amiga tiene un piano de cola excelente que es delicioso. Tiene sonidos soberbios y me pasaría ante él horas y horas. Acompaño a la prima de Gabriela que toca muy bien el violín; su marido es un excelente pianista e interpretamos a cuatro manos".

Un año después, escribe de otro rincón de Francia:

—"En Lunéville, hacemos una vida de lo más agradable, desayunando con unos, almorzando con otros, amén de las numerosas partidas de tenis con muchachas muy amables; en fin no disponemos ni de un minuto y no sabemos ni lo que hacemos.

"El 14 de julio asistimos a una soberbia revista en el Campo de Marte. No puedes imaginarte lo hermoso que era ver aquella carga de caballería con todos aquellos cascos y corazas que brillaban al sol. Por la tarde, estuvimos en el Bosquecito, soberbio paseo, más bello que el parque. Las iluminaciones eran muy bonitas. Nos creíamos estar en Venecia." (19 julio 1897).

Al año siguiente, las mismas vacaciones de estío, pero en el mediodía de Francia. "No quiero marcharme de Tarbes sin decirte cuánto hemos hablado de ti con los de Rostand, que te mandan sus mejores saludos.

"Nuestra estancia aquí ha sido una serie de diversiones, festivales de danzas, festivales musicales, excursiones al campo. Todo en sucesión. La sociedad de Tarbes es muy agradable. He visto muchas jóvenes, a cuál más encantadora que las otras. Estamos muy impresionadas de la acogida que se nos ha hecho y nos llevamos un delicioso recuerdo de Tarbes... No nos separábamos del piano y las tiendas de música no bastaban a darnos partituras.

"Mi corazón se encoge ante la idea de dejar a mi querida Yvonne. ¡Si tú vieras cuán bonita es! Y de añadidura, un carácter verdaderamente ideal. En cuanto a la señora de Rostand, su enfermedad no ha dejado ningún rastro; está más joven, más elegante que nunca, siempre tan buena. Ayer cumplí 18 años y me regaló un maravilloso encaje para mi camisolín en turquesa. Al parecer has conquistado a un negro. Me siento curiosa de conocer esa historia, cuyos ecos han llegado hasta mí. Escríbeme pronto.

"En Lourdes pensaré mucho en ti. Desde allí iremos a dar una vuelta por los Pirineos: Luchón, Cauterets, etc. Estoy loca por esas montañas que contemplo mientras escribo. Me parece que ya no podré pasarme sin ellas." (31 julio 1898.)

"Lourdes y los Pirineos"

"Al salir de Tarbes, nos fuimos a Lourdes, ese rincón del cielo donde hemos pasado ocho días deliciosos, como no pueden pasarse más que allí. He pensado mucho en vosotras al pie de la Gruta. ¡Ah, si supierais qué buenos ratos se pasan allí y cómo se conmueve una! No había grandes peregrinaciones. Pudimos comulgar en la gruta. Me gusta Lourdes con esa calma" (verano 1898).

"En este momento leo el Camino de perfección"

Que nadie se engañe con ello; esta elegante muchacha tiene el alma de una santa. Se adapta maravillosamente a todos los ambientes y a todos los medios; pero a los 14 años, en la acción de gracias de una comunión

eucarística, en un impulso de amor irresistible, Isabel Catez hace voto de virginidad. Quiere entregarse plenamente a Cristo y sólo a Él. Dios responde a su amor colmándola de nuevas gracias de unión y de recogimiento. Es una alma privilegiada que Dios eleva muy pronto hacia las cimas de la vida mística. La confesión explícita se halla en su *Diario:* "Estoy leyendo el *Camino de perfección* de santa Teresa. Me interesa enormemente..."

"¡La oración!, cómo me gusta el modo con que trata este tema santa Teresa, cuando habla de la contemplación, ese grado de oración en el cual es Dios quien lo hace todo (y nada hacemos nosotros); en el que une nuestra alma tan íntimamente a Él, que ya no somos nosotros los que viven, sino Dios que vive en nosotros... He reconocido en esto los momentos de éxtasis sublime a los que el Maestro se ha dignado elevarme frecuentemente en el transcurso de este retiro y aun después. ¡Qué darle a cambio de tantos beneficios! Pasados estos éxtasis, estos sublimes arrobamientos, durante los cuales el alma todo lo olvida y no ve más que a su Dios, ¡cuán dura y penosa parece la oración ordinaria!" (20 febrero 1899).

Por el movimiento oculto de su vida, Isabel de la Trinidad se une a la más pura tradición carmelitana. Es hija de santa Teresa de Ávila. En la lectura del *Camino de perfección,* descubre la intuición directriz que llegó a ser la gracia fundamental de su vida de intimidad con Dios *por dentro.* La espiritualidad teresiana es una interiorización progresiva del alma en Dios, en el centro más profundo de ella misma. Es allá donde debe establecerse y vivir, según el célebre itinerario descrito en las siete moradas del *Castillo del alma.*

"En el cielo de mi alma"

La lectura del *Camino de perfección,* marca su vida para siempre. He aquí el pasaje capital. Santa Teresa se dispone a comentar el padrenuestro, al que juzga en buena ley como la más perfecta oración. "Considerad ahora —escribe a sus hijas— las palabras del Maestro:

"Padre nuestro *que estás en los cielos*". ¿Pensáis que sea de poca importancia conocer ese cielo y saber en dónde buscar a vuestro Padre Santísimo? Para los espíritus discretos, es muy conveniente no sólo aprender esta verdad, sino experimentarla. Ése es uno de los más eficaces métodos para fijar nuestro entendimiento y ayudar a nuestra alma a recogerse.

"Vosotros lo sabéis: ¡Dios está en todas partes... Allí donde está Dios, allí está el cielo!" San Agustín, después de haber buscado a Dios por doquier lo descubrió dentro de sí mismo. ¿Pensáis que importa poco a una alma perpetuamente distraída, comprender esta verdad y saber que no hay necesidad de subir al cielo para hablar al Padre eterno y para encontrar en Él la felicidad?... Al alma le basta con ponerse en soledad; y sin alejarse de sí, hallarle dentro de uno mismo"... Aquellas de entre nosotras que sepan refugiarse así en el *pequeño cielo de su alma* donde mora Aquél que la ha creado, así como a la tierra, podrán acostumbrarse a no mirar nada afuera, ni a quedarse allá donde los sentidos exteriores hallan una continua distracción. Pueden creerme, hay en esto una vía excelente. Llegarán, sin duda alguna, a la Fuente de agua viva" (cap. XXX).

El alma atenta de Isabel fue deslumbrada por esta revelación de la Presencia de Dios "*en el cielo de su alma*". El texto de Teresa de Ávila le ha dictado la fórmula-clave de su vida. Ahora Isabel se ha afirmado en su gracia personal y en su propia vocación: "he hallado mi cielo en la tierra, pues el cielo es Dios y Dios está en mi alma". Esta fórmula-clave reaparecerá en todas las etapas de su vida interior y la acompañará hasta el fin de su vida. Soñará entonces vivir "en el cielo de su alma" su vocación suprema de "alabanza de gloria de la Trinidad".

"Sí, ahí están los Tres"

Fue en el transcurso de los dos últimos años que pasó en el mundo, cuando Isabel encontró en el Carmelo a un dominico, el padre Vallée, que debía marcar su alma con una señal indeleble y "orientar" su vida hacia

los Tres para siempre. Durante una larga conversación que duró cerca de dos horas, le explicó cómo el alma en estado de gracia se hace templo del Espíritu Santo y cómo la Trinidad mora en lo más íntimo de nosotros mismos desde nuestro bautismo. "Sí están ahí justamente los Tres en el trasfondo del alma: el Padre, el Verbo y el Amor, envolviéndola en su caridad infinita, colmándola de sus beneficios, ayudándola a vivir "en sociedad" con Ellos".

Eso fue para ella una iluminación súbita y definitiva. A partir de ese día, su "Camino de la Presencia de Dios" estaba trazado: Isabel viviría dentro de sí misma, con los Tres. Inmediatamente, escribió sobre su felicidad al venerable canónigo amigo de su familia, al que había hecho sus primeras confidencias de niña: "desde hace diez días, tengo un ligero derrame sinovial en una rodilla... No puedo ir a la iglesia, privada de la santa comunión, mas, ved como el Buen Dios no necesita ningún sacramento, para venir hasta mí, me parece que le tengo lo mismo. ¡Es tan buena esta Presencia de Dios! Es allí, en lo más profundo, en el *cielo de mi alma,* donde me gusta encontrarle, puesto que Él no me abandona nunca. *"Dios en mí, yo en Él"* ¡Oh, es mi vida!... ¡Es tan bueno, ¿no es cierto?, pensar que, salvo la visión, lo poseemos ya como los bienaventurados lo poseen allá en lo alto, que no podemos dejarle jamás, ni dejar que nada nos distraiga nunca de Él! ¡Rezadle bien para que yo me deje tomar del todo, y arrebatar por entero!... ¿Os he dicho cuál es mi nombre en el Carmelo?: "María Isabel de la Trinidad". Creo que este nombre indica una vocación particular, ¿verdad que es hermoso? ¡Amo tanto ese misterio de la Santísima Trinidad! ¡Es un abismo en el que me pierdo!" (Al canónigo Angles, 14 junio 1901.)

Entrada en el Carmelo, esta alma de silencio y de recogimiento, encuentra allí en seguida el lugar privilegiado, el clima ideal que le permite alcanzar su plena floración. "La vida de una carmelita es el silencio." (A su hermana, 10 octubre 1901.) El silencio es presencia de Dios. Los primeros meses de vida claustral fueron encantadores: "No puedo llevar este peso de gracias", re-

petía la joven postulanta. Vivía sin esfuerzo de la Presencia de Dios, ¡en la admiración de un primer amor! "Todo es delicioso en el Carmelo: se encuentra al Buen Dios tanto en la colada como en la oración, sólo Él en todas partes" (a su madre, agosto 1901), "He hallado mi cielo en la tierra en mi querida soledad del Carmelo, donde estoy sola con Dios solo. Todo lo hago con Él, como voy a todo con un goce divino. Cuando barro, o trabajo, o estoy en oración, todo lo encuentro bueno y delicioso, pues que es a mi Maestro a quien veo por doquier" (a su tía Roland, 1901).

No ha de creerse que para llegar a ser una alma de oración, hay que adoptar una actitud mojigata y tener, en medio de las dificultades de la vida, los ojos cerrados. Santa Teresa de Ávila se mofaba lindamente de esas almas encapuchadas que no osan moverse durante la oración por miedo a que levante el vuelo el Espíritu Santo. Ciertamente, el silencio y la soledad ayudan poderosamente al silencio interior, pero el recogimiento contemplativo se sitúa ante todo en las profundidades de una alma que vive en contacto continuo con Dios. No imaginamos a sor Isabel de la Trinidad fija en una actitud rígida, dirigida hacia lo sublime. La joven de las veladas mundanas, buscada y pedida varias veces en matrimonio, incansable animadora de los juegos infantiles y de las reuniones de familia o de amigos, hecha carmelita apareció como una compañera agradable, poniendo animación y alegría en la intimidad del claustro; la más sencilla y deliciosa de las postulantas: "Ya que os gusta que os cuente muchas cosas, he aquí algo muy interesante: hemos hecho la colada. Para la circunstancia, me puse mi gorro de dormir, mi vestido oscuro, remangado del todo, un gran delantal por encima, y para terminar, los zuecos. Así bajé al lavadero, donde se fregaba de lo lindo e intenté hacer como las demás. Chapoteaba y me salpicaba no poco, pero eso no tiene importancia, estaba entusiasmada!" (A su madre, agosto 1902.)

Sor Isabel de la Trinidad manifestaba una maravillosa facilidad de adaptación y un perfecto equilibrio. Hubo de precaverse contra un recogimiento que ame-

nazaba convertirse en demasiado absorbente, sin llegar como santa Teresa y san Juan de la Cruz hasta el éxtasis. En ocasión de la fiesta de las hermanas conversas, escribió: "El día de santa Marta, festejamos a nuestras buenas hermanas del velo blanco. En honor de su santa patrona, tienen asueto en sus oficios, a fin de vacar con Magdalena en el dulce reposo de la contemplación. Son las novicias las que las remplazan y hacen la cocina. Aún estoy en el noviciado, porque en él permanecemos tres años desde la profesión. Pasé, pues, una buena jornada cerca de la hornilla. Cogiendo el mango de la sartén, no entré en éxtasis como mi madre santa Teresa, pero *creí en la divina Presencia* del Maestro, que estaba en medio de nosotras, *y mi alma adoraba en el centro de sí misma* a Aquél que Magdalena supo reconocer bajo velo de humanidad." (A sus tías Roland, verano 1905.)

Toda para todos en la vida de la comunidad, sor Isabel de la Trinidad sólo vivía de Dios y para Dios en el secreto de su alma, cada vez más invadida por esa presencia divina. "La vida de una carmelita es una comunión con Dios de la mañana a la noche y de la noche a la mañana." "Si Él no llenase nuestras celdas y nuestros claustros, ¡qué vacío estaría! Pero le vemos entre todo, porque le llevamos en nosotras y nuestra vida es un cielo anticipado." (A Francisca de Sourdon, 1904.)

Tras las alegrías del postulantado, el noviciado fue tenebroso. También ella hubo de pasar por esas terribles purificaciones de la noche oscura, descritas por san Juan de la Cruz. Es ley de toda santidad. Nadie puede escapar de la cruz. Sor Isabel de la Trinidad supo de estas horas de impotencia, de sequedad, de tedio, de escrúpulos, de estolidez. Soportó todo eso con valentía y nadie a su alrededor, excepto su priora, pudo sospecharlo. La víspera de su profesión, en la fiesta de la Epifanía de 1903, halló su fuerza y su tranquilidad. En lo sucesivo ya nada vendrá a turbar su inalterable paz. "En la noche que precedió al gran día, comprendí que mi cielo comenzaba en la tierra, el cielo en la fe, con el sufrimiento y la inmolación por Aquél que amo!..." (Al canónigo Angles, 15 julio, 1903.)

Por toques de gracia, cada vez más profundos, el Dios-Trino, modelaba en ella a la carmelita perfecta, a la vez apostólica y contemplativa, enteramente entregada a Cristo por la gloria del Padre y por el bien espiritual de la Iglesia entera.

En la mañana del 21 de noviembre de 1904, en la fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, después de largo rezo y de haber renovado su fórmula de profesión, al soplo del Espíritu, de un tirón y sin borrones, escribió su célebre elevación a la Trinidad, uno de los más bellos impulsos de la literatura cristiana: ¡Oh Dios mío, Trinidad que adoro!

"¡Oh Dios mío, Trinidad que adoro!"

"¡Oh Dios mío, Trinidad que adoro, ayudadme a olvidar enteramente para establecerme en Vos, inmóvil y apacible como si ya mi alma estuviera en la eternidad! ¡Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Vos, oh mi Inmutable, pero que cada día me lleve más lejos en lo profundo de vuestro misterio! Pacificad mi alma, haced de ella vuestro cielo, vuestra vivienda amada y el lugar de vuestro reposo. Que yo no os deje nunca sólo, sino que esté allí íntegra, toda despierta en mi fe, del todo adorante, completamente entregada a vuestra acción creadora.

"¡Oh mi Cristo amado, crucificado por amor, quisiera ser una esposa para vuestro corazón, quisiera cubriros de gloria, y... amaros... hasta morir de amor! Pero siento mi impotencia y os pido que me revistáis de Vos mismo, que identifiquéis mi alma con todos los movimientos de vuestra alma, que me sumerjáis, que me invadáis, que os sustituya en mí, para que mi vida no sea más que un destello de vuestra Vida. Venid a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

"¡Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida oyéndoos a Vos, quiero hacerme muy aplicada a fin de aprender todo de Vos; después a través de todas las noches, de todas las vidas, de todas las impotencias, quiero teneros siempre fijo y vivir bajo vuestra gran

luz. ¡Oh mi Astro amado, fascinadme, para que no pueda ya salir de vuestro resplandor!

"¡Oh Fuego consumidor, Espíritu de amor, sobrevenid a mí para que se haga en mi alma como una encarnación del Verbo; que yo le sea una humanidad de añadidura en la cual Él renueve todo su misterio!

"Y vos, ¡oh Padre!, inclinaos hacia vuestra criaturita; cubridla con vuestra sombra, no veáis en ella más que al Bien Amado en el cual habéis puesto todas vuestras complacencias.

"¡Oh mis "Tres", mi Todo, mi Beatitud, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo, me entrego a Vos como una presa. Sepultaos en mí para que yo me sepulte en Vos, en espera de ir a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas" (21 noviembre 1904).

Tales acentos sólo salen del alma de los santos. Sor Isabel de la Trinidad toca ya las cumbres de la unión; pero hay grados hasta el infinito en nuestra participación en la Vida divina. Todavía le falta olvidarse "enteramente", no vivir de Dios ya más que para Dios, para su sola gloria, según la máxima inscrita por san Juan de la Cruz, en su famoso gráfico, en la cima de la Montaña del Carmelo: "Sólo mora en este monte la gloria y la honra de Dios". Para sor Isabel esto será "la alabanza de gloria de la Trinidad".

Dios acabará en ella esa obra de transformación divina en el transcurso de los dos postreros años de su vida, sobre todo durante los ocho últimos meses de enfermería, en que ella vivirá en el palacio de la beatitud y del dolor", cada vez más conforme a la imagen del Crucificado.

"Laudem gloriae"

Por Pascua de 1905, en ocasión de algunos días de *licencia*, es decir, de posibilidad de encontrarse las carmelitas, visitándose en la celda unas a otras, como los eremitas de otro tiempo, fue, verosímilmente, cuando Isabel de la Trinidad descubrió su vocación última de "Laudem gloriae". En 1934 tuve la alegría de entrevistar a placer a la vieja hermana carmelita, sor Amada de Jesús, vein-

ticuatro años mayor que ella, junto a la cual había encontrado Isabel esa luz suprema que imprimía en su vida espiritual la nota más característica: comenzar ya en la tierra su vocación eterna de "alabanza de gloria de la Trinidad".

"—He hallado en san Pablo un pasaje espléndido, —le dije yo—: "Dios nos ha predestinado a la alabanza de su gloria". No se trataba de ninguna influencia del padre Vallée, que no estaba advertido de este punto. Yo había hablado de esto extensamente al padre jesuita, confesor, algunos días antes, durante la cuaresma de 1905; pero sin haberle concedido mayor importancia. No tuve la misma gracia que Isabel, que hizo de ello su nombre de "alabanza de gloria".

Por aquel entonces, también ella leía a san Pablo. Le leí ese pasaje en el texto francés. Isabel quedó maravillada. Se puso a buscar el texto latino. Mas no encontrándolo, volvió a mí tres o cuatro días después. "No encuentro el pasaje —me dijo—, ¿queréis indicármelo?" Jamás volvió a hablarme de ello. Más tarde, cuando Isabel se hallaba ya en la enfermería, noté que nuestra Madre y otras hermanas la llamaban *Laudem.* No dije nada. Isabel había recibido una gran gracia, que yo no tuve, una gracia mayor que la mía".

Una nueva fase de vida espiritual comenzaba para Isabel de la Trinidad, en total olvido de sí, con la sola ocupación de amar y de cantar "en el cielo de su alma" "la gloria del Eterno, sólo la gloria del Eterno."

Dios la había encaminado poco a poco hacia esa gracia suprema. En diciembre siguiente, escribió al abate Chevignard, cuñado de su hermana: "Puesto que sois un gran pontífice, ¿queréis, el 8 de diciembre, consagrarme a la potestad de su amor, para que yo sea de verdad *Laudem gloriae*"? Por vez primera asocia la fórmula de san Pablo "louange de glorie" "alabanza de gloria", en francés, a su nuevo nombre, característico personal, en latín. Y añade, en el tono confidencial de un descubrimiento: "Leí esto en san Pablo y comprendí que ésa era mi vocación en el destierro, esperando al Sanctus eterno" (diciembre 1905).

En ocasión de los votos de Año nuevo, el 19 de enero

de 1906, escribió al venerable canónigo de Carcasona: "Os voy a hacer una confidencia muy íntima: mi sueño es ser la "alabanza de su gloria". Fue en san Pablo donde leí esto y mi Esposo me dio a entender que allí estaba mi vocación desde el destierro, en espera de ir a cantar el *Sanctus* eterno en la ciudad de los santos". Se nota cómo ahora se siente firme en su vocación suprema.

"La comunión con sus aflicciones,
la conformidad con su muerte."

Su ascensión hacia la unión transformadora habría podido ser poco a poco. Dios precipitó los acontecimientos. Sor Isabel de la Trinidad llevaba varios meses resintiéndose de una extrema lasitud. Se refugiaba en el rezo junto a su adorado Maestro: "Yo lo puedo todo en Aquél que me fortifica", murmuraba. "Por la mañana, después del rezo de las horas menores me sentía ya al cabo de mis fuerzas y me preguntaba cómo podría llegar a la noche. Después de las completas, mi cobardía llegaba a su colmo: a veces tuve la tentación de envidiar a una hermana dispensada del oficio de maitines... La plegaria era todavía el mejor remedio a mis males. Pasaba el tiempo del gran silencio en verdadera agonía, que juntaba a la del divino Maestro, permaneciendo a su lado, cerca de la reja del coro. Era una hora de puro sufrimiento, pero que me daba fuerza para los maitines. Tenía así cierta facilidad para dedicarme a Dios. Luego, volvía a caer en mis debilidades y, sin que nadie lo advirtiese, gracias a la oscuridad, regresaba, mal que bien, a nuestra celda, apoyándome a menudo en el muro" (Cf. *Souvenirs* cap. XII).

La joven carmelita se unía valientemente a los sufrimientos de su Maestro por la salud del mundo. Al comienzo de la Cuaresma, después de haber oído en el recreo los proyectos de sus hermanas en vista de la salvación de las almas, apenas regresada a su celda, interrogaba a su querido san Pablo, "el Padre de su alma". Abrió al azar sus epístolas y dio sobre este pasaje: "Lo que yo deseo, es conocerle a Él, la comunión con sus aflicciones, la conformidad con su muerte". Poco después,

mediada la Cuaresma, se declararon los síntomas de una grave enfermedad de estómago y el 19 de marzo, en la festividad de san José, se le instaló definitivamente en la enfermería.

Aquellos ocho meses de enfermería fueron una ascensión vertiginosa hacia la Trinidad. "Nosotras no podíamos ya seguirla", han testimoniado todas sus hermanas.

El domingo de Ramos, un síncope vino a agravar súbitamente su estado de debilidad. Se le administró con urgencia la Extremaunción. "¡Cuán bella estaba en esa hora, inflamada la mirada, las manos juntas, estrechando el Cristo de su profesión y repitiendo sin fatigarse: "¡Oh Amor! ¡Amor! ¡Amor!" (testimonio de la madre Germana).

Pasó la crisis. El alma de Isabel subía siempre. Su correspondencia nos la muestra en lo sucesivo preocupada únicamente "de apurar su vida gota a gota por la Iglesia" y de cumplir ante Dios su oficio de "alabanza de gloria". Un solo pensamiento la perseguía: ser, cada vez más, conforme a la imagen de su Maestro adorado, "el crucificado por amor". Avanzaba heroicamente en la ruta que la conduce al Calvario, "con la majestad de una reina". Ya nada cuenta a sus ojos, sino es ese Dios-Trino que ha sido el todo de su vida. Hablaba de ello sin cesar y quería revelar a todas las almas el secreto de su felicidad. Se muestra verdaderamente como la santa de la Presencia de Dios.

"Os dejo mi fe en la Presencia de Dios."

"Se acerca la hora en que voy a pasar de este mundo a mi Padre" (*Io* 13, 1).

"Antes de partir, quiero enviaros una palabra de mi corazón, testamento de mi alma. Jamás el Corazón del Maestro estuvo tan desbordante de amor como en el instante supremo en que Él iba a dejar a los suyos. Me parece que algo análogo pasa en su pequeña esposa al acabarse su vida, y siento como una oleada que sube de mi corazón hasta el vuestro."

"Querida Antonieta, a la luz de la eternidad, el alma ve las cosas en su verdadero punto. ¡Qué vacío está todo

lo que no ha sido hecho para Dios y con Dios! Os lo ruego, marcadlo todo con el sello del Amor. Sólo esto es lo que subsiste...

"Mi Antonieta amada, *os dejo mi fe en la Presencia de Dios,* ese Dios todo Amor que mora en nuestras almas. Os lo confío: ES ESTA INTIMIDAD CON ÉL POR DENTRO, LA QUE HA SIDO EL HERMOSO SOL QUE IRRADIABA EN MI VIDA, haciendo ya como un cielo anticipado..." (A Mme. de Bobet, 1906).

El mismo ímpetu de eternidad atraviesa por la despedida a su hermana Margarita. "Hermanita querida: no sé si ha llegado la hora de pasar de este mundo a mi Padre... pero, ves, a veces me parece que el Águila divina quiere caer sobre su pequeña presa para llevarla allá donde Él está, a la luz deslumbradora.

"Tú has sabido siempre olvidarte de ti por la felicidad de tu Isabelita y estoy segura de que si vuelo, me escurriré hasta el interior del secreto de su Faz; y allí pasaré mi eternidad, en el seno de esa Trinidad que ya fue mi morada aquí abajo."

"¡Piensa, Margarita mía! Contemplar en su luz los esplendores del Ser divino, escrutar las profundidades de su misterio, ser fundida en Aquél que amas, cantar sin reposo su gloria y su amor, ser semejante a Él, para que le veamos tal como es" (1 *Io* 3, 2,).

"Hermanita, seré dichosa yendo a lo alto para ser tu ángel. ¡Cuán celosa estaré de la belleza de tu alma, tan amada ya en la tierra!

"*Te dejo mi devoción por los "Tres"*... Vive por dentro con Ellos *en el cielo de tu alma.* El Padre te cubrirá con su sombra como una nube entre ti y las cosas de la tierra, para tenerte toda suya. Te comunicará su Potestad para que le ames con amor fuerte como la muerte. El Verbo imprimirá en tu alma, como en un cristal, la imagen de su propia belleza, para que seas pura de su Pureza, luminosa de su Luz. El Espíritu Santo te transformará en una lira mística que, en el silencio, bajo su toque divino, producirá un magnífico canto al Amor. Entonces serás "la alabanza de gloria", lo que yo soñaba ser en la tierra. Tú eres quien me remplazará. Yo seré "Laudem gloriae" ante el Trono del Cordero y tú:

"Laudem gloriae" en el centro de tu alma... Enseña a los pequeños a vivir bajo la mirada del Maestro. Desearía que Isabelita tuviera mi devoción a los Tres... ¡Adiós! ¡Cómo te amo, hermanita! Acaso vaya pronto a perderme en el fuego de amor. ¿Qué importa? En el cielo o en la tierra, vivimos en el Amor para glorificar el Amor" (A Mme. Chevignard; con lápiz, 1906).

Sor Isabel compuso todo un retiro para revelarle el secreto de esa vida de intimidad con Dios. Se titula: "Cómo hallar su cielo en la tierra".

Algunos días antes de su muerte, dirigió a su madre esta esquela: "Mi querida mamaíta... Hay un Ser que es el Amor y que quiere que vivamos *en sociedad* con Él... ¡Oh querida mamá, es delicioso! Ahí está Él, que me hace compañía, me ayuda a sufrir, me enseña a traspasar mi dolor para descansar en Él. Haz como yo: verás como eso todo lo transforma." (20 octubre 1906).

"Voy hacia la Luz, el Amor, la Vida."

Un mal implacable la asolaba. Rápidamente, iba hacia la muerte. El pensamiento del cielo ya no la dejaba. Los capítulos finales del Apocalipsis habían llegado a ser el alimento de su alma. En la fiesta de Todos los Santos envió a su *segunda mamá* el último mensaje: "Aquí está, creo, el gran día tan ardientemente deseado de mi encuentro con el Esposo únicamente amado y adorado".

"Tengo la esperanza de hallarme esta noche con "esa gran muchedumbre" que san Juan vio ante el Trono del Cordero, "sirviéndole noche y día en su Templo" (*Apoc.* 7, 9, 15). Os doy cita en este bello capítulo del Apocalipsis y en el último, en que lleva al alma por encima de la tierra, a la visión en la cual voy a perderme para siempre."

A mediodía, cuando sonaron las campanadas del Ángelus, Isabel dijo muy alto: "¡Oh Madre mía!, esas campanas me dilatan; suenan para la partida de *Laudem gloriae*". Y tendía los brazos hacia el cielo.

Aquel día, en presencia de toda la comunidad reuni-

da a su alrededor y creyendo llegada la hora suprema, murmuró: "¡Todo pasa!... Al final de la vida sólo subsiste el amor... Es menester hacerlo todo por amor. Es preciso olvidarse sin cesar; ¡ama tanto el Buen Dios que uno se olvide!... ¡Ah, si yo lo hubiera hecho siempre!" Después, se estuvo como postrada durante nueve días.

La antevíspera de su muerte, recobró algunas fuerzas, pero al confesarle el médico la debilidad de su pulso, se estremeció de felicidad: "Probablemente, dentro de dos días estaré en el seno de mis Tres. "Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi". La Virgen, ese ser luminoso, puro de la pureza de Dios, es quien me llevará de la mano para introducirme en el cielo, ese cielo tan deslumbrante."

Fatigada por este ímpetu, entró de nuevo en un profundo silencio; después se la oyó musitar: "¡VOY HACIA LA LUZ, EL AMOR, LA VIDA!"

"En la mañana de su muerte yo estaba allí."

He podido recoger de un testigo, de la hermana Amada de Jesús, el siguiente relato:

"—La mañana de su muerte, yo estaba allí... Yo misma había estado muy enferma y no pude llegar con la comunidad. Apenas me levanté, después del Angelus de la mañana, hacia las seis, entré en su celda. Las hermanas la rodeaban. Sor Isabel estaba sentada en su lecho con una almohada, la mirada al frente, en un punto fijo. Sus ojos permanecieron así hasta el último suspiro. Nada de rostro extasiado; un semblante bastante natural, pero los ojos fijos en un punto hacia lo alto. Ni cara de enferma. De repente, un ligero movimiento de garganta... Era el fin. Se intentó cerrarle los ojos. Cuando el levantamiento del cuerpo, sus ojos seguían abiertos como en el momento de su muerte. ¡Era tan hermoso, tan hermoso!

Después de su muerte, le he permanecido fiel, pero sin nada especial. La sentía siempre tan presente que estuve varios años sin poder leer su vida, por miedo de

despojarme de algo de lo que aún estaba en mi alma. Pienso mucho más de ella de lo que es el contenido de su vida.

He conocido muchas almas santas; pero no he conocido más que a una santa."

II

Misión en la Iglesia

Isabel de la Trinidad es la santa de la Presencia de Dios. Sin nada extraordinario, sin éxtasis, sin penitencias supererogatorias, se elevó en el marco de sus tareas cotidianas, pero con el impulso más puro de su fe y de su amor, hasta las más altas cumbres del heroísmo. Vivió a fondo su bautismo y su ideal de santidad religiosa. Es el tipo de alma contemplativa y apostólica cuya existencia diaria permaneció fija en lo esencial: la unión continua y cada vez más íntima con Dios. Aporta a nuestra época, ávida de autenticidad y de retorno a las fuentes, un testimonio simple y decisivo de que la verdadera grandeza del hombre está por dentro de él. El valor de una vida se mide, no por el brillo de las relaciones exteriores o por su eficacia temporal, sino por su densidad espiritual, su peso de eternidad, su contacto con Dios.

Isabel de la Trinidad estaba predestinada al Carmelo. Es allí donde halló el florecimiento supremo de su personalidad en una intimidad de todos los instantes con Dios, a través de todo. No vivía más que de Dios.

En la tradición mística carmelitana, su alma ávida de silencio y soledad, se dilata. Halla en san Juan de la Cruz y en san Pablo dos maestros incomparables de vida espiritual. En un trato familiar con esos dos grandes genios, su visión interior cobra toda su amplitud, extendiéndose en perspectivas inmensas a todas las necesidades de la Iglesia, a todos los horizontes de la redención. Su alma de carmelita lleva el mundo entero en su plegaria, ofreciéndose día y noche con su Cristo

por la Iglesia. No quiere permanecer encerrada tras las rejas, tiene grandes proyectos. Es una alma de Iglesia que toma a su cargo el peso de todas las angustias del mundo. El movimiento de su alma se despliega a través de todo el cuerpo místico de Cristo, soñando ser para su Maestro adorado como una "humanidad más en la cual pueda Él renovar todo su misterio." Por encima de todo, la Trinidad es su claustro, su morada habitual, el clima de su vida, el Infinito donde su alma se pierde.

Al final de su vida, los santos tienen a menudo el presentimiento de su misión postuma, en la línea de su propia vocación. Teresa de Lisieux sintió que recorría el mundo "para hacer amar el Amor" y para difundir en las almas su voz de niñez espiritual "toda confianza y amor". Isabel de la Trinidad será el apóstol de la vida interior, del silencio y del recogimiento, de la vida de unión con Dios *por dentro.*

"El gran silencio interior"

Ella misma nos ha indicado claramente el sentido de su misión cuando, algunos días antes de su muerte, escribía: *"Me parece que en el cielo mi misión será la de atraer a las almas, ayudándolas a salir de sí mismas, para que se adhieran a Dios con un movimiento muy simple y muy amoroso, y guardarlas* EN ESE GRAN SILENCIO INTERIOR *que permite a Dios imprimirse en ellas, transformándolas en Él"* (a sor Odilia, 28 octubre 1906).

Es una carmelita la que habla, con el gran deseo de arrancar las almas de sus trivialidades, de su hundimiento en la redecilla inextricable de las causas segundas. Ella les insufla el llamamiento de las cimas. Quisiera liberarlas de las preocupaciones terrenales y vanas que amenazan de esterilidad a tantas existencias humanas. "¡Ah!, quisiera poder decir a todas las almas, qué fuentes de fuerza y de paz y también de felicidad, encontrarían si consintieran vivir en esta intimidad. Solamente que no saben esperar. Si Dios no se da de una manera sensible, abandonan su santa Presencia; y cuando Él va hacia ellas, armado de sus dones, no encuentra a nadie: el alma está afuera, en las cosas exteriores, no

permanece en su propio fondo" (a su madre, 2 agosto, de 1906).

Isabel de la Trinidad ha leído y releído en san Juan de la Cruz el célebre apostrofe del Doctor de la unión transformante de todas las almas cristianas hechas para vivir la más alta vida divina y que se rezagan lejos de Dios: "¡Oh almas creadas para tales esplendores! ¡Oh vosotras, que sois llamadas a poseerlos! ¿Qué hacéis? ¿En qué os ocupáis? ¡Vuestras ambiciones no son más que bajezas y vuestros bienes sólo miserias! ¡Oh, triste ceguera! ¡Los ojos de vuestra alma ya no saben ver! ¡En presencia de una luz tan brillante, permanecéis ciegas! ¡se dejan oír voces poderosas y vosotras quedáis sordas! ¿Cómo no comprendéis que si rebuscáis las grandezas y la gloria de este mundo, quedaréis viles y miserables, ignorando todos esos tesoros del cielo, indignas de poseerlos?" (*Cántico espiritual,* estrofa 38).

La joven carmelita había meditado muchas veces los pasajes entusiasmantes, en los que el gran Doctor místico describe las maravillas de transformación obradas por Dios en las almas: "Leo en este momento muy bellas páginas de nuestro padre san Juan de la Cruz, sobre la transformación del alma en las Tres personas divinas. ¡A qué abismo de gloria somos llamados! ¡Oh!, comprendo los silencios, los recogimientos de los santos, que ya no podían salirse de su contemplación. Por lo que Dios podía conducirlos a las cumbres divinas donde el Uno se consuma entre Él y el alma hecha Esposa, en el sentido místico de la palabra. Nuestro bienaventurado padre dice que entonces el Espíritu Santo la eleva a una altura tan admirable, que la vuelve capaz de producir en Dios la misma aspiración de amor que el Padre produce en el Hijo y el Hijo en el Padre; aspiración que no es otra que el Espíritu Santo mismo. Y pensar que el Buen Dios nos llama, por nuestra vocación, a vivir bajo esas claridades santas! ¡Qué adorable misterio de caridad!... quisiera responder a ello, pasando por la tierra como la Santa Virgen, "guardando todas esas cosas en mi corazón", sepultándome, por así decirlo, en el fondo de mi alma, a fin de perderme en la Trinidad que allí mora, para transformarme

en Ella." (Al abate Chevignard, 28 noviembre 1903.)

Tal fue la misión —y cuán actual— de la santa carmelita de Dijón, de la que la Iglesia examina en estos momentos el proceso de canonización y a la cual esperamos ver pronto en los altares. Isabel de la Trinidad es una de las más puras glorias del Carmelo. Ella hace pasar sobre el mundo moderno y su civilización técnica, devorada por el ateísmo, la paz del Inmutable y el Soplo del Espíritu. Ella nos enseña a pasar por este mundo efímero con una alma de eternidad.

"Alabanza de gloria de la Trinidad"

Por encima de todo, ella nos recuerda la vocación suprema de toda criatura: la glorificación de Dios. No ha sido bastante observado, que ella sólo atrae las almas para "ayudarlas a salir de sí mismas, a fin de adherirlas a Dios por un movimiento muy simple y muy amoroso". La vida interior no es un repliegue sobre sí mismo, sino liberación y salida de sí hacia Dios por el amor. Entonces el alma es libre, libre para cantar siempre a Dios. El santo se excede, preocupado tan sólo por la gloria del Padre, a imitación de Jesús.

Preciso es confesarlo, la experiencia cotidiana lo atestigua: hay pocas almas que se olviden de sí mismas enteramente. Es esto una cumbre de santidad raramente alcanzada. Ésa fue la última gracia de Isabel de la Trinidad. Parece que no llegó a ello perfectamente hasta el fin de su vida. Entonces realizó con una fuerza incomparable su ideal supremo de "alabanza de gloria de la Trinidad". Tocamos aquí en el centro más profundo de su vida, de su doctrina y de su misión, en su testamento supremo, hallado después de su muerte en una esquela postuma, destinada a su priora, dentro de un sobre sellado con lacre rojo:

"OS LEGO ESTA VOCACIÓN QUE FUE LA MÍA
EN EL SENO DE LA IGLESIA MILITANTE
Y QUE YO EJERCERÉ SIN DESCANSO EN LA IGLESIA TRIUNFANTE:

ALABANZA DE GLORIA DE LA TRINIDAD".

Capítulo II

INTRODUCCIÓN AL PRIMER RETIRO

EL CIELO EN LA TIERRA

"He hallado mi cielo en la tierra,
el cielo es Dios,
y Dios está en mi alma."

EL CIELO EN LA TIERRA

Habiendo llegado a la cumbre de la santidad, purificada por el sufrimiento y consumida en el amor, Isabel de la Trinidad, en los últimos meses de su corta existencia, no vivió más que "en el cielo de su alma", "por la gloria del Eterno, nada más que por la gloria del Eterno."

Fue entonces cuando brotaron de su alma sus dos retiros espirituales, compuestos rápidamente en el transcurso del estío de 1906, algunas semanas antes de morir. En esas páginas de altísima densidad espiritual, entrega lo mejor de su alma, el secreto de su propia vida. Ha dejado así un programa de santidad para todas las almas que quieran en su seguimiento, dentro de la más pura línea de su bautismo, realizar su vocación fundamental de "alabanza de gloria de la Trinidad."

El primer retiro está dirigido a su hermana Margarita, llegada a ser una admirable madre de familia con nueve hijos, de los cuales, uno sacerdote, una carmelita y dos dominicas. Isabel y Margarita eran dignas una de otra. Por diferentes caminos, la consagración religiosa y el matrimonio, ambas realizaron su vocación común de hijas de Dios por la gracia, templos vivientes de la Santísima Trinidad.

Fiel a la enseñanza de Cristo, el Vaticano II ha clamado por esta vocación universal de todos los cristianos a la santidad. Laicos o religiosos, todos sin excepción somos llamados por nuestro bautismo, a vivir en plenitud el mandamiento de la caridad, esencia del Evangelio de la perfección: "Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda su alma, con todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas" (*Mc.* 12, 30). "Sed vosotros perfectos, así

como vuestro Padre celestial es perfecto" (*Mt.* 5, 48).

El primer retiro de Isabel de la Trinidad es como una llamada al laicado hacia la más alta santidad. No ha sido compuesto para una religiosa enclaustrada, sino para una madre de familia, casada con un banquero, viuda después de su noveno hijo, educadora avisada que lucha con valentía, a la luz de su fe, por la verdadera felicidad de sus hijos. Adaptándose a las condiciones de existencia mundana de Margarita, pero sin mínima minoración del ideal cristiano, Isabel quiere ayudar a su hermana más joven a realizar en su hogar una vida espiritual enteramente irradiada de la Presencia de Dios. Le descubrió entonces el secreto de su propia vida de intimidad con Dios, mostrándole "la manera de hallar su cielo en la tierra".

La santa carmelita se ha provisto de un cuaderno negro donde escribe su retiro, al correr de la pluma, sin ningún cuidado literario, comunicando su pensamiento personal, con toda espontaneidad, a una alma-hermana de quien ella se siente comprendida y amada. Esto nos ha valido un bellísimo retiro, concentrado en lo esencial de la vida cristiana; nuestra intimidad con el Dios-Trino por dentro de nuestra alma.

No ha de buscarse en este retiro un plan metódico y una organización docta. La joven carmelita, enferma, escribía de improviso, según la impresión del momento, volviendo instintivamente sobre algunos temas familiares y fundamentales, que habían nutrido su propia vida interior. Quería simplemente, iniciar a su hermana en esa vida de intimidad constante con Dios e indicarle "cómo hallar su cielo en la tierra" en medio de las ocupaciones cotidianas.

Los temas del retiro se suceden sin aparente lazo lógico, en realidad, según una conexión psicológica muy profunda:

—Morar por la fe y el amor en esa Trinidad que debería ser el todo de nuestra vida y que vive en nosotros día y noche desde nuestro bautizo, si no la echamos fuera por el pecado.

—Vivir *por dentro,* en el centro más profundo de nuestra alma, según la invitación del Maestro en su Evange-

lio: "Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y en él haremos morada" (*Io.* 14, 23).

—La condición indispensable de esta vida interior, es el silencio, el recogimiento, la intimidad en todos los instantes con Dios, como con un amigo escondido pero presente.

—Es preciso morir para todo lo creado, a fin de dejar el alma libre para elevarse y establecerse en el Inmutable.

—Es Cristo mismo quien nos apremia a vivir con Él, en esa Sociedad de las Tres Personas divinas. Esta vida íntima con la Trinidad, por el Cristo y en Él, ¿no es la quinta esencia de la vida interior de todo cristiano?

—No puede estarse en las cumbres de la vida espiritual más que en clima de fe, con recta intención, liberados de toda atadura al pecado. Es necesario apuntar con todas las fuerzas a una conformidad cada vez más perfecta con Cristo, hasta la identificación, según las leyes de la gracia de adopción filial, a imagen de su filiación eterna. Hemos de modelar la vida sobre la de la Virgen fiel, para mejor realizar así una perfecta imitación de Cristo, el Hijo Único del Padre, Aquel que fue la perfecta "alabanza de gloria" del Padre.

Tales son los temas mayores de este retiro espiritual, donde todas las almas cristianas encontrarán una doctrina profunda y luminosas máximas, para guiarlas hasta las más altas cumbres de la unión con Dios. Nada de recetas puramente empíricas, sino un movimiento espiritual, que libera de las trivialidades de la tierra, la lleva hacia Diosy la fija en Él. ¿No es esto todo lo esencial de la vida?

Sin querer imponer cuadros rígidos al ímpetu de una alma contemplativa, atenta por encima de todo a permanecer dócil a las menores inspiraciones del Espíritu Santo, los elementos de su doctrina espiritual pueden agruparse según su dominante, en torno a determinados temas que le son particularmente familiares:

—Una vida entera de unión con Dios, eje del movimiento más oculto de su alma, resueltamente orientada hacia la Santísima Trinidad para hacer de ella, desde aquí abajo, la morada de su vida.

—Esta subida hacia la Trinidad no puede hacerse más que por Cristo y en Cristo, en una intimidad cada vez más profunda, en cuanto la fragilidad humana lo permite aquí abajo.

—Para alcanzar esa meta, no es necesario salir de sí, al contrario, "el reino de Dios está por dentro de nosotros." Es, pues, preciso morar en el centro más profundo de nuestra alma; allí es donde debe realizarse entre Dios y nosotros, el *vivir conjunto* del amor.

Dejemos que Dios opere en nosotros su obra de transformación en Él por el amor. Ése es el deseo y la llamada de Cristo. El alma ha de corresponder a ello en un clima de fe y con una mirada sencilla, fija en el ejemplar supremo y eterno de toda santidad: la Santísima Trinidad.

Uno tiembla al intentar describir estas cosas y tiene miedo de resbalar en una rigidez demasiado didáctica, conforme una claridad excesivamente cartesiana venga a congelar el impulso espiritual e indescomponible de una alma entregada del todo a Dios y que vuela al soplo del Espíritu. No obstante, hay que resignarse al análisis, aunque sólo sea para mejor permitir la comprensión de las etapas de esta subida hacia Dios.

"La Trinidad: He ahí nuestra casa propia"

El retiro se abre frente a la Trinidad. El primer día se pone el alma en presencia de las Tres Personas divinas. Es Cristo mismo quien le invita a este destino sublime: "Padre, quiero que aquellos que Tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria, que Tú me diste; porque me has amado antes de la creación del mundo" (*Io* 17, 24). Es el Verbo quien habla, Aquél que es el pensamiento del Padre, el Verbo que ilumina a todo ser al venir a este mundo, Aquél cuya visión cara a cara beatificará a los elegidos.

"Tal es la última voluntad de Cristo, su plegaria suprema, antes de volver a su Padre" (I, 1)[1].

1. (I, 1) indicará, día 1.º, 1.ª oración. (I, 2) indicará, día 1.º, 2.ª oración; etc...

Como todos los grandes espirituales, Isabel pone el alma en presencia del último fin del hombre. Un san Ignacio de Loyola comenzará sus *Ejercicios espirituales* con su famosa *meditación fundamental* para conseguir, desde el principio, la toma de conciencia en el retraído, del sentido de cualquier vida humana: conocer a Dios, servir y morir para eternizarse con Dios en el amor.

Es en perspectivas trinitarias, conforme a su propia gracia, como Isabel de la Trinidad invita al alma de su hermana a orientarse hacia Dios. Se eclipsa ella para dejar hablar al propio Maestro, en su plegaria sacerdotal, en la que Él nos revela la vocación eterna de los *suyos*; con Él, por Él y en Él, dejarse *consumar* con el Padre "en la unidad" divina. "Para que todos sean una sola cosa, que como Tú, Padre, conmigo, y yo contigo, que también ellos sean una sola cosa con nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste. Yo les he dado la gloria, que Tú me diste, para que sean una sola cosa, como una sola cosa somos nosotros; yo en ellos y Tú en mí: para que ellos sean consumados en una sola cosa" (*Io.* 17, 21, 23).

Estos textos espirituales, los más profundos del Evangelio sobre el sentido del destino humano, son familiares al pensamiento de Isabel. Ellos la sostienen en su vida de unión con Dios, a través de las oscuridades de su fe. Sabe que vive en plena comunión con Dios esa vida eterna, comenzada desde aquí abajo en la fe y el amor, en espera de la visión. Desde el bautismo se inaugura esta vida de intimidad con el Padre, el Verbo y el Amor. Esto lo comprendió después de mucho tiempo. Oyendo al Verbo, ella va a recordar a su hermana esta verdad fundamental: "Él quiere que allí donde Él está, estemos también nosotros, no sólo en la eternidad, sino en el tiempo en que la eternidad es comenzada, pero siempre en progreso" (I, 1). Desde el comienzo del retiro, he ahí, pues, el alma llevada hacia esa Trinidad bienaventurada, de la cual ella debe hacer su cielo en la tierra.

Mas ¿cómo y dónde hallar a Dios en la tierra? ¿No nos prescribe Jesús esta vida de unión con Dios en todos los instantes? "Importa, pues, saber dónde hemos de vivir con Él para realizar su sueño divino" (I, 1). Isabel se acuerda entonces de las enseñanzas de san Juan de la

Cruz. ¡Se ha nutrido tan a menudo leyendo y releyendo su libro preferido: *Cántico espiritual!* "¡Oh Verbo, oh Esposo mío mostradnos el lugar donde estáis escondido."

Por estas palabras, el alma pide al Verbo que le manifieste su Esencia divina, porque el lugar en donde está escondido el Hijo de Dios, según san Juan (*Io.* 1, 18) es "el seno del Padre", es decir, la Esencia divina, inaccesible a la mirada mortal y escondida a toda inteligencia humana. Eso es lo que dice Isaías en estos términos: "Verdaderamente Tú eres un Dios escondido" (*Is.* 45, 15).

Para encontrar a ese Esposo tanto como sea posible en esta vida, es preciso advertir aquí, que el Verbo, en unión con el Padre y el Espíritu Santo, reside esencialmente en la más íntima unión del alma donde Él se esconde. Lo mismo que el alma que ha de hallarle por unión de amor, debe desatar su voluntad de todas las cosas creadas, entrar en un profundo recogimiento por dentro de ella misma, y mantener allí correspondencias llenas de afección y amor con Dios, considerando el mundo entero como si no existiera. He ahí por qué san Agustín, dirigiéndose a Dios en sus *soliloquios* le dice: "Señor, si no os he hallado afuera, es porque os buscaba mal, puesto que Vos estáis dentro de mí" (*Sol* 31). Dios está, pues, escondido en el alma. En ella es donde el verdadero contemplativo ha de buscarle, preguntando: "¿Dónde te escondiste?" (*Cántico espiritual*, estrofa 1.ª).

Isabel de la Trinidad se sentía atraída frecuentemente por esas páginas inaugurales del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz. De él había asimilado la sustancia y ahora se esfuerza en hacer accesible en este retiro, esa enseñanza magistral del gran Doctor místico del Carmelo, para introducir una alma querida en una vida de intimidad con la Trinidad, en medio de sus ocupaciones familiares. Con ese propósito utiliza la doctrina de san Juan de la Cruz, pero integrándola en su pensamiento personal haciéndola pasar así a sus destinatarios, según las circunstancias concretas de su propia vida. Aquí, Isabel insistirá cerca de su hermana sobre esta omnipotencia de las Tres Personas divinas en nuestro interior y en el deseo de Cristo de vernos vivir de ese modo, a través de todo, con Él: "Su voluntad es que estemos fijos en Él,

que moremos donde Él mora, en la unidad del amor, que seamos, por así decirlo, como la sombra de Él mismo" (1, 1).

Ser "como la sombra de Cristo", esta metáfora ya evoca, desde el principio del retiro, el viviente cristocentrismo de la doctrina espiritual de Isabel de la Trinidad. Ella traduce, bajo otra forma, la célebre fórmula de su plegaria: "Ser en Cristo una humanidad de añadidura, en la cual Él renueve todo su misterio". En los místicos, todo está en el todo. Tienen el secreto de esas fórmulas sintéticas en las que se encierra toda su doctrina. Aquí, desde la primera meditación, el alma está enfrente de todo el ideal de Isabel: una subida hacia la Trinidad por Cristo.

Es en el bautismo donde comienza esta puesta en camino con Cristo. Se la proseguirá en todas las etapas de nuestra existencia. Se desarrollará de la Trinidad del bautismo a la Trinidad de la visión, a través de todas las crucifixiones de la vida hasta la hora de la "consumación en la unidad" en la contemplación del Verbo. Ese resurgimiento de nuestra vida espiritual en el bautismo merece ser notado: toda la doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad está basada en nuestra vocación bautismal. Es una doctrina capital que ella ha encontrado frecuentemente en el Evangelio y en san Pablo. "Por el bautismo —dice san Pablo— somos sepultados con Jesucristo en muerte" (*Rom* 6. 5). Y aún más: "Dios nos hizo sentar en los cielos con Jesucristo, para mostrar a los siglos venideros las riquezas de su gracia" (*Eph* 2, 6, 7). Y más lejos: "Ya no sois extranjeros o advenedizos, sino que sois ciudadanos de los santos y domésticos de Dios" (*Eph* 2, 19). Se tomó de lo vivo los procedimientos literarios de composición de este retiro por Isabel de la Trinidad: utilización de sus lecturas anteriores, particularmente de san Juan de la Cruz; más aún, recursos incesantes a la Sagrada Escritura, a los textos de su querido san Pablo, "el Padre de su alma"; que apoyan siempre sus propios pensamientos. También pasó por él un soplo de lo alto. Bajo la inspiración de la gracia y del Espíritu Santo brotan fórmulas personales, a la vez muy densas y muy armoniosas, procedentes del alma de una

santa que es una gran artista: "La Trinidad; he ahí nuestra morada, nuestra "propia casa", la casa paterna de la que no debemos salir nunca" (I, 1). El alma que así haga de la morada de la Trinidad su *hogar su propia casa,* lejos de las trivialidades de la tierra y de su propio *yo,* no fallará en elevarse rápidamente hasta las más altas cumbres de la santidad cristiana, en una intimidad de todos los instantes con las Tres Personas divinas.

Al final de esta primera meditación, no le queda a la santa carmelita más que ligar su programa de vida a las palabras del mismo Maestro. ¿No dijo, acaso, un día: "El servidor no vive siempre en la casa, pero el Hijo siempre mora en ella"? (I, 1). Toda la vida espiritual consiste precisamente en morar con el Hijo "en el seno del Padre" en sociedad con las Tres Personas divinas, hechas para siempre nuestra morada.

Uno se maravilla de encontrar en una joven sin cultura teológica y de mediocre formación literaria, tal elevación de pensamiento y potencia de expresión. ¿Cómo explicar ese talento creador? Fiel a las menores inspiraciones de la gracia divina depositada en su alma el día del bautismo, Isabel de la Trinidad, cada vez más impulsada por el Espíritu Santo, había llegado a ser un instrumento de perfecta docilidad entre las manos de Dios. Después de esto, ¿hay que admirarse de que el Espíritu Santo que habita su Iglesia, haya empujado a esta alma de contemplativa, enteramente entregada a Él sin resistencia a elevarse hasta la cima de las enseñanzas del Evangelio y de los santos?

Isabel de la Trinidad había oído las palabras del Maestro llamando a todos los hombres a dejarse *consumar* en Él "en la Unidad" con el Padre, el ímpetu de un mismo Espíritu de amor. Esta alta intuición mística extraída de la lectura del Evangelio e iluminada de lo alto por la plegaria, cogida y asimilada en profundidad por experiencia de amor, le hace alcanzar las concepciones más elevadas del genio de un san Agustín o de un santo Tomás de Aquino. Es la más pura enseñanza del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia, en la que la Trinidad nos es presentada como el objeto supremo, cuya contemplación cara a cara nos colmará de dicha en el cielo. "La unión

de la Trinidad en la unidad, he ahí el fin supremo y el fruto sabroso de toda vida humana" (*I Sentencias* Dist. 2. q. 1. Exposición del texto). Dios no creó el universo de los espíritus y de los cuerpos, ni envió a su Hijo a la tierra para su Encarnación redentora, más que con el fin de encaminar a los elegidos hacia esa contemplación infinitamente deleitable del Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Todo el movimiento del universo está pendiente de esta visión de la Trinidad en la Unidad.

Haber comprendido eso y haberlo expresado en sencillo lenguaje accesible a todas las almas, para permitirles morar en Ella, desde aquí abajo y en medio de las tareas más ordinarias: tal fue la gracia y la misión de Isabel de la Trinidad. Tal es, en definitiva, el sentido único de toda existencia humana.

"El Cristo mediador"

Desde el comienzo de este retiro, el alma de Isabel está por entero iluminada por la visión radiante de la Trinidad hecha su *morada amada, el lugar de su reposo.* Es allí donde ella encuentra a Cristo, ese Cristo "amado hasta morir por ello". Él lo es Todo en su vida. Ella no le separa nunca del Padre y del Espíritu Santo. Si la hubiese sabido, ella habría gustado de esta fórmula dogmática: "Unus de Trinitte passus est", Cristo es "Uno de los Tres". Su alma trinitaria queda centrada en Cristo. ¿No es Él "el Único mediador entre los hombres y Dios"? (*I Tim* 2, 5). Ella lo sabe, por experiencia: la Trinidad no desciende hasta las almas más que por Cristo y es Él, siempre, quien nos conduce al Padre.

En la luz de su fe, Isabel ve ante todo en Cristo, "al Verbo", "al Hijo Único del Padre", a Aquél que tiene por misión consumar todas las almas en el Uno. Cuanto más mora una alma en Cristo, más fija está en la Trinidad. ¿No es el Verbo mismo, la Segunda Persona de la Trinidad, quien nos lo enseña y nos apremia a realizar con Él y en Él esta vida de unión? "Vivid en Mí" (*Io* 15, 4), señala ella en la segunda oración, "es el Verbo de Dios quien da esta orden, quien expresa esta volutad: "Vivid

en Mí" no por unos instantes, por unas horas pasajeras, sino "vivid" de un modo permanente, habitual" (I, 2).

Desde la primera noche del retiro, hela ahí, pues, poseída enteramente por Cristo, no viviendo más que en Cristo, invadida del todo por Él. El Maestro llama a todas las almas a vivir "en Él", no de una manera intermitente, por intervalos, por momentos fugitivos, sino siempre, de modo constante, sin instante de separación. Toda nuestra vida debe derramarse en Cristo: "Vivid en mí. Rogad en mí. Adorad en mí. Amad en mí. Sufrid en mí. Trabajad, obrad en mí" (I, 2). Joven carmelita, Isabel se había propuesto como ideal esta vida de unión. Había escogido a Cristo como único amor: "¡Siento tanto amor en mi alma!, es como un océano en el cual me sumerjo, me pierdo. Es mi visión en la tierra, esperando el adentrarme a la luz. Él está en mí. Yo estoy en Él. No tengo más que amarle, que dejarme amar y esto, todo el tiempo a través de todas las cosas. Despertarse en el amor, moverse en el amor, adormecerse en el amor, el alma en su Alma, el corazón en su Corazón, para que por su contacto Él me purifique, me libre de mi miseria" (a Germana de Gemeaux, 20 de agosto 1903). Ahora Isabel llega al fin de su vida, la unión está consumada. Cristo ha llegado a ser su vida. Su plegaria ha sido atendida: Cristo la ha revestido de Él mismo. La ha identificado a todos los movimientos de su Alma, la ha sumergido, invadido. Él se ha convertido en ella, sustituyéndola: su vida no es más que una irradiación de la de Él. Ha venido hasta ella "como Adorador, como Reparador y como Salvador". ¿Cómo no apremiaría a su hermana para hacer la misma experiencia, para no vivir ya, día y noche, nada más que en Cristo, a través de todas las cosas, en medio de las tareas familiares, sin salir jamás de Él?

Isabel de la Trinidad ha recogido con amor las palabras de Cristo: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto de sí mismo, si no estuviere en la vid; así vosotros, si no estuviereis en mí. Yo soy la Vid, Vosotros los sarmientos: El que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto" (*Io* 15, 1, 8). Ella extrajo

de este discurso la frase central: "Vivid en mí." Es el secreto de toda vida activa o contemplativa.

Isabel de la Trinidad es un apóstol de la vida interior. Ha retenido de ello la ley fundamental formulada por el propio Maestro y válida para los apóstoles de todos los tiempos: "Vivid en mí." Todo progreso en la vida espiritual y toda fecundidad apostólica se miden por nuestro grado de unión con Dios y de identificación con Cristo.

"En el centro más profundo del alma"

La mística carmelitana es una interiorización del alma en lo profundo de ella misma para encontrar allí a Dios. El Señor había dado a Teresa de Ávila, como consigna: "Búscame en ti". Isabel de la Trinidad, por gracia personal, entró plenamente en esa vía. Uno de los temas fundamentales que aborda en este retiro, inmediatamente después del misterio de la Trinidad y el de Cristo, es esta rebusca incesante de Dios en lo más íntimo de sí misma. Desde la noche del primer día, Isabel orienta a su hermana hacia esta vida toda *interior*.

Por asociación de ideas, el pensamiento de la interioridad de Cristo en su vida espiritual, la arrastra hacia ese *abismo interior* donde se esconde Dios. Allí es donde el alma ha de buscarle: "penetrar siempre más allá en esa profundidad." "Ésa es, verdaderamente, la soledad a la que Dios quiere atraer el alma para hablarle," como cantaba el profeta (*Os* 2, 4). Mas para oír esa palabra misteriosa, no es necesario pararse, por así decirlo, en la superficie, es preciso entrar siempre más en el Ser divino, por el recogimiento... "Es ahí, muy en el fondo, donde se hará el choque divino, donde el abismo de nuestra nada, de nuestra miseria, se encontrará cara a cara con el abismo de la Misericordia, de la inmensidad del Todo de Dios" (I, 2).

Mas he aquí, que sin haber esperado el fin de su oración sobre la interioridad de Cristo en ella, de repente piensa en otro tema familiar que le es querido: la vida con Dios *en su interior*. Este tema va a retenerla todo el segundo día de retiro. Se la siente aquí en las perspecti-

vas habituales de su alma. Conoce la enseñanza de san Juan de la Cruz: "El Verbo, que no hace más que Uno con el Padre y el Espíritu Santo, reside esencialmente en lo más íntimo del alma donde Él se esconde" (*Cántico espiritual,* estrofa I). Pero es sobre todo en *Llama de amor viva* donde Isabel halló las aclaraciones más explícitas sobre este punto. ¡Cuántas veces había leído y releído el comentario del versículo tercero de la primera estrofa!: "de mi alma en el más profundo centro". Apenas se preocupa de la explicación filisófica de san Juan de la Cruz acerca de la simplicidad y espiritualidad del alma, en la cual no puede haber, evidentemente, ni alto, ni bajo, ni periferia, ni centro. Ésa es una metáfora como las que la Sagrada Escritura y los místicos utilizan para elevarnos hacia las realidades divinas. En sus modos de conocimiento, el hombre, espíritu encarnado, no sabría escapar a la imagen. No es un espíritu puro. "En tanto que espíritu —nota el santo Doctor—, el alma no tiene alto ni bajo. No está ni más profunda ni menos profunda en su ser, como los cuerpos susceptibles de aumento o disminución. No tiene partes. No es absolutamente diferente de ella misma por dentro o por fuera, puesto que es simple. No tiene centro más o menos íntimo. No podría estar, como los cuerpos físicos, más iluminada en una parte que otra, sino que está penetrada uniformemente de la luz que recibe. Dejando, pues, de lado la significación vulgar de las palabras *centro* y *profundidad,* llamamos aquí el centro más profundo del alma, a los extremos límites que pueden llegar a su ser, su virtud, la fuerza de su obrar y de su movimiento..."

Ahí comienza el punto que interesa al alma mística de Isabel de la Trinidad, siempre atraída hacia lo que hay de más elevado en el orden espiritual. "Luego, —prosigue san Juan de la Cruz—, Dios es el centro del alma. Cuando el alma, conforme a la pujanza de su ser y de sus actos, conozca perfectamente a Dios, le ame y goce con ello plena y enteramente, habrá llegado al centro más profundo que ella pueda alcanzar en Él. Antes de haber obtenido este alto grado de perfección, aunque esté en Dios, que es su centro, por la gracia y la comunicación que Él le hace de Sí mismo, ella no está del todo satis-

fecha si tiene aún la potencia de moverse y la fuerza de penetrar más adelante. En verdad, está en su centro, puesto que está en Dios, pero no está en su centro más profundo puesto que puede ir más lejos."

Esta enseñanza sanjuanista había marcado para siempre el alma atenta y dócil de Isabel de la Trinidad. No hará aquí más que volverle a tomar, resumiéndole: "El Reino de Dios está dentro de vosotros" (*Lc* 17, 21). "Hace un momento (en la oración precedente), Dios nos instaba a "vivir en Él", a vivir por el alma en su herencia de gloria; y ahora nos revela que no hemos de salir de nosotros para encontrarle: "El Reino de Dios está dentro"... San Juan de la Cruz dice que es en la sustancia del alma, a la que no pueden llegar ni el demonio ni el mundo, donde Dios se da a ella. Entonces todos sus movimientos se hacen divinos y aunque sean de Dios, son igualmente de ella porque Nuestro Señor los produce en ella y con ella" (II, 1). Así es como la teología mística explica el juego de los dones del Espíritu Santo, cuyos actos proceden del alma, pero bajo la influencia inmediata, directa y personal del Espíritu Santo de un modo divino.

"Cuando el alma según toda su fuerza, conozca perfectamente a Dios, le ame y goce en ello enteramente, habrá llegado al centro más profundo que pueda alcanzar en Él. Siendo el Amor el que une el alma con Dios, cuanto más intenso sea este amor, más profundamente entrará ella en Dios y se concentrará en Él. Cuando ella posee un solo grado de amor, está ya en su centro *más profundo*. Allí es donde será transformada hasta el punto de llegar a ser muy parecida a Dios" (II, 1).

Si Isabel de la Trinidad cita así largos extractos de san Juan de la Cruz, es porque alude, lo siente, a una doctrina básica para la vida espiritual y quiere apoyar sus consejos en la autoridad del gran Doctor místico del Carmelo. En su último retiro de "Laudem gloriae", por el contrario, los textos salen todos de su pluma como la más pura efusión de su alma. Será su canto personal de "alabanza de gloria". En este primer retiro, intitulado por ella *Cómo hallar su cielo en la tierra*, se halla lo mejor de su alma, que ella comunica a su hermana, pero en forma de iniciación y enseñanza.

Irá asimismo hasta copiar de nuevo largos pasajes de Ruysbroeck, de muy distinto talante y de diferente estilo que el suyo. También queda uno sorprendido y un poco embarazado de esas sobrecargas de una literatura romántica y pasada de moda. Es menester tener en cuenta circunstancias históricas. Un mes antes de la composición de este retiro, su madre y su hermana le habían ofrecido como regalo un libro *de extractos* de las obras espirituales de Ruysbroek, traducidas por Ernesto Hello. Isabel lo utilizará, por delicadeza, escogiendo los pasajes que más se aproximan a la línea de su propio pensamiento. ¿Qué importan las disonancias literarias? Cita ella, pues, al gran místico flamenco, traducido —y algo traicionado por el talento de Ernesto Hello. No siempre resulta fácil distinguir la parte personal y el texto prestado. Isabel de la Trinidad no es una erudita, cuidadosa de citas exactas. Utiliza con libertad textos a veces muy dispares y distantes en más de cien páginas. Los aproxima, los retoca, los continúa y los armoniza para prolongar en ellos su propio pensamiento. Hay que confesarlo, esas aportaciones constituyen a veces verdaderos cuerpos extraños. No obstante, son enriquecedores y reveladores de su psicología.

El mejor comentario y el más seguro de estos dos retiros reside en el conocimiento de su alma. Los textos anteriores de la santa carmelita nos hacen asistir a la génesis y a los progresos de su doctrina y de su vida, pero es necesario tener en cuenta las gracias de unión transformante del último período de su vida.

"El "vivir conjuntamente" del amor"

Henos aquí en el tema central de su retiro: el *vivir conjuntamente* del amor. Ya no más citas de autores extranjeros, sino el movimiento de una alma que, a través de los textos de la Sagrada Escritura, hace pasar el misterio más personal de su vida.

Hace apenas algunas semanas que Isabel de la Trinidad acabó de recibir, en la fiesta de la Ascensión, una gracia silenciosa, pero excepcional, de unión transfor-

mante. Se sintió de repende enteramente habitada por la Trinidad. El Señor mismo le reveló por un toque personal de su Espíritu, la inefable Realidad de esa Presencia de las Tres Personas divinas teniendo en el interior de ella misma su Consejo Todopoderoso. Ahora, día y noche, su existencia efímera se ha hecho un diálogo de amor con la Trinidad. Pronto escribirá a su madre: "Hay un Ser que es el Amor y que quiere que vivamos *en sociedad* con Él." (20 de octubre 1906).

Es de destacar que la santa de la habitación de la Trinidad, llegada al más alto grado de su unión divina, no encuentre mejor expresión del misterio íntimo de su propia vida que las mismas palabras de Jesús: "Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y en él haremos morada" (*Io* 14, 23). Esta invitación de Cristo se dirige a todos. ¿Hay alguna religión que haya manifestado un tal deseo de acercamiento y de unión de Dios con los hombres? Se requiere una sola condición: aceptar con reconocimiento el don divino, responder a su amor infinito con un amor sincero, probado por la fidelidad a sus mandamientos. Entonces se obran maravillas en el alma hecha morada viviente de la Trinidad, realizando así entre Dios y su criatura, el *vivir conjunto* del amor. La gracia propia de Isabel de la Trinidad fue hacer de esta verdad fundamental la realidad suprema de su vida e inculcarla a las almas de nuestra época.

La iniciativa de tal vida de intimidad no puede venir más que del mismo Señor: "He aquí al Maestro, que nos expresa su deseo de morar "en nosotros". "Si alguien me ama": el amor, eso es lo que atrae, lo que empuja a Dios hasta su criatura, no un amor de sensibilidad, sino ese "amor fuerte como la muerte... y que los diluvios no pueden extinguir" (*Cánticos* 6, 7) (III, 1).

Ese amor encuentra su ideal en Cristo: "Porque yo amo al Padre" (*Io* 14, 31), "siempre hago lo que a Él le agrada". Así hablaba el Divino Maestro, y toda alma que quiera vivir en contacto con Él, ha de vivir también de esta máxima. La complacencia divina debe ser su alimento, su pan cotidiano. Se dejará inmolar por todas las Voluntades del Padre, a imagen de su Cristo adorado. Cada

incidente, cada acontecimiento, cada aflicción, como cada alegría, es un sacramento que Dios da. Tampoco ella discierne ya entre esas cosas: las salta, las traspasa, para descansar, por encima de todo, en su Maestro. Le exalta muy alto sobre la montaña de su corazón; sí, más alto que sus dones, sus consolaciones, más alto que las dulzuras que de Él caen (III, 1).

En Isabel de la Trinidad, como en todos los santos, los movimientos más elevados del don de sabiduría se acaban siempre por orientación práctica del don de Consejo. Aquí, invita al alma habitada por la Trinidad y cada vez más transformada por Dios, a imitación de Cristo, a traspasar todos los dones recibidos y todo lo creado para no hallar reposo más que en Dios solo, amado por encima de todo. Porque el amor es el secreto de toda santidad· "La propiedad del amor es de no buscarse nunca, no reservarse nada sino darlo todo a Aquél que amamos. Dichosa el alma que ama de veras" (III, 1).

"La muerte mística"

La condición básica de toda vida espiritual es la muerte en sí, una verdadera muerte mística. Muerte y vida constituyen la antítesis más fundamental del cristianismo, en el que la salvación está realizada ya por una comunión integral en el misterio pascual, es decir, por una participación personal —cada cual según su vocación y su deber de estado— en la muerte y en la resurrección de Cristo.

Bajo formas diversas, se encuentra en las corrientes de espiritualidad cristiana ese doble aspecto de toda santidad: separación del pecado y unión con Dios. "Dios Padre nos eligió en Cristo antes de la cración del mundo, para que fuésemos santos" es decir —nos explica el Apóstol—, seres puros, *inmaculados*, sin mancha: he ahí el aspecto negativo de la santidad; y he aquí, el positivo: "en su presencia, en el amor y en alabanza de su gloria" (*Eph* 1, 4, 12). Así todos los elementos de la santidad quedan bien señalados: un santo es un ser que vive sin pecado, en cuanto la fragilidad hu-

mana lo permite. Mejor aún: ser santo, es vivir siempre en presencia de Dios, en su amor a la alabanza de su gloria. Muchas veces, en sus cartas a los primeros cristianos, san Pablo insiste sobre esta doble ley de toda vida cristiana.

Isabel de la Trinidad retuvo de ello la formulación más impresionante: "Porque estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (*Col* 2, 3). Con instinto doctrinal muy seguro y sentido psicológico muy avisado, sacará de allí un programa de santidad inmediatamente realizable en medio de las ocupaciones cotidianas, a través de las cuales, para todos los bautizados, debe perseguirse su transformación en Cristo.

"He aquí a san Pablo que viene a facilitarnos una luz para alumbrarnos en el sendero del abismo: "Vosotros estáis muertos." ¿Qué quiere eso decir, sino que el alma que aspira a vivir en contacto con Dios en la fortaleza inexpugnable del santo recogimiento, ha de estar separada, despojada, alejada de todas las cosas, en cuanto al espíritu?" (III, 2). Es el acceso carmelitano: la separación total de las criaturas. En el silencio es donde el alma contemplativa encuentra la plenitud de Dios.

"Esta alma encuentra en sí misma una simple pendiente que va hacia Dios, hagan lo que hagan las criaturas. Es invencible en las cosas que pasan, porque ella pasa por encima de sí, en busca de Dios." (III, 2). Es la muerte de todo lo creado.

No soñemos una ascesis quimérica, ni con mortificaciones extraordinarias o disciplinas sangrientas, sino en la inmolación cotidiana y sonriente, cumpliendo fielmente nuestro deber de cada hora. Si la Iglesia pone un día en los altares a Isabel de la Trinidad, según podemos esperar, es que ha alcanzado las cumbres del heroísmo cristiano, como Teresa de Lisieux, por la fidelidad a las cosas pequeñas, sin espíritu de minucia, pero sin doblegarse nunca ante el menor sacrificio. Ella va a mostrarnos, en pocas líneas su habitual estado de alma: "Quotidie morior" (*1* Cor 15, 31). "Yo muero cada día, menguo, me renuncio más cada día, para que Cris-

to crezca en mí y sea exaltado. Resido, pequeñita, en el fondo de mi pobreza; veo mi nada, mi miseria, mi impotencia; me declaro incapaz de progreso, de perseverancia. Veo la multitud de mis negligencias, de mis defectos. Aparezco en mi indigencia, me prosterno en medio de mi miseria, reconociendo mi angustia, la presento ante la Misericordia de mi Maestro" (III, 2). ¿Quién es aquel o aquella de entre nosotros que no pueda penetrar por el mismo camino de santidad y elevarse así hasta la más alta perfección por la aceptación amorosa de la divina voluntad a través de la trivialidad cotidiana? ¿No es ésa, según el Evangelio, la vía común, accesible a la inmensa multitud de los hijos de Dios? Pero en vez de aceptar los pequeños sacrificios, se gime. Se avanza dolorosamente en medio de las dificultades de la vida, mientras que los santos, llevados por el soplo del Espíritu, y en medio de todo, cantan a Dios.

Eso es lo que hacía Isabel de la Trinidad: "Quotidie morior." "Pongo la alegría de mi alma (esto en cuanto a la voluntad y no la sensibilidad) en todo lo que puede inmolarme, destruirme, rebajarme, porque quiero ocupar el puesto de mi Maestro" (III, 2). Cristo estaba siempre bajo su mirada. Ella acaba de decírnoslo, el sufrimiento no es en sí un fin. Renuncia a sí misma "para que Cristo crezca en ella." Quiere desaparecer, a fin de que Él aparezca en ella. "Y vivo pero, ya no yo, sino que vive Cristo en mí" (*Gal* 2, 20). "No quiero vivir ya de mi propia vida, sino ser transformada en Jesucristo, para que mi vida sea más divina que humana"; y he aquí el aletazo supremo que la lleva hacia la Trinidad: para que "el Padre, inclinándose sobre mí", pueda reconocer la imagen del "Hijo bien amado en quien Él ha puesto todas sus complacencias" (III, 2).

"La acción transformante de Dios"

Un peligroso antropomorfismo nos devuelve perpetuamente a nosotros mismos. Hay ahí un hecho de experiencia: el hombre es el centro del hombre. Lo mismo

ocurre en espiritualidad. Desde luego uno imagina que para llegar a ser un santo, el trabajo principal ha de consistir en corregirse de los defectos y aplicarse metódicamente en la práctica de todas las virtudes. Visión antropomórfica y falaz de la perfección cristiana. Se olvida la acción primordial de Dios en el alma de los santos. Es preciso llegar a un altísimo grado de unión transformante, para no querer ya vivir y juzgar de todas las cosas, sino bajo la Acción divinizadora e iluminante de Dios. San Juan de la Cruz mismo, con todo y ser uno de los místicos más teocéntricos, no llegó a poner esto en claro hasta las últimas páginas escritas de su obra maestra *Llama de amor vivo*. Allí se efectúa, en su visión, un trastorno de las perspectivas, que le permite, en algunos toques breves y fulgurantes, presentar de una manera nueva su síntesis doctrinal, con una luz incomparablemente superior, que en lo sucesivo iluminará toda su obra por las cumbres.

En *Noche oscura,* en páginas justamente célebres, el santo Dotcor nos había dejado la descripción de los maravillosos efectos del amor en el alma más y más transformada en Dios. Allí presenta la contemplación mística, quintaesencia de la perfección cristiana, como "una ciencia de amor, como un conocimiento infuso y amoroso de Dios, que, a la vez que ilumina el alma, la enciende de amor para elevarla de grado en grado hasta Dios, su Creador; porque sólo es el amor lo que une el alma a Dios y la liga a Él" (*Cap* 18). Y el santo Doctor explica los diez grados de este amor divino, según san Bernardo y santo Tomás. Pero se trata siempre del amor creado de la caridad divina difundida en nosotros por el Espíritu Santo, de ese fuego interior que transforma progresiva y totalmente el alma en Dios.

En *Llama de amor viva* todo cambia. El propio san Juan de la Cruz llega a las más altas cumbres de la unión divina. Ya no puede ver las cosas más que en Dios, con la mirada de Dios. El universo de las almas se le aparece en el centelleo de la Acción Universal y primordial de Dios. Ve el Amor Increado, a saber, el Espíritu Santo mismo, continuamente, en la obra del interior de las almas. No las juzga ya de abajo, por las causas crea-

das, a partir de los efectos en ellas de las operaciones divinas, sino de arriba, a partir de la Acción transformante y divinizadora de Dios. En verdad, las perspectivas están completamente trastrocadas. Tocamos en la última visión de universo del gran Doctor místico del Carmelo. En algunas páginas, breves y densas, de un esplendor incomparable, reemprende su aleccionamiento a esta luz definitiva. No describe ya los estados de alma como efectos del amor creado. Ve en la obra al propio Amor Increado. Ese Fuego transformante, esa "*Llama de amor viva* es el Espíritu Santo mismo" (estrofa I).

Bajo esta Acción directa y personal del Espíritu Santo, al alma transformada en Dios asienta "actos de amor del más alto precio. Uno solo de esos actos de amor posee más mérito y amor que todo lo que ella haya podido hacer de más grande en toda su vida antes de su transformación... En este estado de transformación, sus actos son llamas que salen del Fuego del Amor y se lanzan con tanta más fuerza cuanto más intenso sea el fuego de la unión. Es en esas llamas donde se unen y se elevan los actos de la voluntad cuando está arrobada y absorta por la Llama del Espíritu Santo... Tampoco cuando el alma está en ese estado, puede producir actos por ella sola; es el Espíritu Santo quien los produce todos e induce al alma a producirlos. Desde entonces, que está divinizada y movida por Dios, todos sus actos son divinos... ha sido enlazada a actuar como Dios y en Dios" (*Llama de amor viva,* estrofa I).

Tales textos místicos eran familiares al alma de Isabel de la Trinidad. Volvía a ellos constantemente en sus lecturas personales y en sus retiros particulares. Esto explica la alta elevación de pensamiento de este retiro. Como en *Llama de amor viva* de san Juan de la Cruz, toda la obra de purificación y de unión obrada por Dios en el alma está en conexión directa con el Espíritu Santo. La misma Llama es purificadora y divinizante. "Deus noster ignis consumens est" (*Heb* 112, 29). Nuestro Dios, —escribía San Pablo— es fuego consumidor", es decir, un Fuego de amor que destruye, que transforma en Él mismo todo lo que toca... Ciertas almas han escogido este asilo para reposar en él eternamente... Para esas al-

mas, la muerte mística, de la que san Pablo nos hablaba ayer (III, 2), llega a hacerse ¡tan simple, tan suave! Piensan mucho menos en el trabajo de destrucción y de despojo que les queda por hacer, que en sumergirse en el Hogar de amor que brilla en ellas y que no es otro que el Espíritu Santo, ese mismo Amor que, en la Trinidad, es el lazo del Padre y de su Verbo. Entran en Él por la fe viva, y allí, simples y apacibles, son llevadas por Él por encima de las cosas, de los gustos sensibles, a la "tiniebla sagrada", y transformadas en la imagen divina. Viven, según la expresión de san Juan, "en sociedad" (*Io* 1, 3) con las Tres adorables Personas; su vida es común y es la vida contemplativa (IV, 1).

Tal es la enseñanza que Isabel expone a su hermana. La sustancia de su doctrina le ha sido facilitada por san Juan de la Cruz, su maestro espiritual, siempre consultado. Las citas complementarias de Ruysbroek no están allí más que a modo de una vestidura prestada, cuyos hallazgos de fórmula son a veces deslumbrantes: "Esta contemplación conduce a la posesión. Pues bien, esta posesión simple es la vida eterna gustada en el lugar sin fondo. Allí es donde, por encima de la razón, nos espera la tranquilidad profunda de la Inmutabilidad divina" (IV, 1).

"Que ya sólo en amar es mi ejercicio..."

Un instituto religioso es verdaderamente, según la fórmula de la Regla de san Benito, "una escuela del servicio del Señor", un escuela de santidad. Esto es manifiesto en las dos santas modernas: Teresa de Lisieux e Isabel de la Trinidad. Su santidad lleva el sello del Carmelo. Deben, en gran parte, su doctrina espiritual a los dos grandes maestros de su familia religiosa: santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz. En una y otro brilla la primacía del amor de la tradición carmelitana. El amor está en el corazón de todos los escritos de Teresa de Ávila. Nunca soñó más que en una sola cosa: amar y morir, vivir para amar, amar hasta morir de amor. "Que muero porque no muero".

Isabel de la Trinidad también conocía bien la estrofa decimonovena del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz:

"Ni ya tengo otro oficio:
"Que ya sólo en amar es mi ejercicio."

"Incluso en las relaciones con Dios", comenta el santo Doctor, todo se reduce al ejercicio del amor. El alma ha cambiado completamente su viejo método: ya no se ocupa más que en amar... En lo sucesivo todas las potencias y toda la habilidad de las facultades de mi alma y de mi cuerpo, que yo consagraba precedentemente un poco a cosas inútiles, las empleo en el ejercicio del amor. Eso es lo que dice David: "Guardaré para ti mi fortaleza" (*Ps* 58, 10), es decir, todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo se mueven por amor. "Todo lo que hago, lo hago por amor. Todo lo que sufro, lo sufro por amor"... "Cuando el alma ha llegado a este estado, todo lo que realiza en su parte espiritual o en su sensibilidad, en sus acciones como en sus sufrimientos, de cualquier modo que sea, todo, en una palabra, causa sin cesar en ella más amor por Dios y más delicias en Él. El ejercicio mismo de la oración y de las relaciones con Dios, durante el cual se entrega ordinariamente a diversas consideraciones y métodos, es ahora enteramente un ejercicio de amor. Que se ocupe de lo temporal o de lo espiritual, puede ella siempre decir que en adelante su única ocupación es amar".

Formada y sostenida por una tradición viviente, Isabel de la Trinidad lee el Evangelio y las Epístolas de san Pablo con mucha seguridad doctrinal. Se adentra en ellos, los medita, los asimila en el trasfondo de su alma de contemplativa; después, en ocasión propicia comunica con sencillez las luces recibidas de esto. Asimismo cuando se vale de largas citas de autores místicos, pone gran cuidado en ajustar siempre sus enseñanzas a la Sagrada Escritura. En el instinto de su fe, tiene un sentido extraordinario de la preeminencia de la Palabra de Dios.

Convencida de que el valor de una vida espiritual se mide por su amor, busca en las palabras de Cristo un

fundamento a esta doctrina: "Fuego vine a poner en la tierra: ¿y qué quiero, sino que arda?" (*Lc* 12, 49). "Es el Maestro mismo quien acaba de expresarnos su deseo de ver arder el fuego de amor. En efecto, todas nuestras obras, todos nuestros trabajos no son nada delante de Él. No podemos darle nada ni satisfacer su único deseo que es de realzar la dignidad de nuestra alma. Nada le agrada tanto como verla crecer, pues nada puede elevarla tanto como el llegar a ser de algún modo igual a Dios. He aquí por qué Él le exige el tributo de su amor; siendo propio del amor igualar, tanto como sea posible al que ama con el que es amado" (IV, 2). Aquí todavía, una alusión a la doctrina célebre de san Juan de la Cruz sobre la igualdad de amor, pero tomada a la luz del Evangelio y muy penetrada por su vigoroso cristocentrismo. "El alma en posesión de este amor, aparece con Jesucristo en pie de igualdad porque su recíproco afecto hace que todo sea común entre uno y otro." "Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas, que he oído de mi Padre" (*Io* 15, 15).

"Mas para llegar a este amor, el alma ha de entregarse antes toda entera, su voluntad ha de perderse dulcemente en la de Dios, para que sus inclinaciones, sus facultades, no se muevan más que en este amor y por este amor ." "Lo hago todo con amor, lo sufro todo por amor", tal es el sentido de lo que cantaba David: "Guardaré para ti mi fortaleza" (*Ps* 58, 10) (IV, 2). El alma no persigue ya entonces la práctica sucesiva de tal o cual virtud, no apunta a esto o aquello: ama. Su vida espiritual ha llegado a ser un acto continuo de amor, que facilita además singularmente y de una manera eminente, bajo las inspiraciones constantes del Espíritu de amor, el ejercicio fiel de todas las virtudes; porque si el amor es todo, el amor se prueba por las obras, y la virtud es la medida del amor. Doctrina capital para la vida, en el mundo como en el claustro, todos los bautizados están llamados, cada uno según su vocación, a ser "perfectos como el Padre celestial". Isabel lo recuerda así a su hermana: "Entonces el amor llena totalmente el alma, la absorbe y la proteje tan bien que halla en todas partes el secreto de crecer en amor. Lo mismo en las relaciones

que tiene con el mundo, como entre las solicitudes de la vida, tiene derecho a decir: Que ya sólo en amar es mi ejercicio" (IV, 2).

"La llamada de Cristo y la Eucaristía"

El quinto día de retiro está compuesto de textos sacados de Ruysbroek, el Admirable. Esta vez, la parte de Isabel de la Trinidad es mínima. Se limita a unas líneas de presentación y a varios retoques, pero significativos, Ni una sola cita de la Escritura en Ruysbroek cuando describe "la llegada del Esposo." Isabel de la Trinidad va a escoger en el Apocalipsis un texto evocador de la llamada de Cristo y de su deseo de unirse a nosotros: "He aquí que estoy a la puerta, y llamo: Si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré en él y cenaré con él y él conmigo" (*Apoc* 3, 20).

¡Dichosa el alma despierta, recogida para oír esta voz del Verbo de Dios. Dichosos también los ojos de esa alma que, bajo la luz de la fe viva y profunda, puede asistir a la llegada del Maestro a su santuario íntimo! ¿Cuál es, pues, esta llegada? Cristo viene con sus tesoros... (V, 1).

"La Eucaristía"

La segunda oración del día no es más que un tejido de citas introducidas por un bello texto de la Sagrada Escritura: "El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él" (*Io* 6, 57). Isabel se contenta con algunos cortes y retoques. Sin embargo, a veces, a pesar de su mal gusto literario, utiliza esos textos a causa de la mayor importancia de la Eucaristía, verdadero centro de toda nuestra vida espiritual aquí abajo. Alinea, pues, esos textos para uso de su hermana, a fin de proporcionarle algunos bellos pensamientos sobre el papel de Cristo en nuestras almas, por la comunicación de su vida. El efecto propio de la Eucaristía ¿no es el de transformar al hombre en Cristo por el amor? "El primer signo del amor es que Jesús nos ha dado a comer su carne, a

beber su sangre. Lo propio del amor es siempre dar y siempre recibir. Puesto que el amor de Cristo es liberal. Todo lo que Él tiene, todo lo que Él es, Él lo da... Sabe que somos pobres, pero Él no toma eso en cuenta. Quiere consumar nuestra vida para cambiarla en la suya... Vive en nosotros y nosotros vivimos en Él. Nos da su alma con la plenitud de la gracia por la cual el alma persiste en la caridad y en la Alabanza del Padre"... (V, 2).

"En clima de fe"

Isabel de la Trinidad sabía por experiencia que la fe es el fundamento de la vida espiritual, la raíz viva de todas las virtudes que unen a Dios. Después de un período de purificación dolorosa pero necesaria para su sensibilidad, la víspera de su profesión recibía una gracia de pacificación y de estabilización en Dios. "En la noche que precedió al gran día, mientras estaba en el coro, en espera del Esposo, comprendí que mi cielo comenzaba en la tierra, el cielo en la fe, con el sufrimiento y la inmolación por Aquél que amo" (al canónigo Angles, 15 julio 1903).

En el final de su vida, su fe estaba enteramente iluminada por los dones de inteligencia y sabiduría. Veía a Dios en todas partes. Ya no avanzaba a tientas, ahora tocaba en los misterios divinos. Ciertamente, no era la visión, pero ella gustaba de repetir esa frase, encontrada al azar de una lectura: "La fe es el cara a cara en las tinieblas."

Hija de san Juan de la Cruz, sabía que la fe es "el medio propio y porporcionado de la unión divina." Hay pocos autores místicos que hayan otorgado a la fe, tanto como el maestro del Carmelo, un puesto central en la vida de unión con Dios. La subida del alma hacia Dios se opera en la fe. El santo Doctor nos ha dejado profundos análisis y admirables descripciones de ese juego de la fe en la unión transformante. La fe es una cualidad habitual del alma, una disposición interior, permanente, de nuestra inteligencia para adherirse a Dios. Es a la vez "a oscuras y segura" (*Subida* 2, 2). Cuanto más se

aleja el alma de todas las representaciones limitativas y creadas, tanto más se aproxima a la infinita trascendencia divina. Desde el pseudo-Dionisio, todos los místicos han notado que las más altas luces de aquí abajo se acaban en una suprema negación de todos los modos creados para perderse, por sabiduria de amor, en la altitud de "Aquél que es".

Sin docta disertación, Isabel de la Trinidad transmite a su hermana la doctrina tradicional de la Iglesia sobre el papel iluminador e infalible de la fe en nuestra vida espiritual. "Para aproximarse a Dios, es preciso creer" (*Heb* 11, 6); es san Pablo quien así habla. Dice, además: "La fe es sustancia de las cosas que se esperan, argumento de las cosas que no aparecen" (*Heb* 11, 1). Es decir, que la fe nos vuelve tan ciertos y presentes los bienes futuros que, por ella, toman ser en nuestra alma y en ella subsisten antes de que gocemos de ellos" (IV, 1).

Un santo Tomás de Aquino había recordado, en una fórmula célebre, todo el realismo de la fe. Nuestro acto de fe no se termina en las proposiciones verbales que nos formamos, sino que alcanza a la Realidad divina. "Actus credentis non terminantur ad enuntibile, sed ad REM" (II-II, 1, 2. ad I). Nuestro Credo nos pone en presencia de los misterios de Dios. Ése es un punto capital y una enseñanza común de los Doctores de la Iglesia, del que Isabel de la Trinidad se beneficiará para su formación carmelitana. "San Juan de la Cruz nos dice que la virtud le fe nos sirve de pies para ir a Dios; y aún más, que es la posesión en el estado oscuro. Sólo ella puede darnos verdaderas luces sobre Aquél que amamos, y nuestra alma debe escogerla como el medio para llegar a la unión bienaventurada. Ella es la que vierte a oleadas en el fondo de nosotros, todos los bienes espirituales. Jesucristo, hablando a la Samaritana, designaba la fe cuando prometió a todos los que en Él creyeran, darles "una fuente de agua viva que manará hasta la vida eterna" (*Io* 4, 14) (VI, 1).

La fe es la virtud del umbral que nos conduce a todo el mundo invisible, la fe de acogida que nos permite recibir en nosotros, todas las riquezas de Cristo y de la Realidad divina. La primera virtud teológica, que está

en la raíz de las otras, "nos da a Dios desde esta vida, revestido, es verdad, del velo con que ella le cubre, mas, sin embargo, Dios mismo" (VI, 1). Isabel no duda: por la fe, se sabe en posesión de Dios, de una manera todavía imperfecta e incoativa, pero auténtica. La fe es verdaderamente la vida eterna comenzada desde aquí abajo. Santo Tomás osa afirmar que ella es en nosotros "una participación en el Verbo" —"particeps Verbi" (I, 38, 1)— y ya una anticipación de la visión beatífica". "Mas cuando viniere lo que es perfecto", —es decir, la clara visión—, "abolido será todo lo que es parte" o en otros términos, el conocimiento dado por la fe —"recibirá toda su perfección" (*1 Cor* 13, 10) (VI, 1).

El objeto primordial de esta experiencia de la fe es evidentemente el misterio de la Santísima Trinidad. La fe nos hace vivir de la luz del Verbo y nos establece en clima de Trinidad. Es ahí, en el destello de esa luz donde se derrama aquí abajo la vida interior de Isabel de la Trinidad, aun en las oscuridades e impotencias, pero en una claridad cada vez más traslúcida, bajo las mociones constantes del Espíritu Santo. Veía un Dios de amor, perpetuamente inclinado sobre su alma para colmarla de esas gracias y de esos dones. "Nosotros, hemos conocido el amor que Dios tiene por nosotros y hemos creído en Él" (*Io* 4. 16). Ahí está el gran acto de nuestra fe; es el medio de devolver a nuestro Dios amor por amor; es el "misterio escondido" (*Col* 1, 26) en el corazón del Padre, de que habla San Pablo, que nosotros penetramos por fin; y toda nuestra alma se estremece. Cuando sabe creer en ese "demasiado gran amor" que en ella está, se puede decir como de Moisés: "Por la fe, estuvo firme como si viera al invisible" (*Heb* 2, 27) (VI,1).

Cuanto más contemplativa es la fe, bajo las iluminaciones de los dones de Inteligencia, de Ciencia y de Sabiduría; cuanto más conoce a Dios y a las criaturas en Dios, así también se hace práctica por el impulso del don de consejo que le ayuda para hacer pasar en la vida cotidiana las más altas luces. La fe todo lo transfigura. "El alma no se detiene ya en los gustos, en los sentimientos; poco le importa sentir a Dios o no sentirlo; poco le importa si Él le da alegría o sufrimiento: cree en su Amor.

Cuanto más experimentada es, más crece su fe, porque atraviesa, por así decirlo, todos los obstáculos, para ir a descansar en el seno del Amor infinito, que no puede hacer más que obra de amor. También a esta alma enteramente despierta en su fe, la voz del Maestro puede decir, en secreto íntimo, las palabras que Él dirigiera un día a María Magdalena: "Tu fe te ha hecho salva: vete en paz" (*Lc* 7, 50) (VI, 1).

"La simplicidad de intención"

Los Maestros espirituales vuelven a menudo sobre un tema fundamental en la vida espiritual: la pureza de intención. Apuntar en todas las cosas a la mayor gloria de Dios, al bien espiritual de la Iglesia, a los intereses mayores de la humanidad, a la salud de las almas y su subida hacia la más alta santidad. Cuanto más elevado es su motivo, más grandeza reviste un acto. Son los móviles de nuestras acciones los que mejor revelan una personalidad. Cristo no vivía más que por la gloria del Padre y la redención del mundo. La madre de Jesús se identificaba lo más posible con las intenciones de su Hijo. Mientras que una alma trivial se arrastra sin ideal a lo largo de su existencia, encerrada en horizontes a ras de tierra, los santos realizan las acciones más triviales con un alma divina.

Isabel de la Trinidad fue muy dichosa de encontrar en Ruysbroek una bella página sobre esta pureza y simplicidad de intención. La copió palabra por palabra, yuxtaponiendo cuidadosamente los textos, haciéndolos preceder, como siempre, de un reajuste a la Sagrada Escritura imprimiéndoles un ímpetu trinitario: "Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso" (*Mt* 6, 22). ¿Cuál es este ojo sencillo de que nos habla el Maestro?, sino esa "simplicidad de intención" que reúne en la unidad todas las fuerzas dispersas del alma y une a Dios el espíritu mismo? Es la simplicidad la que restituye a Dios honor y alabanza... Ella es el principio y el fin de las virtudes, su esplendor y su gloria. Llamo intención simple a lo que no vive más que en Dios. Ella es la que

pone al hombre en presencia de Dios... Da la paz, impone silencio a los ruidos vanos que en nosotros se hacen. Ella es la que acrecentará de hora en hora nuestra semejanza divina... El alma simple, alzándose por la virtud de su mirada interior, entra en ella misma y contempla, en su propio abismo, el santuario donde está tocada "de un contacto de la Santísima Trinidad" (VI, 2).

"La Trinidad: nuestro Ejemplar eterno"

La séptima semana del retiro nos lleva hacia el Verbo. Ejemplar eterno de toda criatura. "Dios nos eligió en Él, antes de la creación, para que fuésemos santos, y sin mancilla, en su Presencia, en caridad" (*Eph* 1, 4). La Santísima Trinidad nos creó a su imagen, conforme al ejemplar eterno de nosotros mismos, que Ella poseía en su seno, antes de que el mundo existiera, en ese principio sin principio, del que habla Bossuet, conforme a san Juan: "In principio erat Verbum", "en el principio era el Verbo". Y puede añadirse: En el principio era la nada. "Dios, en su eterna soledad, nos llevaba ya en su pensamiento" (VI, 1).

Y he ahí a Isabel de la Trinidad que entra, con los textos de Ruysbroek, en las más altas consideraciones dogmáticas. El Padre se contempla a Sí mismo en el abismo de su fecundidad y ved aquí, que por el simple acto de comprenderse, Él engendra Otra Persona, el Hijo, su Verbo eterno. El tipo de todas las criaturas que aún no habían salido de la nada, residía eternamente en Él y Dios lo veía y contemplaba en su tipo, pero en Él mismo. El Verbo, el Esplendor del Padre, es el Tipo eterno sobre el que son dibujadas las criaturas el día de la creación" (VIII). ¿No llamaba, san Agustín, al Verbo: "El arte del Padre" ("Ars Patris")? (*De Trinitate* VI, 10. P. L. 42, 931).

"La imagen de Dios impresa en el alma"

Después de haber escrutado nuestra santidad en su Ejemplar supremo: el Verbo eterno, prototipo de todas las criaturas, Isabel de la Trinidad considera esta ima-

gen divina impresa en nosotros, según el texto del Génesis: "Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza". "Tal fue, en efecto, el gran querer de nuestro Dios" (VII, 2).

Este tema bíblico del hombre, imagen de Dios, se ha hecho uno de los temas familiares de la espiritualidad cristiana. En su *De Trinitate,* san Agustín multiplica los análisis sobre nuestra alma, imagen viviente de la Trinidad. Sor Isabel utiliza ocasionalmente algunos pensamientos de Ruysbroek sobre este tema, pero su inspiración fundamental le viene, como siempre, de san Juan de la Cruz.

"La perfección más alta en esta vida —dice ella con Ruysbroek—, consiste en quedar talmente unido a Dios, que el alma, con todas sus facultades y potencias sea recogida en Dios, que sus afecciones, unidas a la alegría del amor, no hallen descanso más que en la posesión del Creador" (VII, 2).

Pero es la trilogía sanjuanista la estructura de su pensamiento: "La imagen de Dios, impresa en el alma, está en efecto constituida por la razón, la memoria y la voluntad. En tanto que estas facultades no lleven la imagen de Dios, no se Le semejarán como en el día de la creación" (VII, 2).

La gracia santificante obra en las profundidades de nuestra alma esa semejanza básica con Dios, según el texto de san Pedro haciéndonos "partícipes de la naturaleza divina" (*2 Petr* 1, 4). Por la filiación divina, el alma semeja a Dios Padre. Este aspecto teológico está en la raíz de todo. La gracia se dilata en nuestras facultades y en nuestros actos, según el dinamismo de nuestra vida espiritual, propagando en todo su obrar esa semejanza divina. Cuanto más vive una alma, por la fe o por la visión, en la luz de Dios, más resplandece en su inteligencia la imagen del Verbo. Cuanto más se vuelve hacia Dios por el amor, una voluntad, más lleva en sí misma la semejanza del Espíritu Santo. Tocante a la forma del alma, es Dios quien debe imprimirse en ella como el sello en la cera, como la marca en su objeto. Ahora bien, eso no se realiza plenamente si la razón no está completamente iluminada por el conocimiento de Dios,

si la voluntad no está encadenada al amor del Bien soberano, si la memoria no está del todo absorta en la contemplación de la eterna felicidad" (VII, 2).

Esta semejanza divina apenas está bosquejada aquí abajo. No será perfecta más que en la visión transformante de la Trinidad. "Ahora somos hijos de Dios, y no aparece aún lo que hemos de ser. Sabemos que en cuanto Él apareciere, seremos semejantes a Él por cuanto nosotros le veremos, así como Él es" (*1 Io* 3, 2). No obstante, ya somos imágenes vivientes de la Trinidad en la medida de nuestra fe y de nuestro amor. "Y como la gloria de los bienaventurados no es otra que la posesión perfecta de ese estado, es manifiesto que la posesión comenzada de esos bienes constituye la perfección en esta vida" (VII, 2).

Sobre el plan práctico, "para realizar ese ideal", siempre el mismo programa, la misma actitud de alma: estarse recogida por dentro de sí misma, en silencio, en presencia de Dios" (VII, 2).

"Conformidad en Cristo"

El alma de Isabel de la Trinidad está perpetuamente dirigiéndose a Cristo como al centro de su vida. Las dos oraciones de esta octava jornada le son enteramente consagradas en un crescendo que marca dos etapas sucesivas en la realización de su *sueño* de transformación en Cristo: la conformidad y la identificación.

Para comprender en toda su amplitud el sentido de la vida espiritual, recurre a san Pablo, "el Padre de su alma", del cual había estudiado minuciosamente las epístolas, poniendo gran cuidado en realzar los textos que más la habían impresionado. Su mirada contemplativa había largamente meditado las perspectivas grandiosas, deslumbrantes todas, alrededor del misterio de Cristo. Con el Apóstol, escruta los designios eternos de Dios sobre nosotros y sus relaciones temporales según plan de salud. Su visión de universo se ensancha así hasta los horizontes de Dios. Ella lo siente, el misterio de nuestra

predestinación en Cristo es la clave de todo. "Los que Dios conoció en su presencia, a estos también predestinó, para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó" (*Rom* 8, 29, 30).

"Tal aparece, a la mirada iluminada del Apóstol, el misterio de la predestinación, el misterio de la elección divina". Y hela ahí que sigue paso a paso las diversas articulaciones del pensamiento de san Pablo.

"Los que Él conoció." "¿No somos nosotros del número? ¿No puede decir Dios a nuestra alma lo que Él decía en otro tiempo por la voz de su profeta? "Y pasé por ti, y te vi; y he aquí tu tiempo, tiempo de amantes; y extendí mi mano sobre ti, y cubrí tu ignominia. Y te juré, y entré en concierto contigo: dice el Señor Dios: y fuiste mía" (*Ez* 16, 8).

Sí, nos hemos hecho *suyas* por el bautismo. Eso es lo que san Pablo quiere deciros por esas palabras: "Él las ha llamado." Sí, llamadas a recibir el sello de la Santísima Trinidad. Al mismo tiempo que fuimos hechas "partícipes de la Naturaleza divina", según el lenguaje de san Pablo, recibimos "el principio de la sustancia de Él" (*Heb* 3, 14).

Después "Él nos ha *justificado*" de dos maneras, precisa Isabel de la Trinidad: primera y principalmente "por esos sacramentos, por esos contactos directos en el recogimiento del fondo de nuestra alma"; luego "justificados también por la fe" (*Rom* 5, 1) y según la medida de nuestra fe en la redención que Jesucristo nos ha otorgado.

En fin, Él quiere *glorificarnos*. Y por eso, nos dice san Pablo, "El que nos hizo dignos de participar la suerte de los santos en luz" (*Col* 1, 12). Y he aquí la frase capital, que expresa todo el sueño de la santa carmelita: "Mas seremos glorificados en la medida en que hayamos sido conformes a la imagen de su divino Hijo." Todo el ideal que sueña realizar está en eso. "Contemplar para reproducir", según el axiona de las Órdenes contemplativas.

Contemplemos, pues, esta Imagen adorada. Estémonos sin cesar bajo su resplandor para que Ella se imprima en nosotros; después, vayamos a todas las cosas en la actitud de alma en la que se restituiría nuestro Santo Maestro. Entonces realizaremos la gran voluntad por la cual Dios se propuso en "Sí mismo", "instaurar todas las cosas en Cristo" (*Eph* 1, 9, 10) (VIII, 1).

"Identificación en Cristo"

Ir a todas las cosas en actitud de alma de Cristo: es un hermoso programa de confirmidad. Isabel de la Trinidad quiere aún "más que eso", nos dice ella, la identificación total en Cristo hasta poder decir con el Apóstol: "Y vivo, ya no yo: mas vive Cristo en mí." Esta vez no puede ir más lejos. Aún es preciso entender bien esta doctrina, de la que se encuentran en la espiritualidad cristiana múltiples expresiones. Evidentemente, no puede hablarse de identificación física con el Verbo Encarnado. La personalidad increada del Hijo de Dios es Única, como su naturaleza divina y su Existencia eterna. Cristo es Uno de los Tres. Su humanidad misma, lograda como la nuestra en el seno de una mujer, pero unida en Persona al Verbo de Dios, permanece igualmente incomunicable, así como la infinita plenitud de gracia del "Hijo Único del Padre."

Solo se trata de una identificación mística, que hace de cada uno de nosotros miembros vivientes de Cristo, animados por su Espíritu y por una gracia de filiación divina que nos hará participar en su propia Filiación eterna. La doctrina católica de la unidad del cuerpo místico de Cristo es de gran realismo, pero descarta absolutamente toda especie de panteísmo o de pancristianismo absurdo y monstruoso. Sin embargo, el Cristo total no se acaba más que en nosotros, según la rica intuición del genio de san Agustín. Isabel de la Trinidad habla más gustosa de "humanidad de añadidura", en la cual Cristo viene a "renovar en nosotros todo su misterio". El lenguaje místico tiene sus riquezas y sus leyes. La tradición patrística no ha dudado en afirmar que todo bautizado es "otro Cristo",

"Christianus, alter Christus", por su gracia, por su Espíritu y por la práctica, en Él, de todas las virtudes cristianas.

En Isabel de la Trinidad, un largo texto paulino introduce esta doctrina de la identificación en Cristo. "Y en verdad todo lo tengo por pérdida, por el eminente conocimiento de Jesucristo mi Señor: por el cual todo lo di por perdido, y lo tengo por basura, con tal que gane a Cristo... Lo que yo quiero: es conocerlo, a Él, la participación en sus aflicciones, y tomando la figura de su muerte... mas voy siguiendo, por si pudiere alcanzar aquello para lo que yo fui destinado por Jesucristo al aceptarme... Todo mi cuidado es olvidar lo que queda atrás, y tenderme hacia lo que está delante. Persigo el premio de la soberana vocación de Dios en Jesucristo" (*Phil* 3, 8, 14), es decir, no quiero nada más que estar identificada con Él. "Mihi vivere, Christus est" (*Phil* 1, 21). ¡Cristo es mi vida!... Toda el alma ardiente de san Pablo pasa a través de estas líneas.

Durante este retiro, cuya meta es volvernos más conformes a nuestro Maestro adorado, más que esto, fundirnos tan bien en Él que podamos decir: "Y vivo, ya no yo: mas Cristo vive en mí. Y lo que vivo ahora en carne: lo vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó, y se entregó a Sí mismo por mí" (*Gal* 2, 20) (VIII, 2).

El medio supremo, el más rápido, de esta identificación en Cristo, es una perfecta conformidad a su voluntad, como Jesús mismo no hacía más que uno con su Padre. Isabel de la Trinidad contempla a Cristo, pero a fin de reproducirle e identificarse con Él en todos los movimientos de su alma. ¿No escribía, san Pablo, a los Filipenses: "Vivamos en los mismos sentimientos que Cristo" (2, 5)? "Estudiemos ese modelo divino. Su conocimiento, nos dice el Apóstol, ¡es tan trascendente! (*Phil* 3, 8). Y desde luego, al entrar en el mundo, ¿qué dijo? "Sacrificio y ofrenda no quisiste: mas me apropiaste cuerpo: Holocaustos por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí que vengo: en el principio del libro está escrito de mí: para hacer, oh Dios, tu voluntad" (*Heb* 10, 5). Durante esos treinta y tres años, esta voluntad fue tanto su pan de cada día (*Io* 4, 32, 34) que

en el momento de volver a poner su "alma entre las manos de su Padre, pudo decir: "Consumado es" (*Io* 19, 30). Sí, todas tus voluntades, todas han sido cumplidas; puesto que: "Yo te he glorificado sobre la tierra" (*Io* 17, 4). En efecto, Jesucristo hablando a sus Apóstoles de este alimento que ellos no conocían, les dijo: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió" (*Io* 4, 34). También pudo decir: "Porque no estoy solo" (*Io* 8, 16), y "el que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo: porque yo hago siempre lo que a Él agrada" (*Io* 8, 29) (VIII, 2).

La oración se acaba con una resolución práctica: es necesario comulgar a través de todo con la voluntad, en eso está el secreto de una rápida y total transformación en Cristo. "Comamos con amor este pan de la voluntad de Dios. Si a veces sus voluntades son más crucificantes, podremos decir sin duda con nuestro Maestro adorado: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz: mas no como yo quiero, sino como Tú" (*Mt* 26, 39). Y, en la calma y en la fuerza, con el divino crucificado, subiremos también nuestro Calvario, cantando en el fondo de nuestras almas haciendo subir hacia el Padre un himno de acción de gracias; porque los que andan por esa vía dolorosa, son aquellos que Él conoció y predestinó, para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo" (*Rom* 8, 29), el Crucificado por amor" (VIII, 2).

"*La adopción divina*"

La grandeza suprema del cristiano es la de ser "hijo de Dios" por la gracia de adopción. San Pablo veía en ello la razón y el efecto primordial de la encarnación del Verbo: "Cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho sujeto a la ley, para redimir a aquellos que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto vosotros sois hijos, ha enviado Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba!, ¡Padre!" (*Gal* 4, 4, 6). El plan divino de la encarnación redentora consiste pues en restituirnos hijos de Dios, a imagen del Hijo, mejor

aún, según la fórmula de san Atanasio "hijo en el Hijo". Nuestra filiación divina es la forma misma de nuestra santidad.

Isabel de la Trinidad tuvo conciencia en raro grado, de este puesto central de nuestra adopción divina en la vida espiritual. Un año antes de la composición de su retiro, ya escribía a su hermana: "Acabo de leer en san Pablo cosas espléndidas sobre el misterio de la adopción divina. Naturalmente he pensado en ti. Sería muy extraordinario que fuese de otro modo. Tú que eres madre y sabes cuantas profundidades de amor ha puesto el Buen Dios en tu corazón para tus hijos, puedes asir la grandeza de este misterio. ¡Hijo de Dios! ¿Es que esto no te hace estremecer? Oye hablar a mi querido san Pablo: "Así como Dios nos eligió en Él mismo, antes de la creación; también nos predestinó para adoptarnos en hijos por Jesucristo en sí mismo, para loor y gloria de su gracia" (*Eph* 1, 4, 6, 7), es decir, que en su Omnipotencia, Él parece no poder hacer nada más grande. Y después, escucha aún: "Y si somos hijos también herederos por Dios" (*Gal* 4, 7), y ¿cuál es esta herencia? "Dios nos hizo dignos de participar la suerte de los santos en luz" (*Col* 1, 12). Y más tarde, como para decirnos que ése no es un porvenir lejano, el Apóstol añade: "Ya no sois extranjeros ni advenedizos: sino que sois ciudadanos de los santos y domésticos de Dios" (*Eph* 2, 19). Y también: "Nuestra vida está en el cielo."

Aquí, en su retiro, Isabel vuelve al mismo tema de la adopción filial, pero con más amplitud. Cita largamente el primer capítulo de la epístola de los Efesios donde san Pablo desarrolla ante nuestros ojos todo el conjunto del plan divino con, en el centro de todo, nuestra predestinación a esa filiación divina en Cristo. "Dios nos predestinó para adoptarnos como hijos suyos por medio de Jesucristo, en unión con Él, según el agrado de su voluntad, para loor de gloria de su gracia, por lo cual nos ha gratificado en el Amado, en el cual tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, la cual ha abundado en nosotros copiosamente en toda sabiduría y prudencia" (*Eph* 2, 5, 8) (IX, 1).

Importa sentir en el más alto punto el realismo de esta gracia de adopción. Somos *realmente* hijos de Dios, subraya Isabel de la Trinidad, es decir, no de una manera metafórica, como Dios es el Padre de la lluvia, sino en el sentido propio, por una comunicación ontológica de la Naturaleza divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ciertamente, no en la igualdad, sino por vía de participación y de analogía y en toda verdad. "Somos de raza divina" (*Act* 17, 29), creados a partir de la nada, pero regenerados en Cristo, poseyendo también nosotros, en grados diversos, la naturaleza divina del Dios Trinidad, incorporados en Cristo e introducidos por Él en el interior del ciclo de la Vida trinitaria, a título de hijos. Somos hijos de Dios por participación en el Ser y en el Obrar del Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, llamados a vivir "en sociedad", "en comunión" eterna con las Tres Personas divinas, a imagen del Hijo, animados del mismo Espíritu.

"El alma, realmente hecha hija de Dios, es, según la palabra del Apóstol, movida por el Espíritu Santo mismo." Porque todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios." Y más: "No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba! ¡Padre! En efecto, el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos: herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo: pero si padecemos con Él, es para que seamos también glorificados con Él" (*Rom* 8, 14, 17). Para hacernos llegar a ese abismo de gloria es por lo que Dios nos creó a su imagen y semejanza" (IX, 1).

Isabel de la Trinidad ha sabido hallar la confirmación de ese realismo de nuestra adopción filial en el bellísimo texto de la primera epístola de san Juan, donde el Evangelista del Verbo nos atestigua que somos hijos de Dios, no sólo de nombre, sino en verdad, hasta en el trasfondo de nuestro ser. "Considerad cuál caridad nos ha dado el Padre, queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios, y lo seamos. Ahora somos hijos de Dios: y no aparece aún lo que hemos de ser. Sabemos que cuando Él apare-

cerá, seremos semejantes a Él, por cuanto nosotros le veremos así como Él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se santifica a sí mismo, así como Él es santo" (*Io* 3, 3). Y la mirada de Isabel no cesa de posarse sobre el Santo Dios para descubrir en Él el modelo y la medida de la santidad de los hijos y de las hijas de Dios: "ser santo como Dios, ser santo de la santidad de Dios; y esto viviendo en contacto con Él "por dentro". El alma parece tener entonces una cierta semejanza con Dios, que, por más que tome a delicia todas las cosas, sin embargo, no la halla nunca tanto como en Él mismo, porque posee en Sí un Bien supereminente, delante del cual desaparecen todos los otros. También todas las alegrías que sobrevienen al alma son otros tantos avisos, que la invitan a saborear de preferencia el Bien del que está en posesión y al cual ningún otro puede "ser comparado" (IX, 1).

Siempre atenta al bien espiritual y al progreso de las almas en camino hacia Dios, Isabel indicaba a su hermana, el año precedente, cómo podía, también ella, realizar este ideal, en su existencia en el hogar. "Ese cielo, esa mansión de nuestro Padre, está en el centro de nuestra alma." Como verás en san Juan de la Cruz (le había prestado su libro), cuando estamos en el centro más profundo, estamos en Dios. ¿Verdad que es sencillo, que es consolador? En medio de todo, entre las solicitudes maternales, mientras estás con los angelitos, puedes retirarte a esa soledad para entregarte al Espíritu Santo, a fin de que Él te transforme en Dios, que imprima en tu alma la imagen de la Belleza divina, para que el Padre, inclinándose sobre ti, no vea más que a su Cristo" (agosto 1905).

Isabel de la Trinidad no teme proponer un altísimo ideal de santidad a una joven que vive en el mundo. Sabe que el Maestro llama a todos los hijos de Dios a ser "perfectos como su Padre del Cielo". Padre nuestro que estás en los cielos. Es en ese pequeño cielo que Él hizo en el centro de nuestra alma, donde debemos buscarle y, sobre todo, donde debemos vivir. Cristo decía un día a la Samaritana, que "el Padre buscaba verdaderos adoradores en Espíritu y en Verdad" (*Io* 4, 23). Para

alegrar el corazón, seamos esos grandes adorantes. Adorémosle "en espíritu", es decir, tengamos el corazón y el pensamiento fijos en Él, el espíritu lleno de su reconocimiento por la luz de la fe. Adorémosle "en verdad", es decir: por nuestras obras, porque es sobre todo por los actos por lo que somos verdaderas. Es hacer siempre lo que agrada al Padre, del que somos los hijos. En fin, adoremos "en espíritu y en verdad", es decir por Jesucristo y con Jesucristo, porque sólo Él es el verdadero Adorador en espíritu y en verdad. Entonces seremos hijas de Dios, conoceremos por ciencia experimental la verdad de estas palabras de Isaías: "Llevados seréis a los pechos y sobre las rodillas os acariciarán" (*Is* 16, 12). En efecto, toda la ocupación de Dios parece ser la de colmar el alma de caricias y de muestras de afecto, como una madre que cría a su hijo y le nutre con su leche.

¡Oh!, seamos atentas a la voz misteriosa de nuestro Padre: "Dame, hija mía, tu corazón" (*Prov* 23, 26) (IX, 1).

Acaso estemos tentados, muy generalmente, de minimizar la vocación a la santidad de toda la Iglesia, comprendido en ello el laicado y de reservar la más alta perfección evangélica a una *élite* de almas escogidas en el sacerdocio y en la vida religiosa; felizmente los mismos santos saben recordarnos que nuestra vocación bautismal nos llama a todos a ser, "santos con Dios" (IX, 1).

"El único obstáculo: el pecado"

El pecado ocupa gran lugar en la historia del mundo. Omitir la mención del pecado en el transcurso de un retiro o en un tratado de vida espiritual, sería hacer prueba de un sorprendente candor o de un olvido imperdonable. San Pablo lo afirma sin ambajes: "Cristo murió por nuestros pecados" (*1 Cor* 15, 3), y cada una de nuestras vidas es una historia de redención.

Las almas puras sienten por instinto que el pecado es el único obstáculo al Amor. Isabel de la Trinidad, que conservó, hasta la muerte la inocencia bautismal, ofre-

ció su vida por los sacerdotes y por los pecadores. Su inviolable fidelidad a Cristo no era ignorancia del pecado, sino triunfo de la gracia. Antes de entregarse a las reuniones mundanas, oraba largamente. Sabía por experiencia que debía velar sobre su extrema sensibilidad. Por ardiente que fuese su afección por la familia, por sus amigas y, más tarde, por sus hermanas y la Madre priora, nada pudo nunca disminuir su impulso hacia Cristo "amado por encima de todo". Isabel murió pura como un lirio.

Pero comprendió todo el peso del pecado en el misterio de Cristo y de la Redención. He aquí por qué quiso introducir una de las oraciones de su retiro, sobre el pecado. Para hablar de ello, recurre primero a su querido san Pablo: "Dios, que es rico en misericordia, por la extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo (por cuya gracia sois salvos). Y con Él nos resucitó, y nos hizo sentar en los cielos con Jesucristo, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia por su bondad sobre nosotros en Jesucristo. Porque de gracia sois salvos por la fe, y esto, no de vosotros: porque es un don de Dios" (*Eph* 2, 4, 5).

No hay ni indicios de pesimismo o de jansenismo en el pensamiento de Isabel de la Trinidad. Como todos los santos, mira el pecado a la luz de la misericordia divina. El pecado subsiste como el mayor mal del universo y más valdría el aniquilamiento del mundo entero que cometer voluntariamente el menor pecado venial. Pero Dios es bastante poderoso para sacar del mal el bien. Todas las faltas de los hombres, expiadas y perdonadas por la muerte de Cristo se han hecho fuentes de arrepentimiento, de amor agradecido y de humildad. En definitiva, el propio pecado está ordenado a la mayor gloria de Dios. ¿No canta la Iglesia en la noche de la Resurrección de Cristo: "O felix culpa! ¡Oh feliz pecado que nos ha valido tal Redentor!"?

En buen número de continuaciones, en sus escritos, Isabel de la Trinidad tuvo ocasión de hablar del pecado. Aquí, se conforma con citar, invirtiéndolos, dos capítulos de Ruysbroek; uno sobre "la inocencia y el arrepenti-

miento" otro sobre "la humildad". Los dos temas conexos, puesto que "nuestros pecados se han hecho para nosotros una fuente de humildad" (IX, 2).

El mundo moderno ha perdido el sentido del pecado porque ha perdido el sentido de Dios.

"La Virgen fiel"

La devoción mariana reviste en los santos una forma personal que refleja su alma y expresa espontáneamente su propio ideal. Isabel de la Trinidad no ha escapado a esta Ley común de la psicología de los amigos de Dios. A ella le gusta contemplar a la Madre de Cristo, la Virgen fiel, silenciosa y adoratriz, atenta al don de Dios, viviendo en lo más íntimo de sí misma, cara a la Trinidad. "En Ella —decía— todo ocurre por dentro."

Guiada por las intuiciones de su fe, Isabel de la Trinidad venera en María, por encima de todo, su incomparable grandeza de Madre de Dios. ¿No es en María donde el Espíritu Santo ha obrado "el mayor de los misterios", la Encarnación del Verbo, don supremo de Dios a los hombres? "Se trata de una criatura que conoce ese don de Dios, una criatura que no perdió de él ni una parcela, una criatura que fue tan pura, tan luminosa, que parece ser la luz misma: "Speculum justitiae"; una criatura cuya vida fue tan sencilla, tan absorta en Dios que casi no puede contarse nada de ella: "Virgo fidelis", es la Virgen fiel, la que "guardaba todas aquellas cosas en su corazón" (*Lc* 2, 51). Se hacía tan pequeña, tan recogida frente a Dios en el secreto del Templo, que atrajo las complacencias de la Santísima Trinidad: "Porque miró la bajeza de su esclava: pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones" (*Lc* 1, 48).

El Padre, inclinándose hacia esta criatura tan bella, tan ignorante de su belleza, quiso que fuese la Madre de Aquél del cual Él es el Padre en la eternidad. Entonces, el Espíritu de Amor, que preside todas las obras que salen de Dios llegó, la Virgen dijo su *fiat*: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"; y el mayor de todos los misterios fue realizado; y, por el

descendimiento de Dios hasta ella, María fue para siempre la presa de Dios" (X, 1).

Una alma contemplativa no se para nunca en la especulación pura; la consideración amante de los misterios de Dios se acaba siempre por la alabanza y el don de sí. Así la fe luminosa de Isabel de la Trinidad descendía sin esfuerzo de las más altas vías dogmáticas hacia sus aplicaciones prácticas en la vida espiritual. Tres años antes de componer su retiro, evocando ya el mismo misterio mariano, escribía a su hermana a punto de ser madre: "¡Si supieras cómo me siento cerca de ti, cómo te envuelvo en mi plegaria, a ti y al querido pequeño que llegará al mundo enteramente colmado de bendiciones! ¿Piensas lo que debía pasar en el alma de la Virgen cuando, después de la Encarnación, poseía en ella el Verbo encarnado, el don de Dios? ¡Con qué silencio, con qué recogimiento, con qué adoración había de sepultarse en el fondo de su alma para abrazar a ese Dios del cual era la Madre...! Él está en nosotros. ¡Oh, estémonos muy cerca de Él con este amor de la Virgen!" (noviembre 1903).

Aquí, Isabel vuelve al mismo tema para sacar de esto una ley más general, mostrando en la Virgen de la Encarnación "el modelo de las almas interiores", adoradoras del Dios escondido en lo más íntimo de ellas mismas. "Me parece que la actitud de la Virgen durante los meses que pasaron entre la Anunciación y la Natividad, es el modelo de las almas interiores, de los seres que Dios ha escogido para vivir "por dentro". ¡Con qué paz, con qué recogimiento se entregaba y se prestaba María a todas las cosas! ¡Cómo, incluso las más triviales, eran divinizadas por ella, porque en medio de todo, la Virgen seguía siendo la adoradora del don de Dios! Esto no le impidió emplearse exteriormente cuando se trataba de ejercer la caridad. El evangelio nos dice que María "fue con prisa a la montaña, a una ciudad de Judá: y entró en casa de Zacarías y saludó a su prima Isabel" (*Lc* 1, 39). La visión inefable que contemplaba en ella misma nunca disminuyó su caridad exterior" (X, 1).

La "Virgen fiel" es un perfecto modelo de contemplación y de acción.

"Una alabanza de gloria"

Y he aquí la incomparable página de síntesis, la más profunda, la más evocadora de la doctrina y de la misión de Isabel de la Trinidad en la Iglesia. Escrita de una vez, sin raspaduras, por la inspiración del Espíritu Creador, según los procedimientos de una composición musical, reviste el valor de un testamento espiritual en el que el alma de una gran artista, que fue el alma de una gran santa, ha reunido los temas principales de su ideal supremo de "alabanza de gloria de la Trinidad."

Isabel ha llegado al fin de su vida. Dios la ha elevado a las cumbres de la unión transformante. Vive "en el cielo de su alma", no para gozar allí de la Presencia beatificante de la Trinidad, sino para cantar en él, a través de todo: "la gloria del Eterno, sólo la gloria del Eterno." Ya no es Isabel de la Trinidad, sino "Laudem gloriae": la que canta siempre a Dios. Haría falta reproducir en letras de oro esta página admirable, verdadero programa dejado por una santa a todas las almas que, en su seguimiento, quieran ser en la Iglesia, "alabanza de gloria de la Trinidad."

San Pablo le descubrió este sublime ideal, que es, sin embargo, el de todos los bautizados, hijos de Dios a imagen del Hijo, Aquél que fue "la perfecta alabanza de gloria del Padre." Esta vocación viene del cielo por una revelación divina, recogida y transmitida por el gran Apóstol de Cristo: "Hemos sido predestinados según el decreto de Aquél que obra todas las cosas, según el consejo de su voluntad: para que seamos en loor de su gloria" (*Eph* 1, 11, 12). Es san Pablo quien así habla, san Pablo instruido por Dios mismo. ¿Cómo realizar ese gran sueño del Corazón de nuestro Dios, ese querer inmutable en nuestras almas, cómo, en una palabra, responder a nuestra vocación y llegar a ser perfectas alabanzas de gloria de la Santísima Trinidad?"

La mirada de Isabel se eleva hacia el cielo. Los últimos capítulos del Apocalipsis nutren un pensamiento de la visión de la Jerusalén celestial, donde pronto irá ella a perderse con la muchedumbre de ángeles y santos en

una adoración sin fin. ¿No es allá, cara a la Trinidad, donde una alabanza de gloria realiza su vocación suprema? "En el cielo, cada alma es una alabanza de gloria al Padre, al Verbo, al Espíritu Santo, porque cada alma está fija en el puro amor y no vive ya de su propia vida, sino de la vida de Dios. Entonces, dice san Pablo, Le conoce, como ella es conocida de Él. En otros términos, su entendimiento es el entendimiento de Dios, su voluntad la voluntad de Dios, su amor el mismo amor de Dios. En realidad es el Espíritu de amor y de fuerza el que transforma el alma, porque habiéndole sido dado para suplir a lo que le falta, como dice también San Pablo, Él obra en ella esta gloriosa transformación. San Juan de la Cruz afirma que poco se necesita para que el alma entregada al amor por virtud del Espíritu Santo, se eleve hasta el grado del que acabamos de hablar, desde aquí abajo. He ahí lo que llamo una perfecta alabanza de gloria" (X, 2).

El amor es el sentimiento dominante en una alabanza de gloria. Más que nunca, Isabel de la Trinidad tiene la convicción de ello: "Al final de la vida, todo pasa. Sólo subsiste el amor. Es menester marcarlo todo con el sello del amor... ¡Ah, si yo lo hubiera hecho siempre!" El amor del que ella vive no es el amor egoísta y replegado sobre sí, sino el amor que da, que se olvida, que sólo piensa en su Bien Amado, en lo que a Él pueda agradar y "cubrirle de gloria". "Una alabanza de gloria, es una alma que mora en Dios, que le ama por encima de todos sus dones, hasta cuando no haya recibido nada de Él y desee el bien del Objeto así amado. Ahora bien, ¿cómo desear y querer efectivamente el bien de Dios, si no es cumpliendo su voluntad, puesto que esta voluntad ordena todas las cosas para su mayor gloria? Por consiguiente, esta alma debe entregarse plenamente, perdidamente a ello, hasta no querer otra cosa que lo que Dios quiere" (X, 2).

La actitud fundamental de una alabanza de gloria es una docilidad perfecta al Espíritu Santo, en el recogimiento y el silencio del amor. Entonces está enteramente disponible entre las manos del divino Artista, que hace brotar de ella, por entre todo, armonías divinas que regocijan el Corazón de Dios. "Una alabanza de gloria, es

una alma de silencio que está como una lira bajo el toque misterioso del Espíritu Santo, para que Él haga salir de ella armonías divinas. Ella sabe que el sufrimiento es una cuerda que produce sonidos más bellos aún; también le gusta verle en su instrumento, para conmover más deliciosamente el Corazón de su Dios" (X, 2).

Una verdadera alabanza de gloria vigila con cuidado la práctica de todas las virtudes. Fidelidad por amor: tal es su divisa. Es el eje mismo de toda santidad. No se preocupa del ejercicio particular de tal o cual virtud. Ama y... en medio de todo, se da por amor. Tiene su mirada fija en Dios, su Ejemplo supremo; sabe que su santidad no es más que un derramamiento en ella de la Santidad de Dios. El clima de una alabanza de gloria es teocéntrico. Es Dios quien hace todo en ella. Él obra en ella maravillas de gracia, pero ella no quiere detenerse en eso. Las deja atrás; no ve más que a Dios, que realiza en ella los designios de Amor y Misericordia de su plan eterno. "Una alabanza de gloria, es una alma que Dios fija en la fe y la sencillez. Es un reflector de todo lo que Él es. Como un abismo sin fondo en el que Él puede derramarse, expandirse. También es como un cristal a cuyo través Él puede brillar y contemplar todas sus perfecciones y su propio esplendor. Una alma que permite así al Ser divino saciar en ella su necesidad de comunicar todo lo que Él es y todo lo que tiene, es en realidad la alabanza de gloria de todos sus dones" (X, 2).

"La gloria del Eterno, tan sólo la gloria del Eterno": He ahí el *leit-motiv* perpetuo de una alabanza de gloria. A imitación de Cristo, no tiene otro móvil, en todos sus actos, que "la gloria del Padre." Es "una hostia de alabanza" cuyo canto de amor es una anticipación o una prolongación de la alabanza del Verbo encarnado y del Cristo total. "Una alabanza de gloria es un ser siempre en acción de gracias. Cada uno de sus actos, de sus movimientos, cada uno de sus pensamientos, de sus aspiraciones, al mismo tiempo que la arraigan más profundamente en el amor, son como un eco del Santo eterno" (X, 2).

"En el cielo de la gloria, los bienaventurados no tienen reposo, ni de día ni de noche, diciendo: Santo, Santo,

Santo, el Señor Dios Omnipotente... Y prosternándose, adoran a Aquél que vive en los siglos de los siglos" (*Apoc* 4, 8) (X, 2).

"En el cielo de su alma, la alabanza de gloria comienza ya su oficio de eternidad. Su cántico es ininterrumpido, porque ella está bajo la acción del Espíritu Santo que todo lo obra en ella; y aunque no siempre tenga conciencia de ello, porque la debilidad de su naturaleza no le permite estar absorta en Dios sin distracciones, siempre canta, siempre adora, está por así decirlo, enteramente entregada a la alabanza y el amor, en la pasión de la gloria de Dios."

Un deseo final termina este retiro. No va dirigido directamente más que a la hermana de Isabel, pero en las intenciones de la Providencia, este voto de la santa carmelita debe alcanzar a toda la Iglesia y, en ella, a una muchedumbre de almas, deseosas, según su vocación bautismal, de hacer de su vida una incesante alabanza de gloria de la Santísima Trinidad. "En el cielo de nuestra alma: seamos alabanzas de gloria de la Santísima Trinidad, alabanzas de amor de nuestra Madre inmaculada. Un día caerá el velo, seremos introducidos en los atrios eternos, y allí, cantaremos en el seno del Amor infinito, y Dios nos dará el nuevo nombre prometido al vencedor. ¿Cuál será? "LAUDEM GLORIAE."

Capítulo III

INTRODUCCIÓN AL SEGUNDO RETIRO

EL OFICIO DE UNA ALABANZA DE GLORIA

"En el cielo de nuestra alma:
Seamos alabanza de gloria
de la Trinidad."

EL OFICIO DE UNA ALABANZA DE GLORIA

Consumada en santidad, Isabel de la Trinidad iba a dejar la tierra. La necesidad de una más completa soledad le hizo solicitar de la Madre priora un retiro para prepararse a la vida eterna. La madre Germana, que conocía a fondo el alma de su hija y que la consideraba como una santa, le pidió que mostrara por escrito la manera de concebir su oficio de "alabanza de gloria", su vocación suprema aquí abajo. Isabel de la Trinidad obedeció sencillamente. En el transcurso de penosos insomnios, agotada por el sufrimiento, al correr de la pluma en un cuadernito escribía las luces que recibía. Titula esas páginas "Último retiro de *Laudem gloriae*" y las ofreció a su priora el 24 de septiembre, con ocasión de una fiesta. Enteramente entregada a su oficio de "alabanza de gloria", se la veía en su lecho de sufrimiento, pasear con rapidez sus manos de pianista, como para interpretar la música misteriosa que se cantaba en su alma. Era el último canto de "Laudem gloriae."

Fue su canto de cisne. La joven carmelita, cada vez más transformada en Dios, a imagen del Crucificado, nos ha dejado ahí su obra maestra: páginas admirables, de altísima elevación mística y de una simplicidad evangélica. Es un retiro de unión transformante. En él se hallan todos los temas fundamentales de su doctrina espiritual, pero en una luz irradiada ya de las claridades eternas. Isabel quiso entrar en retiro la noche del 15 de agosto, bajo el patronazgo de la Virgen de la eternidad, a la que familiarmente llamaba "Ianua Caeli" y que fue para ella "la puerta del Cielo."

Una nota íntima, dirigida a una hermana muy amada de su Carmelo, nos franquea sus sentimientos en el momento de entrar en aquellos días de recogimiento y de plegaria. "Laudem gloriae" entró aquella noche en el noviciado del cielo para prepararse a recibir el hábito de gloria, y se siente apremiada a ir a recomendarse con su querida hermana Inés. "Los que Dios conoció en su presencia, nos dice san Pablo, a estos también los predestinó para ser conformes a la Imagen de su divino Hijo". "He ahí lo que voy a hacerme enseñar: la conformidad, la identidad con mi Maestro adorado, el Crucificado por amor. Entonces podré cumplir mi oficio de alabanza de gloria y cantar ya el Sanctus eterno, en espera de ir a entonarlo en el divino atrio de la Mansión del Padre".

"No importa otra cosa
que Cristo crucificado"

Un triple sentimiento anima la primera oración de este último retiro de "Laudem gloriae":

— "No importarle nada" de la tierra, para entregarse enteramente a su oficio de eternidad, comenzado aquí abajo,
— identificarse en Cristo, que fue "la perfecta alabanza de gloria de su Padre",
— confiarse a la Virgen, "Madre de gracia", para que ella forme su alma a imagen de su Hijo.

Para "Laudem gloriae" todo se acaba aquí abajo. Su breve existencia toca ya a su fin. Pero no hay nada de la desesperación de una mujer joven que muere a los 26 años, es el impulso esperanzado de una alma inmortal que se sabe llamada a vivir en eternidad. ¿Qué puede importar la tierra?, ¿merece acaso una sola mirada? En todo su ser, Isabel de la Trinidad está dirigida hacia el Amor eterno. "Nescivi!" ("Ya no sé nada") (*Cántico* 6, 2). "He ahí lo que canta la esposa de los Cánticos después de haber sido introducida en la despensa interior. Me parece que ese debe ser también el estribillo

de una "alabanza de gloria", en este primer día de retiro en que el Maestro la hace penetrar en el fondo del abismo, para enseñarla a cumplir el oficio que será el suyo durante la eternidad y en el cual debe ejercitarse ya en el tiempo, que es eternidad siempre en progreso" (X, 2).

Un gran amor, un amor único ha llenado la existencia de Isabel de la Trinidad. Este amor ha colmado de dicha su corazón de mujer, de un ser virgen que no conoció jamás otro amor que Cristo. El amor apunta a la semejanza, a la transformación en el Bienamado, a la fusión con Él hasta la identificación. Es ley propia del amor: desaparecer en el otro. Ése fue el deseo supremo de Isabel de la Trinidad en el transcurso de los últimos meses de su vida, identificarse en Cristo por todos los movimientos de su alma, llevar en su ser de carne los estigmas de su Pasión y de su Muerte, para ser con Él corredentora de las almas y glorificar así al Padre. El sufrimiento aceptado por amor y para semejarse a Aquél que uno ama, se hace fuente de fecundidad y de júbilo. El alma no tiene más que un deseo: desaparecer totalmente en Cristo, no ser otra cosa que Él. "Nescivi ("Ya no sé nada"), no quiero saber nada más, sino conocerlo a Él, la participación en sus aflicciones y tomando la figura de su muerte" (*Phil* 3, 10). "Los que Dios conoció en su presencia, a estos también predestinó, para ser hechos conformes a la imagen de su divino Hijo" (*Rom* 8, 29), el Crucificado por amor. Cuando esté del todo identificada con este Ejemplar divino, enteramente pasada a Él y Él a mí, entonces cumpliré mi vocación eterna, aquella por la cual Dios me eligió en Él "in principio", la que proseguiré "in aeternum", cuando sumergida en el seno de la Trinidad, sea la incesante alabanza de gloria, "Laudem gloriae Ejus" (*Eph* 1, 12).

Identificarse en Cristo para ser una perfecta alabanza de gloria de la Trinidad: todo el programa del retiro está ahí, dictado por una santa al final de su vida. A fin de realizarlo, se vuelve ella ahora hacia la que es nuestra Madre en Cristo y de quien Isabel, en el transcurso de su vida, había recibido tantos testimonios de amor maternal. Cuando un ser va a morir, todo lo accidental de una existencia de hombre o mujer, se desvanece.

No queda más que una alma rescatada y a menudo pecadora, que pide humildemente el perdón de Cristo para irse con Él a la eternidad. En los santos, el ideal se sublima. Es el momento en que sueñan ser totalmente transformados en Cristo. Se les ve, a ellos también, invocar la Misericordia divina, porque todos somos "pobres pecadores"; se vuelven hacia María como hijos hacia su Madre. Todos los santos, ¿no están formados a imagen de Cristo por María, instrumento de nuestra regeneración espiritual, que utiliza la Trinidad?

Es notable constatar con la misma evidencia, en Isabel de la Trinidad, esta ley de la Providencia: cuanto más trinitaria es una alma, más tiende a identificarse en Cristo, más mariana es. El alma esencialmente trinitaria de Isabel estaba plenamente centrada en Cristo y era por completo mariana, cuando suplicaba a la Virgen que *formara* en ella la imagen de Cristo, para que ella sea como Él y en Él una perfecta alabanza de gloria del Padre y de toda la Trinidad. "Nadie ha visto al Padre (*Io* 6, 46), si no el Hijo y aquellos a quien lo quisiere revelar el Hijo" (*Mt* 2, 27). "Me parece que puede decirse así: "Nadie ha penetrado el misterio de Cristo en su profundidad, si no es la Virgen." Juan y Magdalena leyeron hasta muy adelante en este misterio. San Pablo habla con frecuencia de la *inteligencia* que le ha sido dada (*Eph* 3, 4); y no obstante ¡cómo quedan todos los santos en la penumbra cuando se miran las claridades de la Virgen...! En Ella está lo inenarrable. El secreto que "guardaba y ponderaba en su corazón" (*Lc* 2, 19). Ninguna lengua ha podido revelarlo, ninguna pluma traducirlo."

"Esta Madre de gracia va a formar mi alma, para que su hijita sea una imagen viviente, *sorprendente,* de su "Primogénito" (*Mt* 1, 25; *Rom* 8, 23), el Hijo del Eterno, Aquél que fue perpetua alabanza de la gloria de su Padre" (I).

"La unidad interior"

La primera página del retiro nos pone en presencia del tema fundamental: identificarse en Cristo, el Crucificado por amor. El que fue la perfecta alabanza de la

gloria del Padre. La segunda oración nos indica la condición de esa incesante alabanza de gloria de la Trinidad: la unidad interior. Todo en nosotros debe cantar a Dios, sin disonancia, en perfecta armonía, aportando cada una de nuestras facultades su nota propia en ese concierto común.

El hombre es un ser complejo y limitado. Dispone de una gran variedad de facultades corporales y espirituales que pueden dividir sus fuerzas, si no son conducidas a la unidad por el amor. Cuántos pobres seres nos aparecen así perfectamente desencajados y perturbados. Para obrar con orden y armonía el hombre tiene necesidad de volver a encontrarse en la Unidad. Nuestras disponibilidades están medidas. Hay que concentrarlas. Sin esto, nuestra naturaleza, con todas sus riquezas, no está totalmente entre las manos del Artista creador. Cuando un hombre se dispersa debe emplear su tiempo en reunir todas las energías para someterlas a las inspiraciones y mociones del Espíritu Santo. No se halla en estado de permanente docilidad. Por lo tanto, la eficacia de una personalidad humana depende de la unidad de su ser y de su obrar. Cristo nos da el ejemplo en su existencia humana, orientada del todo en sus menores actos hacia la gloria del Padre. "Mi alma está siempre en sus manos" (*Eph* 1, 12). "He ahí lo que se cantaba en el alma de mi Maestro; he ahí también por qué, entre todas las angustias, Él continúa siendo siempre el Tranquilo y el Fuerte. "Mi alma está siempre entre mis manos." ¿Qué significa, sino esa plena posesión de sí en presencia del Pacífico?"

"Hay otro canto de Cristo que quisiera repetir incesantemente: "Guardaré para ti mi fortaleza" (*Ps* 58, 10). Mi Regla me dice: "Vuestra fuerza será el silencio." Me parece, pues, que conservar mi fuerza en el Señor es hacer la unidad en todo su ser por el silencio interior, es reunir todas mis fuerzas para ocuparlas sólo en el ejercicio del amor, es tener ese ojo sencillo que permite a la luz de Dios irradiarnos" (II).

Esta unidad interior se disgrega a causa de la indisciplina de nuestras facultades y por las incesantes intervenciones desordenadas de nuestro *yo*. La multiplicidad de nuestras pasiones mal reprimidas y las numerosas

manifestaciones de nuestro egoísmo son causa de dispersión interior y acaban por romper en nosotros la unidad. Basta muy poco para destruir el equilibrio de un ser humano, más frágil que el de un reloj. Cada uno debe vigilarse sobre tal o cual aspecto particular, según su temperamento. Ello no es suficiente para dominar todos los primeros impulsos, sino que es preciso tomar sin demora la dirección de los actos siguientes. Basta el menor desfallecimiento voluntario para perturbar la serenidad de una alma. Por lo tanto, tenemos necesidad de obrar siempre en la paz. Si alguien se siente agitado en las profundidades de su alma, es que en su organismo espiritual hay un desarreglo, del que es responsable, porque es un axioma de experiencia cotidiana: Nadie se turba más que por sí mismo. Sólo se vuelve a encontrar la plenitud de paz, la fuerza del alma y la armonía de todas las facultades, en la tranquilidad del orden y en una docilidad perfecta de todas nuestras fuerzas al menor Aliento del Espíritu Santo.

"Un alma que discute con su yo, que se ocupa en sus sensibilidades, que persigue un pensamiento inútil, un deseo cualquiera, esa alma dispersa sus fuerzas; no está ordenada a Dios, su lira no vibra al unísono y cuando el Maestro la toca, no puede hacer salir de ella armonías divinas, tiene aún demasiado de humano, es una disonancia."

"El alma que se guarda todavía alguna cosa en su reino interior, cuyas potencias todas no están *comprendidas* en Dios, no puede ser una perfecta alabanza de gloria. No se halla en estado de cantar sin interrupción ese "canticum magnum", del que nos habla san Pablo, porque la unidad no reina en ella; y en lugar de perseguir su alabanza por entre todas las cosas en la simplicidad, es preciso que junte todas las cuerdas de su instrumento, que están un poco perdidas por todas partes."

"De donde deducimos la conclusión práctica: ¡Cuán indispensable es esta bella unidad interior del alma que quiere vivir aquí abajo la vida de los bienaventurados!, es decir, de los seres simples, de los espíritus" (II).

Guardar todo su ser para Dios, es la lección de "lo Único necesario" que se desprende de la célebre página

del Evangelio, donde la tradición espiritual cristiana ha gustado ver en Magdalena, silenciosa y atenta a los pies de Cristo, escuchando al Verbo que le habla de los misterios de Dios, el tipo de la vida contemplativa. ¿Qué importan las alegrías de la tierra al alma que está en presencia de Cristo? El padre Lacordaire decía: "Desde que hallé a Jesucristo, ya no he deseado nada con concupiscencia." ¿Qué importa la posesión de todo el universo al hombre que goza de la Trinidad? ¿Qué importa todo lo creado al que posee a Dios?

Isabel de la Trinidad lo comprendió perfectamente: "Me parece que el Maestro miraba esto cuando hablaba a Magdalena del *Unum necessarium*" (*Lc* 10, 42). ¡Cómo lo comprendió la gran santa! El ojo de su alma, iluminada por luz de fe, había reconocido a su Dios bajo velo de humanidad; y en el silencio, en la unidad de sus fuerzas, *oía* (*Lc* 39) la Palabra que Él le decía. Pudo ella cantar: "Mi alma está siempre entre mis manos." Y aun esta palabrita: "¡Nescivi!" Sí, ya no sabía de nada más, sino de Él. Podríase hacer ruido, alborotar alrededor de ella: "Nescivi." Podríase acusarla: "Nescivi." Ni su honra ni las cosas exteriores pueden obligarla a salir de su silencio sagrado" (II).

"Así sucede al alma entrada en la fortaleza del santo recogimiento. El ojo de su alma abierto en las claridades de la fe, descubre a su Dios presente, viviente en ella. A su vez vive igualmente presente en Él, en la bella simplicidad en que Él le aguarda con celoso cuidado. Entonces pueden sobrevenir las agitaciones de afuera las tempestades de dentro, entonces se puede tocar a su pundonor: "Nescivi." Dios puede esconderse, retirarle su gracia sensible: "Nescivi." Y de nuevo con san Pablo: Por su amor lo he perdido todo" (II). Hija de un oficial, Isabel había visitado fortalezas, campos atrincherados, donde las tropas de combate se retiran al abrigo del enemigo. Siendo ya carmelita, hablará de "fortaleza del santo recogimiento", es decir, de un lugar inexpugnable donde todos los enemigos de la vida espiritual, las pasiones de la sensibilidad, las vanas conversaciones, la disipación del alma, no pueden penetrar. El recogimiento es un refugio invulnerable que guarda todas las fuerzas del

alma agrupadas en la unidad, disponibles para los movimientos del Espíritu Santo.

Dios, que no halla en ella ninguna resistencia, puede colmarla con sus dones. "En ese caso, el Maestro es libre, libre de derramarse, de darse "a su medida" (*Eph* 4, 7) y el alma así simplificada, unificada, se convierte en trono del Inmutable, puesto que la Unidad es el Trono de la Santísima Trinidad."

"Permanecer, en medio de todo, en presencia de Dios"

Isabel de la Trinidad nos hace conocer, en esta página verdaderamente central de su retiro, el secreto de su vida: ser la alabanza de gloria de la Trinidad, viviendo de esto, por entre todas las cosas, lo mismo en el transcurso de las acciones más comunes, que "en los actos más vulgares", en presencia de Dios. Es en san Pablo donde descubrió este programa de vida. Por ahí nos revela el choque iluminador que sitió y que hubo de entusiasmarla cuando compuso el plan maravilloso de Dios sobre ella: hacer de ella una alabanza de gloria, un ser libre que, en la luz de la fe y del amor, canta a Dios en medio de todo, que le exalta sin cesar en el "Canticum magnum" ininterrumpido y siempre *nuevo* de la alabanza divina.

En los Efesios es donde había leído esto, en el transcurso de las grandes licencias de las fiestas de Pascua de 1905, siguiendo las indicaciones de una hermana de su Carmelo, mayor que ella. ¡Cuántas veces, después, había vuelto sobre ese texto inspirado, que llegó a ser particularmente precioso para su alma! Le recordaba siempre su vocación personal de "alabanza de gloria de la Trinidad".

Mas, ¿cómo realizar ese programa? Es otra vez a su querido san Pablo a quien va a pedir la respuesta. El Apóstol lo indica claramente cuando, sobre revelación divina, nos dice que hemos de vivir "en presencia de Dios y en el amor." "Fuimos predestinados por un decreto de

Aquél que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad, para que nosotros seamos en loor de su gloria" (*Eph* 1, 11, 12). Es san Pablo quien nos advierte de esa elección divina, san Pablo que penetra muy hondo el "secreto escondido en el corazón de Dios desde los siglos" (*Eph* 3, 9).

"Ahora va a iluminarnos sobre esta vocación, a la cual somos llamados." "Dios —dice— nos eligió en Él antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancilla, delante de Él en caridad" (*Eph* 1, 4).

Cogemos a lo vivo el proceso psicológico de Isabel de la Trinidad en sus reflexiones sobre las Escrituras, que meditaba como la Virgen "en su corazón". No es éste un método docto de exégesis, sino la mirada de amor de una contemplativa, ávida de descubrir en la Palabra de Dios el medio de unirse más a Él. Su viva inteligencia y sobre todo la pureza de su alma le atraen las luces del Espíritu Santo, Autor incluso de las Escrituras, que las conoce a fondo y que revela a su gusto, a los humildes y a los pequeños, los secretos divinos que ellas encierran y que escapan a los sabios y orgullosos de este mundo. Un simple acercamiento a los textos y ahí están los dones del Espíritu Santo, los dones de inteligencia y de consejo que le hacen penetrar en profundidad el sentido de las Escrituras y le dan a saborear amorosamente el contenido.

Isabel de la Trinidad ve con evidencia que para vivir su vocación de alabanza de gloria, basta con amar y vivir en todos sus actos en presencia de Dios. "Si comparo esas dos exposiciones del plan divino "eternamente inmutable", concluyo de ello, que para cumplir dignamente mi oficio de "Laudem gloriae" he de permanecer ante todo "en presencia de Dios". Más que esto, el Apóstol nos dice: "in caritate", en el amor, es decir, en Dios, "Deus caritas est" (*Io* 1, 4). Y ése es el contacto del Ser divino que me hará inmaculada y santa a sus ojos" (III).

Una fórmula Ruysbroek, "el reposo del abismo", que a Isabel de la Trinidad interesa más particularmente, orienta su reflexión hacia los bienaventurados del cielo, cuyo recuerdo anima su pensamiento en los largos días de enfermedad y en el transcurso de sus insomnios.

Su mirada se vuelve cada vez más hacia el cielo, donde la llama su incesante deseo de alabanza de gloria del Eterno. "Los glorificados tienen ese reposo del abismo, porque contemplan a Dios en la simplicidad de su Esencia. Le conocen, añade san Pablo, "como son conocidos por Él" (*1 Cor* 13, 12), es decir, por la visión Unitiva, la mirada sencilla; porque, prosigue el gran santo, "son transformados de claridad en claridad por el poder de su Espíritu en su propia imagen" (*2 Cor* 3, 18). Entonces son una incesante alabanza de gloria del Ser divino, que contempla en ellos su propio esplendor" (III).

Y he aquí la conclusión que de ello dimana: vivir en presencia de Dios por la fe, como los bienaventurados en la visión. "Me parece que sería dar una inmensa alegría al Corazón de Dios, ejercitarse en el cielo de su alma, en esa ocupación de los bienaventurados y adherirse a Él por esa contemplación que acerca a las criaturas al estado de inocencia en el que Dios las había creado" (III).

Esta vez es el texto de San Pablo, el que Isabel acaba de citar y que va a arrastrarla hacia un desenvolvimiento nuevo: "De claridad en claridad se transforman por el poder de su Espíritu, en su propia Imagen". (*2 Cor* 3, 18). Esta última fórmula la conmueve: "en su propia imagen." Hará rebotar su pensamiento hacia una altísima doctrina mística: Dios hace resplandecer el brillo de su Ser y de sus Atributos en el alma establecida en la unión transformante. Aquí se transparenta aún una reminiscencia de san Juan de la Cruz, en la famosa estrofa tercera de la *Llama de amor viva,* sobre "las lámparas de fuego"; pero sólo es una alusión rápida que viene a enriquecer la doctrina personalísima de Isabel de la Trinidad en su último retiro de "Laudem gloriae."

En compensación, y esto es algo muy personal: el alma debe despojarse de todo, purificarse de todo, hacerse una transparencia de Dios, como un cristal puro que reflejara el esplendor de Dios. "A nuestra imagen y semejanza" (*Gen* 1, 26), tal fue el sueño del Creador: poder contemplarse en su criatura, y ver resplandecer todas sus perfecciones, toda su belleza, como a través de un cristal puro y sin mancha. ¿No es esto una especie de extensión de su propia gloria?

"El alma, por la sencillez de la mirada con la que contempla a su divino Objeto, se halla separada de todo cuanto la rodea, separada también y sobre todo, de ella misma. En este caso, "resplandece de esa ciencia de la claridad de Dios" (*2 Cor* 4, 6), de que habla el Apóstol; porque permite al Ser divino reflejarse en ella, y todos sus Atributos le son comunicados."

El alma así transformada en Dios, "a su imagen y semejanza", ha llegado a ser un reflector de todos sus dones. "En verdad, esta alma es la alabanza de gloria de todos sus dones. Canta por entre todo y en medio de los actos más vulgares, el "Canticum magnum", el "Canticum novum", y este cántico hace estremecer a Dios hasta sus profundidades."

"Tu luz, puede decirse con Isaías, nacerá en las tinieblas y las tinieblas serán como el mediodía. Y te dará reposo el Señor siempre. Y llenará tu alma de resplandores, y librará tus huesos, y serás como huerto de regadío y como fuente de aguas, cuyas aguas nunca faltarán... Yo te levantaré sobre las alturas de la tierra" (*Is* 58, 10-14).

"He aquí la bella luz de la fe"

En esos últimos meses de su existencia en la tierra, ya no abandona a Isabel de la Trinidad el pensamiento del cielo. Su último retiro de "Laudem gloriae" es una preparación a su eternidad. Ya mora en el más allá. Los temas escatológicos de la Santa Escritura constituyen el alimento habitual de su contemplación.

"Ayer san Pablo, levantando un poco el velo, me permitió sumergir la mirada en "la suerte de los santos en la luz" (*Col* 1, 12), para que viera cuál es su ocupación y probase, tanto como fuere posible, de conformar mi vida a la suya, a fin de cumplir mi oficio de "Laudem gloriae."

Hoy es san Juan, el discípulo que Jesús amaba, el que va a entreabrirme "las puertas eternas" (*Ps* 23, 7), para que mi alma pueda descansar en la santa "Jerusalén, dulce visión de paz" (Oficio de la Dedicación). Y primero me dice: "la ciudad no ha menester de luces, porque la

Claridad de Dios la iluminó, y la lámpara de ella es el Cordero" (*Apoc* 21, 23). Si quiero que mi ciudad interior tenga alguna conformidad y semejanza con la del "Rey de los siglos inmortal" (*1 Tim* 1, 17) y recibo la gran iluminación de Dios, preciso es que apague toda otra luz y que, como la Ciudad santa, el Cordero sea en ella la única Lámpara."

El Apocalipsis se ha hecho su libro de cabecera. Los últimos capítulos sobre la Jerusalén celestial hacen vibrar su alma en la esperanza de los bienes eternos, en la posesión beatificante de su Dios. Ve que en el cielo de los bienaventurados, el Verbo de Dios es la sola ley. Tampoco ella en la tierra ve otra luz que la Luz de Dios. Mas ¿cómo realizar este programa? Por la luz de la fe, suplencia del cara a cara. La fe es del mismo orden que la visión beatífica y constituye una verdadera "participación en el Verbo", a saber, en la Luz Increada de Dios, en el pensamiento mismo del Padre, en Aquél que es, en el interior de la Trinidad: "Luz de Luz, Lumen de Lumine."

No se retardará ella, como lo haría un teólogo, en analizar la fe en sí misma; simplemente escruta los maravillosos efectos de ella en el alma: "He aquí la fe, la bella luz de fe que se me apareció. Es ella sola la que ha de iluminarme para ir al encuentro del Esposo. El Salmista canta: "y se ocultó en las tinieblas" (*Ps* 17, 12), después parece contradecirse en otra parte, diciendo que "envuelto de luz como si fuera un manto" (*Ps* 103, 2). Lo que resalta de esta contradicción aparente, es que debo sumergirme en la "tiniebla sagrada", haciendo la noche y el vacío en todas mis potencias. Entonces encontraré a mi Maestro, y la luz que le envuelve como una vestidura, me envolverá a mi también, porque Él quiere que la esposa sea luminosa de su Luz, de su sola Luz, que tiene la Claridad de Dios" (*Apoc* 21, 11).

La fe es, pues, simultáneamente luz y oscuridad, "noche oscura" y "translúcida", claridad divina y tiniebla sagrada. En la escuela del gran Doctor de las noches, Isabel de la Trinidad aprendió a saber que Dios permanece infinitamente, por encima de todos nuestros conceptos y de toda representación creada. El mejor método de

acercarse a la Altitud divina, no solamente en el plano científico, sino también en el místico, es la vía negativa: elevarse de negación en negación por encima de todas las maneras limitadas, representativas de Dios aquí abajo, hasta la suprema negación de toda manera creada en su Ser infinito: "Yo soy El que soy", no tengo como vosotros un ser de artificio, sacado de la nada. YO SOY EL QUE EXISTE eternamente, El que posee, en la eminente simplicidad de su ser, la plenitud de todas las perfecciones creadas. Sin perderse en sutiles especulaciones sobre la infinita transcendencia de Dios, su alma de contemplativa siente que todas las luces de este mundo quedan impotentes para expresar la infinita Realidad de Aquél que ES. Con todos los santos, ella reconoció la infinita Grandeza de Dios, y el movimiento de su alma, como el de todos los místicos, se hunde en la "tiniebla" translúcida de una "docta ignorancia", en la que el alma contemplativa no halla su refugio y reposo más que en el silencio del amor. ¿No está en eso el punto culminante de todo conocimiento de Dios aquí abajo? Es el término inalcanzable de la subida del alma de los santos hacia el Dios invisible.

Por consiguiente, nuestra vida espiritual ha de ser concebida como una marcha en las tiniebles hacia el Dios inaccesible. Se dice de Moisés, que era "firme en su fe como si hubiera visto al Invisible" (*Heb* 11, 27). Me parece que así debe ser la actitud de una alabanza de gloria que quiere proseguir por en medio de todo, su himno de acción de gracias: "firme en su fe como si hubiese visto al Invisible", firme en su fe en el muy grande Amor... "Y nosotros hemos conocido y creído a la caridad, que Dios tiene por nosotros" (*1 Io* 4, 16). Una alabanza de gloria camina valientemente a tientas en la noche, hacia Dios. No se deja detener por las dificultades del camino. "¿Qué importa al alma que se ha recogido en la claridad que en ella crea esta palabra, sentir o no sentir, estar en la noche o en la luz, gozar o no gozar?" Experimenta una especie de vergüenza en hacer diferencia entre esas cosas y cuando se siente aún tocada por ellas, se menosprecia profundamente y por su poco amor y mira rauda hacia su Maestro para hacerse rescatar por Él. Le "exalta", según la expresión de un gran místico

(Ruysbroeck) "sobre las más alta cima de la montaña de su corazón", por encima de las dulzuras y de las consolaciones que de Él destilan, porque ha resuelto sobrepasarlo todo para unirse a Quien ella ama. (IV).

Segura de Dios, guiada por su fe, una alabanza de gloria avanza hacia el Dios invisible a través de todo. Me parece que a esa alma firme en su fe al Dios-Caridad, pueden dirigirse estas palabras del Príncipe de los Apóstoles: "Porque vosotros creéis, seréis colmados de una alegría indestructible y glorificados" (IV).

"Participar de la Pasión de Cristo"

El sufrimiento por amor está en el corazón de la redención. Dios ha salvado al mundo en el Gólgota. A imitación de Cristo, todos los santos han sido unos crucificados. Toda santidad acaba en la cruz. Dejarse crucificar es dejarse divinizar.

Entre los amigos de Dios, Isabel de la Trinidad resplandece con incomparable brillo por la superación de sí misma en el sufrimiento. Avanzó en el camino del Calvario "con la majestad de una reina", aplastada de dolor, pero intrépida, siempre "de pie" como "la Reina de los mártires", la mirada fija en los fines glorificantes y redentores de la muerte de un Dios en la Cruz. Y es siempre al Apocalipsis al que recurre, para imprimir en la última fase de su vida espiritual, la semejanza de los bienaventurados. "Vi una gran muchedumbre, que nadie podía contar... ¿Quiénes son esos?... Estos son los que vinieron de grande tribulación y lavaron sus ropas y las emblanquecieron en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, y lo sirven día y noche en su templo... Y el que está sentado en el trono, morará sobre ellos: No tendrán hambre ni sed nunca jamás, ni caerá sobre ellos el sol, ni ningún ardor: porque el Cordero será su Pastor y los conducirá a fuentes de aguas de vida... y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos" (*Apoc* 7, 9, 14, 17).

"Todos esos elegidos, que tienen la palma en la mano y están todos bañados en la gran luz de Dios, han debi-

do pasar antes por la gran tribulación, conocer ese "dolor inmenso como el mar" (*Lam* 2, 13), cantado por el profeta. Antes de "contemplar a faz descubierta la gloria del Señor (*2 Cor* 3, 18), han comulgado en los aniquilamientos de su Cristo. Antes "de ser transformados de claridad en claridad en la imagen del Ser divino" (*2 Cor* 3, 18), han sido conformes a la del Verbo encarnado, el crucificado por amor" (V).

El sufrimiento es un misterio que no descubre su verdadero sentido más que a la luz del Crucificado. Isabel de la Trinidad escribe estas páginas de retiro en el agotamiento de sus fuerzas, pero con el alma serena, enteramente irradiada ya de las claridades eternas. Fecha sus cartas y esquelas "en el palacio de la beatitud y del dolor". Ha comprendido el valor purificante y redentor del sufrimiento aceptado por amor. Como Teresa de Lisieux, ella tampoco quería sufrir menos, para no defraudar a Dios la menor parcela de gloria y para no privar a las almas de la más parva gracia de redención. Hasta el final quiso destilar su vida gota a gota para la Iglesia entera. Mas en ella todo pasa por dentro, en su templo interior donde, fiel a su vocación de alabanza de gloria, canta a Dios por entre todo. "El alma que quiere servir a Dios noche y día en su templo —yo entiendo ese santuario interior del que habla san Pablo cuando dice: "Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es" (*1 Cor* 3, 7)—, esa alma debe estar resuelta a comulgar efectivamente en la Pasión de su Maestro. Es una rescatada que debe, a su vez, rescatar otras almas; y para ello, cantará en su lira: "Yo me glorío en la Cruz de Jesucristo" (*Gal* 6, 14) "por el cual el mundo me es crucificado, y yo al mundo" (*Gal* 2, 10). Y aún: "Suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo, por el cuerpo de él, que es la Iglesia" (*Col* 1, 24). "a tu diestra está la reina" (*Ps* 44, 10).

Tal es la actitud de esta alma. Anda por el camino del Calvario a la diestra de su Rey Crucificado, aniquilado, humillado y sin embargo, siempre tan fuerte, tan tranquilo, tan lleno de majestad, yendo a su Pasión para hacer brillar "la gloria de su gracia" (*Eph* 1, 6), según expresión fortísima de san Pablo. Él quiere asociar a su

esposa en su obra de redención y esa vía dolorosa por donde se le aparece como el camino de la beatitud, no solamente porque la conduce allí, sino también porque el Santo Maestro le hace comprender que debe superar lo que hay que amar en el sufrimiento, para encontrar en ello, como Él, su reposo. Entonces puede servir a Dios "día y noche en su Templo". Las pruebas de fuera y de dentro no pueden hacerla salir de la santa fortaleza donde el Maestro la ha encerrado. Ya no tiene "ni hambre ni sed" porque a pesar de su abrasador deseo de beatitud encuentra su hartura en ese alimento, que fue el de su Maestro: la voluntad del Padre. Ya no siente "caer el sol sobre ella", es decir, ya no sufre de sufrir. Entonces "el Cordero puede conducirla a las fuentes de vida", allí donde Él quiere, como Él lo entiende; porque ella no mira los senderos por los que pasa: mira simplemente al Pastor que la conduce" (V).

Ese programa es una cumbre. ¡Las almas que se olvidan en el sufrimiento son tan raras! "Dios mismo se maravilla de ello y el Padre contempla con admiración una alma tan conforme a la imagen de su Hijo, "El Primogénito de toda criatura" (*Col* 1, 15), la reconoce por una de las que predestinó, llamó, justificó, y se estremece en sus entrañas de Padre, pensando en consumar su obra, es decir, en glorificarla, transfiriéndola a su reino para cantar allí por los siglos de los siglos la alabanza de su gloria" (V).

"Esas almas son vírgenes"

¡Otra vez el Apocalipsis! Isabel de la Trinidad va a buscar cerca de los seres glorificados el modelo de una fidelidad absoluta a Dios. En sentido amplio, todos los elegidos son mártires, todas las elegidas son vírgenes. Han pasado, también ellos, crucificados con Cristo; y como Él, separados de todo contacto impuro que habría podido manchar su alma por el pecado. Han permanecido o vuelto a ser, invenciblemente fieles, virginalmente puros en su alma. Han dado su vida a Dios, no han tenido otro amor que Cristo. "Hay seres que, desde aquí abajo, forman parte de esa generación pura como

la luz. Llevan ya en la frente el nombre del Cordero y el del Padre":

— el del Cordero, por su semejanza y conformidad con Aquél que san Juan llama "el Fiel, el Verdadero" (*Apoc* 3, 14) y nos lo muestra vestido de una ropa tinta en sangre, Esos seres son también los fieles, los verdaderos, y su vestidura está teñida en la sangre de su inmolación continua;
— el nombre de su Padre, porque Él irradia en ellos la Belleza de sus perfecciones, todos sus atributos divinos reflejándose en esas almas, y son como otras tantas cuerdas que vibran y cantan "el cántico nuevo" (VI).

Siguen también al Cordero por dondequiera que vaya, no solamente en las rutas largas y difíciles de recorrer, sino en los senderos espinosos, entre las zarzas del camino. Es que esas almas son vírgenes, es decir, libres, separadas, despojadas; libres de todo, salvo de su amor, separadas de todo y sobre todo de ellas mismas, despojadas de todas las cosas, tanto en el orden sobrenatural como en el orden natural. ¡Qué salida de sí, supone eso!, ¡qué muerte! Digamos con san Pablo "Quotidie morior" (*1 Cor* 15, 31) (VI).

Isabel de la Trinidad entiende aquí la virginidad, no sólo de la virginidad de la carne, sino en un sentido místico, muy profundo, de una total consagración y pertenencia a Cristo solo. San Agustín decía en el mismo sentido, que ser virgen es reservarse para Dios solo, lejos de todo contacto ilícito con el pecado. Ser virgen es no gustar ya de este mundo efímero y estar muerto a todo lo que no sea Dios. No gozar más que de la Trinidad.

El gran soplo evangélico de la renunciación total anima la doctrina espiritual de Isabel de la Trinidad. "San Pablo ¿no escribía a los Colosenses: Porque estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (*Col* 3, 3)? He aquí la condición: Es preciso estar muerto. Sin esto, se puede estar escondido en Dios a ciertas horas, pero no se vive habitualmente en este

Ser divino, porque todas las sensibilidades, pesquisas personales y lo demás acaban por hacerle salir de Él" (VI).

"El alma que fija a su Maestro con ese ojo sencillo que vuelve luminoso todo el cuerpo, está guardada del "fondo de iniquidad" (*Ps* 17, 24) que hay en ella y del cual se quejaba el Profeta. "El Señor le hizo entrar en ese lugar espacioso" (*Ps* 17, 20), que no es otro que Él mismo. Allí todo es puro y santo" (VI).

¡Oh, bienaventurada muerte en Dios! ¡Oh, suave y dulce pérdida de sí en el Ser amado, que permite a la criatura exclamar: "Y vivo, ya no yo; mas vive Cristo en mí. Y lo que vivo ahora en carne: lo vivo en la fe del Hijo de Dios, que amó, y se entregó a Sí mismo por mí" (*Gal* 2, 19, 20).

"Sólo la gloria del Eterno"

Henos aquí ahora en la página central del retiro y en la fórmula-clave que todo lo ilumina: "Puesto que mi alma es un cielo en el que vivo esperando la Jerusalén celestial, es menester que este cielo cante también la gloria del Eterno, SÓLO LA GLORIA DEL ETERNO" (VII).

Isabel de la Trinidad nunca había expresado de una manera tan feliz su vocación suprema de "alabanza de gloria de la Trinidad" "en el cielo de su alma". Importa en el más alto grado comparar esta última fórmula con aquella que expresaba en el comienzo de su vida religiosa: "He hallado mi cielo en la tierra, puesto que el cielo es Dios y Dios está en mi alma" (a Mme. de Sourdon, junio 1902).

"Gozar de la Trinidad", "frui Trinitate", según la doctrina clásica de san Agustín, es decir, gozar por la fe y el amor de la posesión del Dios-Trino que habita en las profundidades del alma, es bueno. "Mihi aderere Deo bonum est". Hay en esto, para todo espíritu, encarnado o no, una fuente altísima y purísima de santidad. ¿No es Dios el Bien infinito por el que hemos sido creados? Pero éste es todavía un amor mercenario, un amor de complacencia, término de todos nuestros de-

seos de dicha, amor legítimo pero que tiende a amar a Dios "para sí". Diríamos, en teólogo, que ese amor constituye un acto segundo, derivado de nuestra caridad hacia Dios. Es otro amor, incomparablemente más perfecto, el que constituye el acto primordial de nuestra amistad con Dios: amar a Dios "por Él", por su mayor gloria, sin otro motivo que Él mismo, en su Amabilidad infinita, sin excluir la recompensa eterna o el deseo legítimo de hallar nuestra felicidad en Él, pero ante todo, por encima de todo, por Él, porque nos place regocijarnos de que Dios sea Dios y merece de parte de toda criatura amor y adoración sin fin.

Los santos no han tocado esas cumbres, sino después de las purificaciones de su amistad por Dios. Ese puro amor es el acto más elevado de la vida espiritual, el más deleitable, el más santificante, el más fecundo en beneficio de la Iglesia entera, de todo el Cuerpo místico de Cristo. Para una alma fiel es la hora de su total transformación en Dios, a imitación de Cristo, no viviendo más que "para la gloria del Padre". San Agustín definió así ese estado de perfección consumada: "Vivere de Deo, Deo", "vivir de Dios, por Dios".

Es un ideal sublime que san Juan de la Cruz inscribía en su famoso gráfico, en la cima del monte Carmelo: "Sólo mora en este monte la gloria y honra de Dios". Éste es el programa que Isabel de la Trinidad propone a las almas, para vivir plenamente su vocación de "alabanza de gloria de la Trinidad". Todo en ella debe cantar siempre a Dios: alegrías y tristezas de la vida.

En horas de luz y gracia, una alabanza de gloria canta a Dios en el júbilo. "El día transmite al día ese mensaje" (*Ps* 19, 2) (d'Eyragues). Isabel de la Trinidad interpreta ahora la Escritura en un sentido místico. "Todas las luces, todas las comunicaciones de Dios a mi alma, son ese "día" que "transmite el mensaje" de su gloria al "día". "El decreto de Yahvé es puro —canta el Salmista—, ilumina la mirada" (*Ps* 19, 9). "En consecuencia, mi felicidad en corresponder a cada uno de sus decretos, a cada una de sus ordenanzas interiores, me hace vivir en su luz. También ella es "un mensaje que transmite su gloria".

Mas he aquí la dulce maravilla: "Yahvé, quien Te ve resplandece" (*Ps* 34, 6), exclama el Profeta. El alma que, por la profundidad de su mirada interior, contempla a su Dios a través de todo, en la simplicidad que la separa de toda otra cosa, esa alma es *resplandeciente*. Es un "día" que transmite al "día" el mensaje de su gloria" (VII).

En las horas de angustia interior, cuando llega la noche, una verdadera alabanza de gloria aún canta la gloria de Dios en medio de todo. "La noche lo anuncia a la noche" (*Ps* 19, 3). He aquí lo que es muy consolador: mis impotencias, mis disgustos, mis oscuridades, mis propias faltas, relatan la gloria del Eterno. Mis sufrimientos, del alma o del cuerpo, también relatan la gloria de mi Maestro" (VII).

El instante privilegiado, en la vida espiritual de una alabanza de gloria, es el de la Misa. En el momento del Santo Sacrificio, desaparece totalmente en Cristo, como la gota de agua del cáliz. Se pierde enteramente en Cristo y así su oblación, no haciendo más que una con la de Cristo, es valorada al infinito. Su ofrenda de amor, como hostia de alabanza, sube derechamente hacia el Padre, por Cristo, en la unidad del Espíritu. "David cantaba: "¿Qué restituiré al Señor por todos los bienes que de Él he recibido?" Helo aquí: "El cáliz de salud tomaré" (*Ps* 115, 12, 13). Si tomo ese cáliz, empurpurado de la sangre de mi Maestro, y, en la acción de gracias, muy jubilosa, mezclo mi sangre con la de la Santa Víctima, queda de alguna suerte *infinitizada* y puede rendir al Padre una alabanza sublime. En ese caso, mi sufrimiento es un mensaje que transmite la gloria del Eterno" (VII).

Otra maravilla se realiza en ella, no ya solamente en la hora del sacrificio eucarístico, sino en todos los minutos de su vida y a través de todo: por dentro de ella misma, "en el centro más profundo", es "el Verbo" quien viene a cantar en ella la Trinidad, obrando además su total transformación en Dios, de la cual habla san Juan de la Cruz cuando dice: "Cada uno parece ser el otro y los dos no son más que uno para ser alabanza de gloria del Padre" (VII).

"La adoración"

La mirada de Isabel de la Trinidad no puede apartarse del cielo. Su alma contemplativa no cesa de sumergirse en esa Claridad eterna de Dios, en esa Inmutable y beatificante Trinidad donde pronto va a ir a perderse para siempre. Pero lo que la atrae en esa visión del cielo, no es desde luego su propia beatitud, sino por encima de todo, la alegría de Dios y glorificarlo, amarlo, adorarlo. No halla reposo ni dicha más que en el espectáculo de los elegidos, prosternados ante el trono para hacer subir continuamente hacia el Dios-Trino una alabanza infinita. Isabel de la Trinidad es ante todo una alma de adoración y de alabanza.

Hay una página del Apocalipsis que le colma de júbilo: la visión grandiosa de la Liturgia eterna, que se eleva sin cesar hacia Dios desde la multitud de los elegidos. Ya vive ella en medio de ellos. Se siente de su raza, de su familia; quiere proseguir, tanto como pueda, su oficio de "alabanza de gloria de la Trinidad". San Juan nos ha dejado una descripción deslumbrante de esa Jerusalén celestial donde "día y noche sin reposo" los elegidos no cesan de repetir: "¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! el Señor Omnipotente, que Era, que Es y que Será por los siglos de los siglos... ¿Qué hacen ellos en el cielo de la gloria? Se prosternan, adoran, tiran sus coronas".

"Y sin duda, el alma debe prosternarse, sumergirse en el abismo de su nada, "hundirse allí" de tal modo que, según la maravillosa expresión de un místico (Ruysbroek), encuentre la paz verdadera, invencible y perfecta, a la que nada turba, porque está precipitada tan abajo que nadie irá a buscarla allá. Entonces podrá adorar" (VIII).

La adoración: Basta pronunciar esta palabra y su alma se llena de admiraciones. Su vida se transfigura, no ve ya las cosas más que en su aspecto de eternidad, en el resplandor de "Aquél que Es". "La adoración: ¡ah! es una palabra del cielo. Me parece que se la puede definir: el éxtasis del amor. Es el amor aplastado por la Belleza, la Fuerza y la Grandeza inmensa del Objeto

amado. Cae en una especie de desfallecimiento, en un silencio pleno, profundo, aquel silencio del que hablaba David cuando exclamaba: "El silencio es tu alabanza" (*Ps* 45, 2). Sí, es la más bella alabanza, puesto que es la que se canta eternamente en el seno de la tranquila Trinidad; y es "el último esfuerzo del alma que sobreabunda y ya no puede decir nada". (Lacordaire). "Adorad al Señor, porque el Señor Dios nuestro es el Santo por excelencia" (*Ps* 99, 9), se dice en un salmo. Y también: "Se le adorará siempre por Él mismo" (*Ps* 71, 15) (VIII).

El alma que se recoge en sus pensamientos, que los penetra con ese "sentido de Dios" (*Rom* 11, 34), de que habla san Pablo, vive en el cielo anticipado, por encima de todo lo que pasa..., por encima de ella misma. Sabe que Aquél a quien adora posee en Sí toda felicidad y toda gloria; y, tirando la corona en su Presencia, como los bienaventurados, se menosprecia, se pierde de vista y halla su beatitud en la del Ser adorado" (VIII).

"Sed santos porque santo soy Yo"

La noción de "santidad" evoca una síntesis muy elevada de la moral cristiana. Un santo es un ser perfecto que vive, según el espíritu del Evangelio, para la mayor gloria de Dios, al servicio de la Iglesia y de los hombres. El precepto divino de la santidad resume todos los otros. Siendo el retiro espiritual, esencialmente, una subida hacia la santidad, Isabel de la Trinidad no podía, en el transcurso de su último retiro de "Laudem gloriae", dejar de introducir en él este tema fundamental. Lo hace a su manera, no multiplicando relatos y consejos de un moralismo práctico, sino de un aletazo, de un vuelo rápido que lleva las almas hacia las cumbres y las establece en la vida del Dios inmutable. La experiencia cotidiana nos lo atestigua, no es retardándose en el análisis de sus defectos y pecados como el alma encuentra la paz, sino cuando, después de haber adquirido conciencia de su miseria, se acerca a Dios en confianza y todo lo abandona a su Misericordia, en el agradecimiento y en el amor. Mirar a Dios y olvidarse: he ahí el ver-

dadero programa de santidad que libera del "yo" y conserva, disponibles en una alma, todas las fuerzas de amar.

Este método contemplativo fue siempre el preferido por Isabel de la Trinidad. Desde su primera mirada, el alma queda fija en Dios, en la contemplación sabrosa de "Aquél que Es". ¿No decía el Señor a santa Catalina de Siena: "Hija mia piensa en mí y yo pensaré en ti? ¿Sabes quién soy yo y quién eres tú? Yo soy aquél que soy y tú la que no es". Y sobre estas dos verdades básicas, el Maestro trazaba a Catalina de Siena todo un programa de santidad. La santa carmelita de Dijon no procede de otro modo, conduce su alma sin pérdida de tiempo a presencia de la Grandeza de Dios, cuya Belleza infinita no puede dejar de fascinarla. Así, en este retiro, "Laudem gloriae" se eleva del primer impulso a la cumbre de la Revelación divina, sobre el Sinaí. Asiste a la manifestación del Nombre inefable de Yahvé: "Aquél que Es", ese Nombre privilegiado que contiene, en substancia, la plenitud infinita de todas las perfecciones del ser, en la indivisible Unidad de la Trinidad. "Sed santos, porque santo soy yo" (*Lev* 19, 2). ¿Quién es, pues, Aquél que puede dar tal mandamiento? Él mismo reveló su Nombre, ese Nombre que le es propio, que Él solo puede llevar": "Yo soy, dice a Moisés, el que soy (*Ex* 3, 14), el solo viviente, el príncipe de todos los seres". En Él, dice el Apóstol, tenemos nosotros el movimiento, el ser y la vida" (*Act* 117, 28) (IX).

Para descubrir esta santidad, Isabel de la Trinidad toma prestadas sus explicaciones, no de una teología abstracta, sino de las palabras mismas de la Sagrada Escritura, de la que ha meditado y saboreado los textos más reveladores sobre este punto. La santidad, según el Génesis, "es la imagen y la semejanza de Dios en una alma, o, según san Pablo, una misteriosa identificación, una verdadera participación de la naturaleza divina" (*2 Petr* 1, 4). La epístola a los Hebreos habla de "una participación en Cristo, de "un comienzo de su ser" en nosotros (3, 14). Pero principalmente es san Juan el que descubre el sentido de nuestra santidad como una verdadera filiación divina, haciéndonos semejantes a Dios.

Ahí se encuentra el fundamento de nuestra santidad. "Sed santos, porque santo soy yo". Claramente me parece que es la misma voluntad expresada el día de la creación, cuando Dios dijo: "Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza" (*Gen* 1, 26). El deseo del Creador siempre es identificarse, asociarse a su criatura. San Pedro dice que "fuimos hechos participantes de la naturaleza divina" (*2 Ptr* 1, 4). San Pablo recomienda que "conservemos firme hasta el fin el principio de la sustancia de Él" (*Heb* 3, 14), que Él nos da. Y el discípulo del amor nos dice: "Ahora somos hijos de Dios: y no aparece aún lo que hemos de ser. Sabemos que cuando Él apareciere, seremos semejantes a Él: por cuanto nosotros le veremos tal como es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se santifica a sí mismo, como Él es santo" (*1 Io* 3, 2, 3).

No hay límites en la santidad, en esa semejanza con Dios. "Ser santo como Dios es Santo: tal es, parece, la medida de los hijos de su amor. ¿No ha dicho el Maestro: "Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto"? (*Mt* 5, 48) (IX).

Y he aquí el medio más rápido, el más eficaz para llegar a ser un santo: vivir en Presencia de Dios. "Hablando a Abraham, Dios le decía: Anda en mi Presencia y sé perfecto" (*Gen* 17, 1). Éste es, pues, el medio de alcanzar esa perfección que nuestro Padre del cielo nos pide. San Pablo, después de haberse sumergido en esos consejos divinos, bien lo revelaba a nuestras almas al escribir que "Así como nos eligió en Él mismo antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos, y sin mancilla delante de Él, en caridad" (*Eph* 1, 4, 5) (IX).

A san Pablo recurre ella una vez más, para saber cómo ha de avanzarse en derechura "por esa ruta magnífica de la Presencia de Dios". Isabel de la Trinidad lee e interpreta a san Pablo, como una carmelita. Halla en el texto del Apóstol los fundamentos de un ascetismo totalitario, condición indispensable de una vida de unión a Dios: "Es también en la luz de este mismo santo donde voy a iluminarme para andar, sin hallar nunca rodeos, por esa ruta magnífica de la Presencia de Dios;

donde el alma camina "sola con el Solo", conducida por la "fuerza de su diestra" (*Ps* 19, 7), bajo la protección de sus alas, sin temer los terrores nocturnos, ni la flecha disparada de día, ni al enemigo que anda entre tinieblas, ni los asaltos del demonio en medio del día" (*Ps* 90, 4, 6).

"Despojaos del hombre viejo, según el cual fue vuestra primera manera de vivir" —me dijo—, y "revestíos del hombre nuevo, que fue criado según Dios en justicia y en santidad" (*Eph* 4, 22, 24). Éste es el camino trazado: no se trata más que de renunciarse, para recorrerlo tal como Dios lo entiende. Renunciarse, morir en sí, perderse de vista, me parece que esto es lo que el Maestro miraba cuando dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame" (*Mt* 16, 24). "Si viviereis según la carne —dice aún el Apóstol—, moriréis: mas si por el espíritu hiciereis morir las obras de la carne, viviréis" (*Rom* 8, 13) (IX).

Y para concluir: esa muerte mística obra en el alma una transformación divina: "He ahí la muerte que Dios pide y de la que Él nos dice: "Tragada ha sido la muerte en la victoria" (*Cor* 15, 54). "Seré tu muerte —dice el Señor—, ¡oh, muerte!" (*Os* 13, 14), es decir: ¡Oh alma, hija mía adoptiva , mírame a mí y tú te perderás de vista. ¡Derrámate enteramente en mi ser; ven a morir en mí para que yo viva en ti!"... (IX).

"En un eterno presente"

La espiritualidad contemporánea ha vuelto a encontrar en contacto con las Sagradas Escrituras, el sentido escatológico de la vocación del hombre y del cosmos. Por el bautizo, el hombre recibe una vocación de eternidad, el cristiano es un hombre del más allá.

Enferma sin esperanza de curación, presintiendo su fin próximo, Isabel de la Trinidad vive ya en la tierra con una alma de eternidad. Vuelve continuamente sus miradas hacia los bienaventurados, para descubrir la manera por la cual ella misma pueda cumplir desde ahora en la tierra, imitándoles, su vocación suprema

de "alabanza de gloria", es decir, su "oficio de eternidad". Pronto su mirada se eleva infinitamente más alta, sobrepasa el cielo de la gloria para contemplar en Dios mismo el Ejemplar perfecto de su vocación divina. ¿No es el Señor quien a ello le invita?: Sed pues vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto". "Cuando mi Maestro me hace oír esta palabra en el fondo del alma, creo que Él me pide vivir como el Padre, en un eterno presente, sin antes, ni después, pero toda entera en la unidad de mi ser, en ese ahora eterno" (X). Isabel de la Trinidad contempla al Dios Inmutable, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que poseen simultáneamente en su Ser uniforme todas sus obras, todos sus Atributos, en un Presente indivisible, infinitamente relevante en todos los instantes fugitivos que constituyen la trama efímera del tiempo.

A su vez, una alabanza de gloria ha de vivir totalmente recogida en la unidad de su ser y de su obrar, para que, a ejemplo de los bienaventurados, pueda adorar a Dios "por Él mismo", como Dios es en Sí mismo su propia gloria en la indivisibilidad de su Ser y en la alabanza interior y eterna de su Verbo.

Es raro encontrar una doctrina espiritual que encuentre con tal fuerza ese sentido escatológico y teologal de nuestra vida en Dios: "He aquí el Presente eterno en el cual "Laudem gloriae" debe estar fija" (X). Su vida llegó a ser una adoración continua. No tiene otro oficio que amar y glorificar a Dios, por encima de sus dones. No más miradas sobre las criaturas por ellas mismas" porque Él es Dios, "Aquél que Es". Todo lo del Ser divino, bajo las iluminaciones del Espíritu. Sólo Dios retiene su pensamiento. Se entrega a la admiración de sus Perfecciones infinitas. Le adora "por Él mismo" porque Él es Dios, "Aquél que Es". Todo lo demás se desvanece. Puede decir con san Pablo: "Por su amor lo tengo todo perdido" (*Phil* 3, 8), es decir, por Él, para adorarle siempre, me he aislado separado, despojado de mí misma y de todas las cosas, tanto en vista de lo natural como en el orden sobrenatural, enfrente de los dones de Dios; porque una alma que no sea destruida y liberada de sí misma de este modo, será forzosamente

en ciertas horas, trivial y natural; y eso no es digno de una hija de Dios, de una esposa de Cristo, de un templo del Espíritu Santo. Para precaverse contra esa vida natural, es menester, que el alma se halle totalmente despierta en su fe, con esa bella mirada tendida hacia el Maestro. Entonces, "caminará con corazón perfecto, en medio de mi casa", como cantaba el Rey-Profeta (*Ps* 100, 2). Entonces adorará siempre a su Dios por Él mismo y vivirá a imagen suya en ese eterno Presente en que Él vive (X).

Un nuevo aspecto del misterio de Dios retendrá la atención contemplativa de Isabel de la Trinidad. Al decir del pseudo-Dionisio: "Dios es el gran Solitario". Se basta a Sí mismo y no tiene necesidad de inclinarse hacia las criaturas para mendigarles un poco de alegría. No tiene que salir de su divinidad. Todo lo halla en Sí mismo. Esa inmensidad de riqueza escondida en la Soledad divina maravilla al alma de Isabel. Todavía hace falta comprender bien esa Soledad de Dios. No puede hablarse de "Soledad en Dios más que a causa de su aislamiento y de su infinita transcendencia por encima de todas las criaturas. Dios está tan por encima del universo de los cuerpos y de los espíritus, tan por encima del mundo de la creación, de la gracia y de la gloria, que si Él no tuviese, por encima de Él, en su Trinidad, la "Soledad" de las Personas divinas, la presencia de la multitud de los ángeles y de los santos a su alrededor, quedaría verdaderamente Solitario, como un jardinero en medio de las plantas y de los animales, advierte santo Tomás de Aquino (I, 31, 3 ad I).

Se comprende el pensamiento de la joven carmelita. Su alma, libre de todas las criaturas, no quiere ya vivir más que en comunión íntima con la Trinidad, en el apartamiento de todo lo demás y hallar sólo en Dios, a semejanza de Dios mismo, la plenitud de la dicha. "Sed pues vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto". "Dios, —dice san Dionisio— es el gran Solitario. Mi Maestro me pide imitar esa perfección, rendirle homenaje, siendo una gran solitaria. El Ser divino vive en una eterna, una inmensa Soledad. No sale de ella jamás, con todo y preocuparse en las necesidades de sus criaturas;

porque no sale nunca de Sí mismo, y esta Soledad no es otra que su Divinidad" (X).

Y he aquí las aplicaciones prácticas de esta alta contemplación mística: "Para que nada se salga de ese hermoso silencio de dentro, siempre la misma condición, la misma separación, el mismo despojo. Si mis deseos, mis temores, mis alegrías o mis dolores, si todos mis movimientos provenientes de esas cuatro pasiones no son perfectamente ordenados a Dios, yo no estaré solitaria, se hablará mucho de mí. Es, pues, menester el apaciguamiento, el sueño de las fuerzas, la unidad del ser" (X).

Esta ascética debe ser universal, extenderse a todas las facultades, a todos los contactos con lo de fuera, a todas las criaturas, a todo el orden natural o sobrenatural. "Oye, hija, y mira, e inclina tu oído y olvida tu pueblo, y la casa de tu padre. Y codiciará el rey tu belleza" (*Ps* 44, 11). Escucha... inclina tu oído... "Mas para oír es preciso olvidar la propia casa del padre, es decir, todo lo que tiende a la vida natural, esa vida de la que quiere hablar el Apóstol cuando dice: "Si vivieres según la carne, moriréis" (*Rom* 8, 13). "Olvidar a su pueblo" es más difícil, creo yo, porque ese pueblo es todo ese mundo que forma parte, por decirlo así, de nosotros mismos; son: la sensibilidad, los recuerdos, las impresiones... el "yo", en una palabra. Es necesario olvidarlo, dejarlo. Cuando el alma ha hecho esta ruptura, cuando el alma se ha liberado de todo esto, el Rey se enamora de su belleza, porque la belleza es la unidad, al menos la de Dios" (X).

Una alabanza de gloria vive en la unidad de su ser y de su obrar, separada de las criaturas, fijada sólo en Dios, en su Eterno Presente.

"Es la Trinidad íntegra
la que habita en el alma"

Los grandes genios, los grandes artistas, los grandes santos, están todos dominados por una intuición central, dominadora, que cohesiona y unifica su pensamiento y su vida. Del mismo modo, toda la doctrina espiritual de

Isabel de la Trinidad está en dos palabras: Hacer el silencio "por dentro" y perderse en la Trinidad que allí mora. Encontramos aquí los dos aspectos correlativos de esa doctrina: "El Creador, viendo el hermoso silencio que reina en su criatura, considerándola enteramente recogida en su soledad interior, se enamora de su belleza; y la hace pasar a esa Soledad inmensa, infinita, a ese lugar espacioso" (*Ps* 17, 20), cantado por el profeta y deración de las obras de Dios" (*Ps* 70, 16). Hablando por su Profeta, el Señor ha dicho: "Yo la atraeré, y la llevaré al desierto: y le hablaré al corazón..." (*Os* 2, 14). Hela ahí, esa alma, entrada en esa vasta soledad donde Dios va hacerse oír" (XI).

La Palabra de Dios, las conversaciones íntimas son preparatorias de la unión. "Pero no lo es todo el oír esa Palabra, es preciso guardarla. Y guardándola, es como el alma será santificada en veradd. Ése es el deseo del Maestro: "Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad" (*Io* 17, 17); al que guarda su Palabra ¿no le hizo esta promesa: "Mi padre le amará, y vendremos a Él, y haremos morada en Él" (*Io* 14, 23)? Es toda la Trinidad la que mora en el alma que de verdad la ama, es decir, guardando su Palabra. Y cuando esta alma ha comprendido su riqueza, todas las alegrías naturales o sobrenaturales que pueden venirle de parte de las criaturas o asimismo de parte de Dios, no hacen más que invitarla a entrar en ella misma para gozar del Bien sustancial que ella posee y que no es otro que Dios mismo. Así tiene, dice san Juan de la Cruz, cierta semejanza con el Ser divino" (XI).

Esas pocas frases de llamada al gran misterio trinitario que le era tan querido, son capitales. La gracia propia de Isabel de la Trinidad fue la de haber cogido la luz de su fe, las infinitas riquezas de una alma habitada por la Trinidad. "El día que comprendí esto, todo se iluminó en mí", confesaba ella, y su actitud anímica será, en adelante, la de estarse en presencia del Dios de amor, viviente en ella día y noche. "Es el Amor... quien mora en nosotros. Lo mismo que todo mi ejercicio es entrar por dentro, perderme en los que allí están" (a Germana de Gemeaux, 14 sept. 1903).

Entonces se simplifican las vías de la santidad. Se apunta únicamente, en cada instante, a hacer la voluntad de Dios, como Jesús cumplía la voluntad del Padre: "Yo hago siempre lo que a Él agrada" (*Io* 8, 29). Cumplir en todas las cosas la voluntad de Dios es el camino más corto de la santidad. "Sed pues vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto". "San Pablo me dice, que "Aquél obra todas las cosas según el consejo de su voluntad" (*Eph* 1, 11), y mi Maestro aún me pide que le rinda homenaje en esto: "hacer todas las cosas según el consejo de su voluntad". No dejarme nunca gobernar por las impresiones, por los primeros movimientos de la naturaleza, sino poseerme yo misma por la voluntad. Y para que esta voluntad sea libre, es necesario, según la expresión de un piadoso escritor, "incluirla" en la de Dios.

"Entonces estaré "movida por su Espíritu" (*Rom* 8, 14), como dice san Pablo, y no haré nada más que lo divino, lo eterno; y, a imagen de mi Inmutable, viviré desde aquí abajo en un Eterno Presente" (XI).

"El Verbo Encarnado"

Las últimas páginas de este retiro de "Laudem gloriae" están consagradas a Cristo, a la Virgen y a la Trinidad: los tres grandes autores de su vida. Cristo va a llenar sucesivamente tres días plenos, en su crescendo admirable. El primer día, Isabel de la Trinidad contempla el misterio del Verbo encarnado en Él mismo; el segundo día, con ayuda de san Pablo, saca un reglamento de vida": para andar siempre en Jesucristo; el tercer día, llega al término. No pide más que una sola cosa: ser transformada completamente en Cristo.

Su mirada contemplativa va en derechura a la Divinidad de Cristo. Él es el Hijo Único del Padre. Y es el Dios de amor que viene a salvarnos. Nuestro Dios "habita una luz inaccesible" (*1 Tim* 6, 16), pero "el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, ha venido Él mismo a revelárnoslo" (*Io* 1, 18). Isabel de la Trinidad no se retar-

dará en consideraciones sutiles sobre la generación eterna del Verbo y sobre el modo de la encarnación por una unión hipostática, ella toca la divinidad del Verbo por la fe y comprende, en la luz de las escrituras, que "Él se encarnó por obra del Espíritu Santo, en el seno de la Virgen María, para la salvación de los hombres". Esto le bastaba. Para ella, Cristo es el Dios Salvador, llegado a ser por su ejemplo, el modelo de nuestra santidad. El Verbo se ha hecho carne. Se ha vuelto palpable y accesible para conducirnos hacia Dios: "Verbum caro factum est et habitavit in nobis" (*Io* 2, 4). Dios había dicho: "Sed santos, como santo soy yo"; pero quedaba escondido e inaccesible y la criatura tenía necesidad de que descendiera hasta ella, de que Él viviese de su vida para que, poniendo sus pasos en la huella de los suyos, pudiera así remontar hasta Él y hacerse santa en su Santidad. "Y por ellos yo me santifico a mí mismo: para que ellos sean también santificados en verdad" (*Io* 17, 19) (XII).

En el brillo de esta encarnación redentora, Isabel de la Trinidad escruta la grandeza de la obra de Cristo. Porque Cristo lo es todo en su vida, como en los designios eternos de Dios. "Heme aquí en presencia del secreto escondido en los siglos y generaciones..., de este misterio, que Cristo es en nosotros, dice san Pablo, la esperanza de la gloria" (*Col* 1, 26, 27). "Y podéis conocer la inteligencia que me ha sido dada en el misterio de Cristo" (*Eph* 3, 4). Es, pues, en el gran Apóstol donde voy a instruirme para poseer "esa ciencia que, según su expresión, supera a todo entendimiento: la ciencia de la caridad de Cristo Jesús" (*Eph* 3, 18).

En la escuela de san Pablo, Isabel de la Trinidad escruta, en sus dimensiones eclesiales y cósmicas, la obra redentora de Cristo: en Él mora toda la plenitud de Dios. Vino para reconciliarlo todo en su Persona, para justificarlo todo en la sangre de su cruz y para conducirnos hacia el Padre. Él nos colma de su plenitud de gracia. Él nos santifica por el bautismo y los otros sacramentos. Él nos hace morir con Él en el pecado y resucitar con Él a la vida de Dios. Él venció al mundo y en lo sucesivo, según la voluntad del Padre, en Él seremos santos, puros

e inmaculados, es decir, sin pecado, viviendo, "en su Presencia, en el amor, en la alabanza de su gloria".

Isabel de la Trinidad leyó todo eso en san Pablo: "Y desde luego, éste me dice que Él es mi paz...; que por Él tendré acceso al Padre" (*Eph* 2, 14, 18), ya que este Padre de las luces quiso que toda plenitud morase en Él; y reconciliar en Él todas las cosas, pacificando por la sangre de su Cruz, tanto lo que está en la tierra, como lo que está en el cielo (*Col* 1, 19, 20). Estáis llenos de Él... prosigue el Apóstol, sepultados juntamente con Él en el Bautismo, en el que también resucitasteis mediante la fe en el poder de Dios... Os dió la vida juntamente con Él, perdonándoos vuestros pecados, cancelando la escritura condenatoria que había contra vosotros y que quitó de en medio clavándola en la Cruz; y despojando a los principados y a las potestades, los mostró victorioso públicamente, triunfando de ellos en Sí mismo... (*Col* 2, 10, 12, 13, 14, 15), para presentaros santos, y sin mancilla, e irreprensibles delante de Él (*Col.* 1, 22).

Esta obra salvadora de Cristo debe ser aplicada individualmente a cada uno de nosotros. Nuestra vida es la hora de nuestra redención. Isabel de la Trinidad se apropia, con realismo, de todos los méritos de Cristo, su Salvador. Conmueve ver con qué simplicidad y fe ardiente, se vuelve hacia su Cristo. Le ve presente muy cerca de ella y obrando en lo más íntimo de su alma. Sobre su lecho de dolor, en la enfermería, se le oye murmurar con amor: "En este momento Él intercede por mí..." Para ella Cristo es una Persona viviente y familiar. Él es verdaderamente la respiración de su alma y el todo de su vida. Esta alma trinitaria se halla toda centrada en Cristo. Cuanto hay de bueno en ella, le viene del Salvador. "He aquí la obra de Cristo, frente a toda alma de buena voluntad; y es el trabajo que su inmenso amor, su "demasiado gran amor", le apremia a hacer en mí. Él quiere ser mi paz para que nada pueda distraerme o hacerme salir de la fortaleza inexpugnable del santo recogimiento; allí es donde Él me dará entrada al Padre y me guardará inmóvil y pasiva en su presencia, como si ya mi alma estuviese en la eternidad. "Por la sangre de su Cruz" es por lo que Él lo pacificará todo en mi pequeño cielo,

para que sea verdaderamente el reposo de los "Tres". Me llenará de Él, me sepultará en Él, me hará revivir con Él de su vida: *Mihi vivere Christus est*" (*Phil* 1, 21) (XII).

Isabel de la Trinidad no ignora su debilidad, mas ¿no está siempre Cristo en ella, para sostenerla? "Y si caigo a cada instante, me haré relevar por Él, confiada enteramente en la fe. Y sé que Él me perdonará, que lo borrará todo con celoso cuidado; más que eso, me despojará, me rescatará de todas mis miserias, de todo lo que sea obstáculo a la acción divina, me arrebatará todas mis fuerzas y las hará sus cautivas, triunfando de ellas en Él mismo. Entonces habré pasado por completo a Él. Podré decir: "Y ya no vivo yo: mas vive Cristo en mí" (*Gal* 2, 20), y seré santa, pura, irreprensible a los ojos del Padre".

"Andar en Jesucristo"

Esas altas virtudes dogmáticas van a verificarse en la conducta cotidiana de su vida. Una vez más, pone su mirada en el papel universal de Cristo, en el centro del mundo, y, en esa luz de redención desciende, en compañía de Cristo, a su propia vida.

"Instaurare omnia in Christo", "restaurar todo en Cristo, es aún san Pablo quien me instruye, san Pablo que acaba de sumergirse en el gran consejo de Dios, y que me dice que Él resolvió en sí mismo restaurar todas las cosas en Cristo.

Para que yo realice personalmente ese plan divino, he aquí otra vez a san Pablo que acude en mi ayuda y que va a trazarme él mismo un reglamento de vida: Andar en Jesucristo, me dice, arraigada en Él, edificada en Él, fortalecida en la fe... y creciendo cada vez más en Él, por acción de gracias" (XIII). Isabel de la Trinidad va a desarrollar ahora, punto por punto, todo el programa trazado por san Pablo, en comentario vivo y personal de la Escritura. Proyecta sobre el texto inspirado todas las luces de su alma contemplativa, todas las riquezas personales de su doctrina espiritual adquiridas en lecturas y en sus reflexiones o por inspiración divina.

Las frases se suceden rápidas, iluminadoras. Es el alma de una santa que oye la Palabra de Dios y hace de ella aplicaciones concretas a su propia vida. Maravilloso ejemplo de lo que hemos de hacer al leer la Biblia, el Libro de Dios.

Todo está claro. Basta leer y releer esta paráfrasis mística de la Escritura. Todo comentario vendría a congelar su pensamiento y a quebrar su magnífico impulso.

"*Andar en Jesucristo.* Me parece que es salir de sí, perderse, dejarse, para entrar más profundamente en Él cada minuto que pasa; tan profundamente que se esté allí *arraigado* y que en todo acontecimiento, en toda cosa, pueda lanzarse este hermoso desafío: "¿Quién nos separará del amor de Cristo?" (*Rom* 8, 35). Cuando el alma está fija en Él en tales profundidades, cuando sus raíces están allí sumergidas de ese modo, la savia divina se derrama a oleadas en ella y todo lo que es vida imperfecta, trivial, natural, es destruido; entonces, según el lenguaje del Apóstol: "lo que es natural es absorbido por la vida" (*2 Cor* 5, 4). El alma así despojada de ella misma y "revestida de Jesucristo", no ha de temer ya los contactos de fuera, ni las dificultades de dentro, porque esas cosas, lejos de ser un obstáculo, no hacen más que "arraigarla más profundamente en el amor" de su Maestro. En medio de todo, con y contra todo, está en estado de adorarle siempre por Él mismo, porque es libre, rescatada de ella misma y de todo. Puede cantar con el salmista: "Aunque me asedien ejércitos, no temblará mi corazón; aunque me embistan en batalla, mantendré firme mi esperanza... porque Yahvé me puso a cubierto en lo más recóndito de su pabellón" (*Ps* 26, 3, 5), y ese pabellón no es otro que Él mismo. Esto es, creo yo, lo que san Pablo entiende cuando habla de estar "arraigados en Jesucristo" (*Col* 2, 7, 8).

Y ahora, ¿qué significa *estar edificado en Él?* El Profeta canta de nuevo: "Ensalzóme sobre una roca, me ha hecho prevalecer contra los enemigos que me rodean" (*Ps* 26, 5, 6). Me parece, que es ciertamente la figura del alma edificada en Jesucristo. Él es esa roca en la que ella está alzada por encima de sí misma, de los senos de la naturaleza, por encima de las consolaciones o de los do-

lores, por encima de lo que no es únicamente Él. Y allí, en su plena posesión, se domina, se supera ella misma y pasa adelante de todas las cosas.

Ahora, san Pablo, me recomienda estar *fortalecida "en la fe"*, en esa fe que nunca permite dormitar al alma, sino que la mantiene bien despierta bajo la mirada del Maestro, cabalmente recogida en el regazo de su palabra creadora; en esa fe "en el excesivo amor" que permite a Dios, me dice san Pablo, colmar el alma "según su plenitud".

En fin, quiere que "*crezca en Jesucristo* en acción de gracias" (*Col* 2, 7). Es en ella donde todo debe acabarse: "Padre, gracias te doy" (*Io* 11, 41); he ahí lo que se cantaba en el alma de mi Maestro, y Él quiere oír los ecos en la mía. Pero creo que el "cántico nuevo" que más puede encantar y cautivar a mi Dios, es el de una alma despojada, rescatada de ella misma, en la cual puede reflejar todo lo que Él es y hacer todo lo que Él quiere. Esa alma se mantiene bajo su toque como una lira, y todos sus dones son como otras tantas cuerdas que vibran para cantar día y noche la alabanza de su gloria".

"Transformarse en Jesucristo"

Ahora llegamos a la cumbre: la transformación del alma en Cristo.

Con mayor insistencia de la acostumbrada, Isabel de la Trinidad va a apoyar su pensamiento personal en la Escritura, en los textos de san Pablo especialmente, en apariencia yuxtapuestos, pero en realidad religados orgánicamente unos a otros y al pensamiento de Isabel de la Trinidad. Con esa mira han de releerse esos conocidos textos y en ellos descubrir el sentido de una perfecta conformidad en Cristo, y el deseo de una total sustitución de su vida en la nuestra. Para Isabel de la Trinidad todo es pérdida ante el trascendente conocimiento de Cristo, su Señor. ¡Por su amor lo ha perdido todo! Le ha ofrecido la vida, ha consagrado la existencia a su amor y a su gloria; "considerando todas las cosas como humo para ganar a Cristo", para ser hallada en Él, no con su propia justicia sino con la justicia que

viene de Dios por la fe. Lo que quiere, es conocerlo, a Él, su Persona Adorable, su Belleza infinita, la comunión en sus sufrimientos y la conformidad en su muerte. Su amor sueña perderse sin retorno en Aquél que ella ama, transformada cabalmente en Él. Prosigue su carrera tratando de llegar hasta donde Cristo la ha destinado, al tomarla con Él. "Todo mi cuidado es olvidar lo que queda atrás, y extendiéndome hacia lo que está delante, prosigo según el fin propuesto, hacia el premio de la soberana vocación a que he sido llamado de Dios en Jesucristo" (*Phil* 3, 8, 14). La grandeza de esta vocación le fue revelada a menudo por el Apóstol: "Dios —dice— nos eligió en Él mismo antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancilla delante de Él en caridad" (*Eph* 1, 4). "Hemos sido predestinados por un decreto de Aquél que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad, para que seamos la alabanza de su gloria" (*Eph* 1, 12). Mas, ¿cómo responder a la dignidad de esta vocación? He aquí el secreto: "Mihi vivere Christus est" "Mi vida es Cristo" (*Phil* 11, 21)... Vivo enim, iam non ego, vivit vero in me Christus" "Y vivo, ya no yo; mas vive Cristo en mí" (*Gal* 2, 20) (XIV).

Es preciso estar transformada en Jesucristo, he aquí la fórmula suprema pronunciada: estar transformada, identificada en Él. en todos sus sentimientos, en todos los movimientos de su ser. Amar en Él, obrar en Él, sufrir y morir en Él; estar con Él y en Él, la alabanza de gloria del Padre y de toda la Trinidad. Ella no tiene otro ideal ni otro deseo en su vida. "Menester es, pues, estar transformada en Jesucristo: es otra vez san Pablo quien me lo enseña: "A los que Dios conoció en su presencia, Él les predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo". Por consiguiente, importa que yo estudie ese modelo divino para identificarme con Él de tal manera que pueda expresarlo sin cesar a los ojos del Padre".

"Expresar a Cristo a los ojos del Padre" ¡que programa de vida! ¡Qué secreto de santidad!

Mas, ¿cómo realizar este ideal? Contemplar a Cristo para reproducirle. Hacer revivir en nosotros todo el misterio de Cristo.

Isabel de la Trinidad mira, pues, a Cristo. Lo ve siem-

pre sumiso a su Padre desde su "Ecce venio" al entrar en este mundo, hasta su "Consummatum est" en la Cruz y lo mismo en el más allá hasta en su actitud de eternidad en los esplendores de la gloria de su Padre "intercediendo sin cesar por nosotros" (*Heb* 9, 24), velando por su Iglesia, vivificándola por su influencia redentora, protegiéndola por su Omnipotencia divina.

Aquí tampoco hay nada a comentar, sino simplemente a meditar y a hacer revivir en sí todo el misterio de Cristo. Entonces, verdaderamente, tendremos la realización perfecta del ideal de alabanza de gloria, totalmente transformada en Jesucristo.

"Y en primer lugar, ¿qué fue lo que dijo Él al entrar en el mundo? "Heme aquí, que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad" (*Heb* 10, 9). Creo que esta plegaria debía ser como el latido del corazón de la esposa: Henos aquí, oh Padre, para hacer tu voluntad. El Maestro ¡fue tan verdadero en esta primera oblación! Su vida, por así decirlo, no fue más que la consecuencia de esto. "Mi alimento —le gustaba a Él decir— es que haga la voluntad del que me envió" (*Io* 4, 34). Ésa debe ser también la de la esposa, al mismo tiempo que la espada que la inmola. "Traspasa de mí este cáliz, mas no lo que yo quiero sino lo que Tú" (*Mc* 14, 36). Y entonces ella se va en paz, gozosa, a toda inmolación, con su Maestro, regocijándose de haber sido conocida por el Padre, puesto que Él la crucifica con su Hijo".

"Vuestros preceptos son mi verdadera y eterna herencia: en ellos halla mi corazón toda su alegría" (*Ps* 118, 111). He ahí lo que se cantaba en el alma de mi Maestro y que debe tener un eco retumbante en la de la esposa. Por su fidelidad en todos los instantes a esas ordenanzas exteriores o interiores es como ella rendirá testimonio a la verdad y podrá decir: "Y el que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo: porque yo hago siempre lo que a Él agrada" (*Io* 8, 29). Y no dejándole nunca, tomando contacto muy fuertemente con Él podrá irradiar esa virtud secreta que salva y libera las almas. Despojada, libertada de ella misma y de todo, podrá seguir al Maestro en la montaña, para hacer allí con Él, en su alma, una "oración a Dios" (*Lc* 6, 12).

Después, siempre por el divino Adorante, Aquél que fue la gran alabanza de gloria del Padre, ofrecerá ella por Él, sin cesar, sacrificio de alabanza, que es el fruto de los labios que confiesan su nombre" (*Heb* 13, 15). Y como canta el salmista "le alabarán y publicarán su infinita grandeza" (*Ps* 144, 6).

Cuando venga la hora de la humillación, del aniquilamiento, recordará estas palabras: "Iesus autem tacebat" (*Mt* 26, 63), y ella se callará, guardando, conservando toda su fuerza en el Señor, esa fuerza que se saca del silencio. Cuando venga el abandono, el desamparo, la angustia, que harán lanzar a Cristo este gran grito: "¿Por qué me has desamparado? (*Mt* 27, 46), ella se acordará de esta plegaria: "Para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos" (*Io* 17, 13). Y bebiendo hasta las heces el cáliz preparado por el Padre, sabrá ella encontrar en su amargura una suavidad divina.

En fin, después de haber dicho repetidas veces: "Tengo sed" (*Io* 19, 28), sed de poseeros en la gloria, ella cantará: "Cumplido está" (*Io* 19, 30)... "En tus manos encomiendo mi espíritu" (*Lc* 23, 46). Y vendrá el Padre a tomarla, para transferirla a su heredad, donde "en la luz verá su Luz" (*Ps* 35, 10). "Sabed, —cantaba David— que el Señor ha hecho maravilloso a su Santo" (*Ps* 4, 4).

Sí, el Santo de Dios habrá sido glorificado en esa alma, porque Él lo habrá destruido todo en ella, para revestirla de Él mismo y ella habrá vivido prácticamente la palabra del Precursor: "Menester es que Él crezca y que yo mengüe" (*Io* 3, 30) (XIV).

Una alabanza de gloria puede decir con toda verdad: "Ya no soy yo quien vive, es Cristo el que vive en mí". Ha pasado enteramente a Jesucristo.

"Ianua caeli"

Una alma de santo es siempre una alma mariana; porque el misterio de María permanece inseparable del misterio de Cristo y de los designios eternos de la Trinidad. "Nadie puede decir que tiene a Dios por Padre, si no tiene a María por Madre."

Isabel de la Trinidad no escapa a esta ley universal de la hagiografía cristiana. Su mirada suprema queda fija en la Trinidad, pero sus ojos no dejan a Cristo, el Único Mediador ante el Padre, y ella encuentra siempre, cerca del Niño, a su Madre. Ante todo ve en Ella a la Madre de Dios, pero también a la Madre de los hombres, la Madre de todos los hijos de Dios, la que el Vaticano II acaba de proclamar Madre de la Iglesia, Madre del Pueblo de Dios.

Todo es equilibrado en la doctrina mariana de Isabel de la Trinidad. Nada de supervaloración artificiosa de tal o cual privilegio de María. Ni de provocación a manifestaciones exteriores de una devoción exagerada, sino puesta la vista en lo esencial: la Maternidad divina, el papel providencial y universal de María en la economía de la salvación. María es para ella la Madre de Jesús, es decir, Madre de un Dios Salvador, asociada por el Dios Omnipotente a su obra redentora y cooperando ahora en la gloria con su Hijo y el Espíritu Santo a "formar a Cristo" en cada uno de los elegidos.

La distancia infinita que separa a María de su Hijo, el Cristo-Dios, queda bien evidente. La Virgen de Nazaret no es más que una frágil criatura, colmada de gracia por el Eterno, que ha hecho fructificar en plenitud los dones de Dios, y que le ha devuelto toda la gloria.

Es en el Evangelio donde Isabel de la Trinidad descubre el sentido integral del misterio de María. No se detiene en la superficie de los misterios, penetra en el interior del alma de María, en los sentimientos más íntimos de una mujer única, en la que todo es virginal y maternal. Quiere ir al fondo de su misterio, en el secreto de su alma, porque en Ella todo pasa por dentro.

Isabel de la Trinidad nos ha dejado, pues, un admirable retrato espiritual de María, una página de una pureza exquisita y de gran profundidad sobre la que fue, verdaderamente, cerca de Cristo, "la gran alabanza de gloria de la Trinidad".

En su precedente retiro, Isabel de la Trinidad había descubierto a su hermana un modelo de vida interior en la Virgen de la Encarnación, adoradora del Verbo escondido en su seno. Prosigue ahora su contemplación ma-

riana, a la luz de la Escritura, en el desarrollo de la historia de la salvación: misterio de gozo, misterio de sufrimiento y de triunfo, donde la Virgen le aparece oscurecida y fiel, asociada a Cristo, mezclada, por Voluntad de Dios, en toda la economía de la salvación.

Aquí aún debe callarse todo comentario. Es preciso, en el silencio y en el recogimiento del alma, oír el último canto mariano de "Laudem gloriae".

"Después de Jesucristo, sin duda, a la distancia que hay de lo infinito a lo finito, es una criatura que fue también la gran alabanza de gloria de la Santísima Trinidad. Responde plenamente a la elección divina de la que habla el Apóstol; siempre fue pura, inmaculada, irreprensible a los ojos del Dios tres veces santo.

"Su alma es tan sencilla, los movimientos son tan profundos que no se puede sorprenderlos. Parece reproducir en la tierra esa vida que es la del Ser divino, el Ser simple. También es ella tan transparente, tan luminosa que se la tomaría por la luz. Sin embargo, no es más que el espejo del Sol de justicia, Speculum iustitiae...

"La Virgen guardaba todas estas cosas en su corazón" (*Lc* 2, 51). Toda su historia puede resumirse en estas pocas palabras, es en su corazón donde ella vive, y a tal profundidad que la mirada humana no puede seguirla. Cuando leo en el Evangelio, que María recorre con toda diligencia las montañas de Judea para ir a cumplir su oficio de caridad con su prima Isabel ¡la veo pasar tan bella, tan tranquila, tan majestuosa, tan recogida por dentro con el Verbo de Dios! Como en Él, su plegaria fue siempre ésta: "Ecce! Heme aquí." "¿Quién?" "La esclava del Señor" (*Lc* 1, 38), ¡la última de sus criaturas, ella, su Madre!

"Fue tan verdadera en su humildad, porque siempre fue olvidadiza, ignorante, libertada de ella misma! También podía cantar: "Porque me ha hecho grandes cosas Él que es todopoderoso, me llamarán bienaventurada todas las generaciones" (*Lc* 1, 48, 49).

"Esta Reina de las vírgenes es también Reina de los mártires. Pero además, en su corazón es "donde una espada la traspasará" (*Lc* 2, 35), porque en ella todo pasa por dentro... ¡Oh, qué bella es de contemplar durante su

largo martirio, tan serena, envuelta en una especie de majestad que respira a un tiempo fuerza y dulzura! Es que había aprendido del Verbo mismo cómo deben sufrir los que el Padre escogió como víctimas, los que Él resolvió asociar en la gran obra de redención, los que Él conoció y predestinó para ser conformes a su Cristo, crucificado por amor. Ella está allí, al pie de la Cruz, de pie en la fuerza y en la valentía, y he aquí a mi Maestro que me dice: "Ecce Mater tua" (*Io* 19, 27). ¡Él me la da por Madre! Ahora que Él ha vuelto al Padre, que me ha sustituido en su lugar de la Cruz, para que yo sufra en mí lo que falta de la Pasión para su cuerpo que es la Iglesia, la Virgen está todavía allí para enseñarme a sufrir como Él, para decirme, para hacerme oír esos últimos cantos de su alma, que nadie más que ella, su Madre, pudo sorprender.

"Cuando yo haya dicho mi "Consummatum est", aún será Ella, "Ianua Caeli", quien me introducirá en los atrios divinos, diciéndome muy quedo la misteriosa palabra: ¡Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi in domum Domini ibimus!" (*Ps* 121, 1) (XV).

"En el seno de la tranquila Trinidad"

Isabel de la Trinidad llega a sus postreros días. Dentro de unas semanas estará en esa Trinidad bienaventurada que fue su morada en este mundo. Ya no es de la tierra. Vive "como si su alma estuviera ya en la eternidad". Llama ardientemente a la gran visión: "Como el sediento ciervo brama por las fuentes de agua viva, así, ¡oh Dios mío! clama por ti el alma mía. Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue, y me presente ante la faz de Dios!" (*Ps* 41, 2, 3). Sin embargo, como el pajarillo halló un hueco donde guarecerse, y nido la tórtola para poner sus polluelos (*Ps* 83, 4), así "Laudem gloriae", esperando ser transferida a la santa Jerusalén, "beata visio pacis" (Himno de la Dedicación), halló su retiro, su beatitud, su cielo anticipado, donde comienza su vida de eternidad (XVI).

Mientras aguardaba la visión de Dios en el Verbo, se

recoge "en el cielo de su alma", donde mora toda la Trinidad. "Como a Zaqueo, mi Maestro me ha dicho: "Desciende presto, porque es menester hospedarme hoy en tu casa" (*Lc* 19, 5). ¡Desciende presto! ¿pero adonde? A lo más profundo de mí misma, después de ser renunciada por mí misma, separada de mí misma, en una palabra, sin mí." "Preciso es que yo more en ti". Es mi Maestro quien me expresa este deseo, mi Maestro que quiere morar en mí con el Padre y su Espíritu de Amor para que, según la expresión del discípulo bien amado, haga yo "sociedad" (2 *Io* 1, 3) con Ellos. "Vosotros ya no sois extranjeros o advenedizos, sino que sois Ciudadanos de los santos y demésticos de Dios" (*Eph* 2, 19), dice san Pablo. He aquí como entiendo ser de la casa de Dios: VIVIENDO EN EL SENO DE LA TRANQUILA TRINIDAD, en mi abismo interior, en esa fortaleza inexpugnable del santo recogimiento, de que habla san Juan de la Cruz". (XVI).

La Santa de la Presencia de Dios y de la Habitación de la Trinidad vuelve siempre en el alma a la intuición fundamental que iluminó su vida. Toda la Trinidad está en ella, en lo más íntimo de su ser, con sus riquezas infinitas: la Generación del Verbo, el hábito del Eterno Amor, la Omnipotencia creadora, el Gozo y la Vida de las Tres Personas divinas. También es ésta su morada, el "hogar paterno" del que ella no puede ya salir. Es su verdadera vida "en sociedad", "en comunión" continua con sus Tres. Ella permanece allá, en las profundidades de su alma: "frente a ese Amor, a esa Majestad infinita que en ella mora. No es la vida la que la abandona, advierte ella, sino que es ella quien menosprecia esa vida natural y que se aparta de ella, porque siente que no es digna de su riquísima esencia. Se va de ella, a morir y derramarse en su Dios" (XVI).

Antes de partir hacia la gran visión, Isabel de la Trinidad exalta la felicidad de una alma que supo encontrar en la intimidad con su Dios "por dentro" un anticipo de la beatitud eterna. ¿No es éste el ideal de toda alabanza de gloria? Y la santa carmelita consagra la última página de su retiro a contemplar, con admiración y júbilo, la subida de una alabanza de gloria hacia el Dios-Trino. "¡Oh, cuán bella es esa criatura así despojada, rescatada

de ella misma! Se halla en estado de "disponer las ascensiones en su corazón, para salir del valle de lágrimas" —(es decir, de todo lo que es menos que Dios)— "hacia el lugar que es su hito" (*Ps* 83, 6, 7), "ese lugar espacioso" (*Ps* 30, 9), cantado por el Salmista, el cual es, me parece, la insondable Trinidad: "¡Immensus Pater, immensus Filius, immensus Spiritus Sanctus!" (Símbolo de san Atanasio). Sube... se eleva por encima de los sentidos, de la naturaleza; se supera a sí misma; sobrepasa toda alegría, así como todo dolor y pasa a través de las nubes para no descansar más que cuando haya penetrado en el interior de Aquél que ella ama y que le dará, Él mismo, el reposo del abismo. Y todo esto sin haber salido de la santa fortaleza; el Maestro lo dijo: "Desciende presto".

"Todavía sin salir de allí es como vivirá, a imagen de la Trinidad inmutable, en un eterno presente, adorándola siempre por Ella misma, y haciéndose, por una mirada cada vez más sencilla, más unitiva, el "esplendor de su gloria" (*Heb* 1, 3); dicho de otro modo: la incesante alabanza de gloria de sus perfecciones adorables" (XVI).

Isabel de la Trinidad pone un epílogo a este último retiro de "Laudem gloriae" cuando escribe a su priora su testamento supremo, que ha de serle entregado después de su muerte: "Al partir, OS LEGO ESTA VOCACIÓN QUE FUE LA MÍA EN EL SENO DE LA IGLESIA MILITANTE Y QUE CUMPLIRÉ INCESANTEMENTE EN LA IGLESIA TRIUNFANTE: "ALABANZA DE GLORIA DE LA TRINIDAD".

Capítulo IV

PRIMER RETIRO

CÓMO HALLAR SU CIELO EN LA TIERRA

TEXTO ÍNTEGRO

"La Trinidad:
he aquí nuestra morada, nuestra "propia casa"
la mansión paterna
de la que jamás debemos salir."

CÓMO HALLAR SU CIELO EN LA TIERRA

Julio 1906

1er día - 1a oración

"LA TRINIDAD: HE AQUÍ NUESTRA MORADA" [1]

"Padre, quiero que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy; para que vean mi gloria, que tú me diste; porque me has amado antes del establecimiento del mundo" (*Io* 17, 24). Tal es la última voluntad de Cristo, su plegaria suprema antes de volver a su Padre. Quiere que allí donde Él esté, estemos también nosotros, no solamente durante la eternidad, sino ya en el tiempo en que la eternidad comienza, aunque siempre en progreso. Saber importa, pues, donde hemos de vivir con Él para realizar su sueño divino. El lugar donde está escondido el Hijo de Dios es el seno del Padre, o Esencia divina, invisible a toda mirada mortal, inaccesible a toda inteligencia humana, lo que hizo decir a Isaías: "Sois verdaderamente un Dios escondido". Y sin embargo, su voluntad es que estemos fijos en Él, que habitemos donde Él habita en la unidad del amor, que seamos, por así decirlo, como su sombra.

"Por el Bautismo, dice san Pablo, fuimos sepultados en Jesucristo" (*Rom* 6, 5). Y también: "Dios nos hizo sentar en los cielos con Jesucristo, para mostrar a los siglos venideros las riquezas de su gracia". Y más lejos: "Vosotros ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino que sois Ciudadanos de los Santos y domésticos de Dios" (*Eph* 2, 19). La Trinidad, he aquí nuestra morada, nuestra "propia casa", la mansión paterna de la cual jamás debemos salir. El Maestro lo dijo un día: "El esclavo no habita siempre en la casa, pero el Hijo vive siempre en ella".

1. Los títulos han sido añadidos para mejor inteligencia del texto.

1er día — 2.ª oración

"PERMANECED EN MÍ"

"Permaneced en mí" (*Io* 15, 4). Es el Verbo de Dios quien da esta orden, el que expresa esta voluntad. Permaneced en mí, no por algunos instantes, algunas horas que han de pasar, sino de una manera permanente, habitual. Permaneced en mí, rogad en mí, adorad en mí, amad en mí, sufrid en mí, trabajad, obrad en mí, Permaneced en mí para presentaros a toda persona o a toda cosa, penetrad siempre antes en esta profundidad. Verdaderamente ésta es la "soledad a la que Dios quiere atraer el alma para hablarle" (*Os* 2, 4), como lo cantaba el profeta.

Mas para oír esta palabra misteriosa, no es preciso detenerse, por así decir, en la superficie, es necesario entrar siempre más en el Espíritu divino por el recogimiento. "Voy siguiendo mi carrera" (*Phil* 3, 12), exclamaba san Pablo. Así debemos descender cada día a ese sendero del abismo que es Dios, dejándonos deslizar por esa pendiente en confianza rebosante de amor. Un abismo llama a otro abismo (*Ps* 46, 8). Es allá, en lo más hondo donde se hará el choque divino, donde el abismo de nuestra nada, de nuestra miseria, se hallará frente a frente con el abismo de la misericordia, de la inmensidad total de Dios; allí donde encontraremos la fuerza para morir en nosotros mismos y donde, perdiendo nuestra propia huella, seremos cambiados en amor. "Bienaventurados los que mueren en el Señor" (*Apoc* 14, 13).

2.º día — 1.ª oración

"EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS"

"El reino de Dios está dentro de vosotros" (*Lc* 17, 21). Hace un momento nos invitaba Dios a permanecer en Él, a vivir por el alma en su heredad de gloria y ahora nos revela que hemos de salir de nosotros mismos para encontrarle. "El reino de Dios está dentro". San Juan de

la Cruz nos dice que es en la sustancia del alma, adonde no pueden llegar ni el demonio ni el mundo, en donde Dios se da a ella; entonces todos sus movimientos se hacen divinos, y aunque sean de Dios, son igualmente de ella, porque Nuestro Señor los produce en ella y con ella. El mismo santo dice aún, que Dios es el centro del alma. Cuando el alma según toda su fuerza conozca a Dios perfectamente, le ame y se goce de ello enteramente, habrá llegado al centro más profundo que en Él pueda alcanzar. Antes de haber llegado allí, el alma está ya en Dios que es su centro; pero no está en su centro "más profundo", puesto que puede ir más lejos.

Siendo el amor el que une el alma a Dios, cuanto más intenso sea este amor más entra ella profundamente en Dios y se concentra en Él. Cuando posea un solo grado de amor, ya está en su centro, pero cuando ese amor haya alcanzado su perfección, el alma habrá penetrado en su centro más profundo; allí es donde será transformada hasta el punto de hacerse muy semejante a Dios. A esa alma que vive "por dentro" pueden dirigirse las palabras del padre Lacordaire a santa Magdalena: "No preguntéis más por el Maestro a nadie en la tierra, a nadie en el cielo, porque Él es vuestra alma y vuestra alma es Él".

2.º día — 2.ª oración

"DESCIENDE PRESTO"

"Desciende presto, porque es menester hospedarme hoy en tu casa" (*Lc* 19, 5).

El Maestro repite incesantemente a nuestra alma esta palabra que Él dirigiera un día a Zaqueo: "Desciende presto". Mas ¿cuál es, pues, ese descanso que nos exige, sino una entrada más profunda en nuestro divino abismo interior? Ese acto no es una separación exterior de las cosas exteriores sino una soledad del espíritu, un desasimiento de todo lo que no es Dios.

"Mientras nuestra voluntad tenga caprichos extraños a la unión divina, fantasías veleidosas, continuaremos en

el estado de infancia, no andaremos a paso de gigante en el amor, porque el fuego no ha quemado todavía la aleación, el oro no es puro, seremos aún los buscadores de nosotros mismos. Dios no ha consumido del todo nuestra hostilidad hacia Él. Mas cuando el hervor de la caldera ha consumido todo amor vicioso, todo dolor vicioso, todo temor vicioso, entonces el amor es perfecto y el anillo de oro de nuestra alianza es más ancho que el cielo y la tierra. He aquí el reducto secreto donde el amor pone a sus elegidos; ese amor que nos arrastra en los rodeos y senderos que sólo Él conoce y nos arrastra sin retorno, no volvemos más sobre nuestros pasos" (Ruysb 181, 183).

3er día — 1.a oración

"MORAREMOS EN ÉL"

"Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, vendremos a él, y haremos en él nuestra morada" (*Io* 14, 23).

He aquí el Maestro que nos expresa su deseo de morar "en nosotros". "Si alguien me ama": el amor, he aquí lo que atrae, lo que arrastra a Dios hasta su criatura; no un amor de sensibilidad, sino ese amor fuerte como la muerte y que los diluvios no pueden extinguir (*Cant* 8, 6, 7). "Porque amo a mi Padre (*Io* 14, 31), hago lo que a Él agrada" (*Io* 8, 29).

Así hablaba el Santo Maestro y toda alma que quiera vivir en contacto con Él debe vivir también de esta máxima: el gran placer divino debe ser su comida, su pan de cada día, debe dejarse inmolar por todas las voluntades del Padre, a imagen de su Cristo adorado. Cada incidente, cada acontecimiento, cada aflicción como cada alegría, es un sacramento que le da Dios; así no hace ella diferencia entre esas cosas, las salva, las sobrepuja, para descansar por encima de todo, en su Maestro mismo; le exalta muy alto sobre la montaña de su corazón, sí, más alto que sus dones, que sus consolaciones, más alto que las dulzuras que de Él caen. La propiedad del

amor es no buscarse nunca, no reservarse nada, sino darlo todo al Ser amado. Dichosa el alma que ama en verdad; el Señor se hace su cautivo por amor.

3er día — 2.a oración

"VOSOTROS ESTÁIS MUERTOS"

"Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo" (*Col* 3, 3).

He aquí a san Pablo que viene a darnos una luz para alumbrarnos en el sendero del abismo. Vosotros estáis muertos. ¿Qué significa, sino que el alma que aspira a vivir en contacto con Dios, en la fortaleza inexpugnable del santo recogimiento, debe estar separada, despojada, alejada de todas las cosas (en contacto al espíritu)? Esta alma halla en sí una simple pendiente de amor que va hacia Dios, hagan lo que hagan las criaturas; es invencible para las cosas que pasan, porque pasa por encima de ellas aspirando a Dios.

"Quotidie morior, muero cada día" (*1 Cor* 15, 31. Yo menguo, me renuncio cada día para que Cristo crezca y sea exaltado en mí; resido pequeñita en el fondo de mi pobreza; veo mi nada, mi miseria, mi impotencia, me advierto incapaz de progreso, de perseverancia, veo la multitud de mis negligencias; aparezco en mi indigencia, me prosterno en mi miseria, reconociendo mi abandono, lo ostento delante de la misericordia de mi Maestro. "Quotidie morior", pongo el gozo de mi alma (esto en cuanto a voluntad y no a sensibilidad) en todo lo que puede inmolarme, destruirme, rebajarme, porque quiero hacer sitio a mi Maestro. "Ya no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí" (*Gal* 2, 20); no quiero ya vivir mi propia vida, sino estar transformada en Jesucristo, para que mi vida sea más divina que humana y que el Padre, inclinándose sobre mí, pueda reconocer la imagen del "Hijo bien amado en quien ha puesto todas sus complacencias".

4.º día — 1.ª oración

"NUESTRO DIOS ES FUEGO CONSUMIDOR"

"Deus ignis consumens" (*Heb* 12, 29). "Nuestro Dios, escribía san Pablo, es fuego consumidor", es decir, fuego de amor que destruye, que transforma en Él mismo todo lo que toca. "*Las delicias del abrazo divino son renovadas en el fondo de nosotros por una actividad que nunca se afloja; el abrazo del amor es una complacencia mutua y eterna, es una renovación que se hace en todo momento en el nudo del amor.*" (Ruysbroeck 81). Ciertas almas han escogido este asilo para reposar en él eternamente, y "*He aquí el silencio en el que se han perdido de algún modo"; libertadas de su prisión navegan en el océano de la Divinidad sin que ninguna criatura les sea obstáculo o incomodidad*" (Ruysb 83).

4.º día — 2.ª oración

"FUEGO VINE A PONER EN LA TIERRA"

"Fuego vine a poner en la tierra: ¿y qué quiero, sino que arda? (*Lc* 12, 49).

El Maestro mismo es quien acaba de expresarnos su deseo de ver arder el fuego del amor. En efecto, todas nuestras obras, todos nuestros trabajos son nada delante de Él. No podemos darle nada, ni satisfacer su único deseo que es el de realzar la dignidad de nuestra alma. Nada le agrada tanto como verla crecer; esto supuesto, nada puede elevarla tanto como hacerse, en algún modo, igual a Dios; he ahí por qué Él exige de ella el tributo de su amor, siendo la propiedad del amor la de igualar, tanto como sea posible, al que ama con el que es amado. El alma en posesión de este amor aparece con Jesucristo en pie de igualdad, porque su afección recíproca lo hace todo común entre ambos. "A vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre" (*Io* 15, 15).

Mas para llegar a este amor, el alma debe entregarse antes toda entera; su voluntad ha de perderse dulcemente en la de Dios, para que sus inclinaciones, sus facultades no se muevan más que en ese corazón y para ese amor. Todo lo hago con amor, lo sufro todo con amor, tal es el sentido de lo que cantaba David: "Guardaré tu fortaleza" (*Ps* 58, 10). Entonces el amor. de tal suerte la llena, la absorbe y la protege tan bien, que en todas partes halla el secreto de crecer en amor; asimismo, en sus relaciones con el mundo en medio de las solicitudes de la vida, tiene derecho a decir: "Que sólo el amar es mi ejercicio".

5.º día — 1.ª oración

"ESTOY A LA PUERTA Y LLAMO"

"He aquí que estoy a la puerta, y llamo: si alguno oyere mi voz, o me abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (*Apoc* 3, 20).

Dichosos los oídos del alma bastante avisada bastante recogida para oír esta voz del Verbo de Dios; dichosos también los ojos de esa alma que, bajo la luz de la fe viva y profunda, puede asistir a la llegada del Maestro a su santuario íntimo. Pero ¿cuál es, pues, esta llegada? Es una generación incesante, una ilustración sin desfallecimiento. Cristo viene con sus tesoros; pero es tal el misterio de las rapideces divinas, que llega continuamente, siempre por primera vez, como si nunca habiese venido. "*Porque su llegada, independiente del tiempo, consiste en un eterno "ahora" y un eterno deseo que renueve eternamente las alegrías de la llegada*" (Ruysb 74).

Las delicias que aporta son infinitas puesto que son Él mismo. *La capacidad del alma ensanchada por la llegada de Maestro, parece salir de sí misma para pasar a través de los muros a la inmensidad de Aquél que llega. Y sucede este fenómeno: es Dios quien en el fondo de nosotros recibe a Dios cuando viene a nosotros y ¡Dios contempla a Dios! ¡Dios, en el cual consiste la beatitud!*" (Ruysb 74).

5.º día — 2.ª oración

"EL QUE COME MI CARNE"

"El que come mi carne, y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él" (*Io* 6, 57). "*Él primer signo del amor, es que Jesús nos dio a comer su carne y a beber su sangre. Lo propio del amor es siempre dar y siempre recibir. Luego el amor de Cristo es liberal. Todo lo que tiene, todo lo que es, Él lo da; todo lo que tenemos nosotros, todo lo que somos, Él lo arrebata. Pide más de lo que somos capaces de dar por nosotros mismos. Tiene un hambre inmensa que quiere devorarnos absolutamente; Él entra hasta la medula de nuestros huesos, y cuanto más se lo permitamos con amor, más le gustamos con amplitud. Sabe que somos pobres, pero no tiene cuenta alguna de ello y no nos perdona nada. En nosotros se hace su pan Él mismo; quemando desde luego en su amor: vicios, faltas y pecados*" (Ruysb 173).

Después, cuando nos ve puros, llega con las fauces abiertas como un buitre que va a devorarnos. Quiere consumir nuestra vida para cambiarla en la suya, la nuestra llena de vicios, la suya plena de gracia y de gloria, totalmente preparada para nosotros, con tal de que solamente nos renunciemos. Si nuestros ojos fuesen bastante buenos para ver esa ávida apetencia de Cristo, que tiene hambre de nuestra salvación, todos nuestros esfuerzos no nos impedirán volar hacia su boca abierta. Esto tiene el aire de un absurdo, ¡los que aman comprenderán! Cuando recibimos a Cristo con sacrificio interior, su sangre plena de calor y de gloria corre por nuestras venas, y el fuego prende en el fondo de nosotros, y nos viene la semejanza de sus virtudes, y vive en nosotros y nosotros vivimos en Él" (Ruysbroek 174). "*Y nos da su alma con plenitud de gracia, por la cual el alma persiste en la caridad y la alabanza del Padre!... El amor arrastra en sí a su objeto; nosotros arrastramos en nosotros a Jesús; Jesús nos arrastra con Él*" (Ruysb 175). "*Entonces, llevados por encima de nosotros al interior del amor, apuntando a Dios, vamos a su encuentro, al encuentro de su*

Espíritu que es su amor, y este amor nos quema, nos consume y nos atrae a la unidad donde nos espera la beatitud... Jesucristo miraba esto cuando decía: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua" (Ruysb 177).

6.° día — 1.ª oración

"PARA ACERCARSE A DIOS ES NECESARIO CREER"

"Para acercarse a Dios es necesario creer" (*Heb* 11, 16). Es san Pablo quien habla así. Y dice aún: "La fe es la sustancia de las cosas que se esperan, argumento de las cosas que no aparecen" (*Heb* 10, 1), es decir, que la fe nos vuelve de tal modo ciertos y presentes los bienes futuros que, por ella, toman ser en nuestra alma y allí subsisten antes de que nosotros gocemos de ellos. San Juan de la Cruz nos dice que la fe nos sirve de pies para ir a Dios y que además es la posesión en el estado oscuro. Sólo ella puede darnos verdaderas luces sobre Aquél que amamos, y nuestra alma debe escogerla como medio para llegar a la unión bienaventurada. Ella es la que vierte a raudales en el fondo de nosotros todos los bienes espirituales. Jesucristo, hablando a la Samaritana, designaba la fe cuando prometió, a todos los que en Él creyeran, darles "una fuente de agua viva que manará hasta la vida eterna" (*Io* 4, 14).

Así pues, la fe nos da a Dios desde esta vida, revestido, es verdad, del velo con que ella le cubre, mas sin embargo, Dios mismo. "Mas cuando viniere lo que es perfecto, es decir, la clara visión, lo que es imperfecto, o en otros términos, el conocimiento dado por la fe, recibirá toda su perfección" (*1 Cor* 13, 10).

"Y nosotros hemos conocido y creído a la caridad que Dios tiene por nosotros" (*Io* 4, 16). Éste es el gran acto de nuestra fe, el medio de restituir a nuestro Dios amor por amor, el "secreto escondido" (*Col* 1, 26) en el corazón del Padre, del que habla san Pablo, que nosotros penetramos finalmente y toda nuestra alma se estremece. Cuando sabe creer en ese "amor demasiado grande" que está en ella, puede decirse lo que se dijo de Moisés: "Porque

estuvo firme en su fe, como si viera al Invisible" (*Heb* 9, 27). No se detiene ya ella en los gustos, en los sentimientos; poco le importa sentir a Dios o no sentirle; le importa que Él le dé alegría o sufrimiento: cree en su amor. Cuanto más probada, más crece su fe, porque atraviesa, por así decirlo, todos los obstáculos, para ir a descansar en el seno del Amor infinito, que no puede hacer nada más que obra de amor. También a esta alma totalmente despierta en su fe, la voz del Maestro puede decirle en el secreto íntimo esta palabra que Él dirigiera un día a María Magdalena: "Tu fe te ha hecho salva: vete en paz" (*Lc* 7, 50).

6.º día — 2.ª oración

"SI TU OJO FUERE SENCILLO"

"Si tu ojo fuere sencillo: todo tu cuerpo será luminoso" (*Mt* 6, 22). ¿Cuál es este ojo sencillo del que nos habla el Maestro, sino "*esa simplicidad de intención que reúne en la unidad todas las fuerzas dispersas del alma y une a Dios el espíritu mismo?: es la simplicidad la que restituye a Dios honra y alabanza: es la que le presenta y le ofrece las virtudes, y después, penetrándose y atravesándose ella misma, atravesando y penetrando a todas las criaturas, encuentra a Dios en su profundidad. Ella es el principio y el fin de las virtudes, su esplendor y su gloria. Llamo intención simple la que no apunta más que a Dios, devolviendo todas las cosas a Dios*" (Ruysb 38). *Es la que pone al hombre en presencia de Dios; es la que le da luz y ánimo; es la que le vuelve vacío y libre, hoy y el día del juicio, de todo temor. Es la pendiente interior y la base de toda vida espiritual; huella con los pies de mala naturaleza; da la paz, impone silencio a los ruidos vanos que se hacen en nosotros. Es la que aumentará de hora en hora nuestra semejanza divina*" (Ruysb 39). "*Por otra parte, más allá de los intermediarios, es la que todavía nos transportará a la profundidad donde Dios habita y nos dará el reposo del abismo. La simplicidad es la que nos dará la herencia que la eternidad nos*

ha preparado. Toda la vida de los espíritus, toda su virtud consiste, en la semejanza divina en la simplicidad; y su reposo supremo es allá en lo alto, en la simplicidad también, y según la medida de su amor cada espíritu ejerce una búsqueda de Dios, más o menos profunda, en su propia profundidad" (Ruysb 40). *"El alma simple, alzándose por virtud de su mirada interior, entra en ella misma y contempla en su propio abismo, el santuario donde es probada"* (Ruysb 42) por un contacto de la Santísima Trinidad. *"Ha penetrado así en su profundidad hasta su fundamento, que es la puerta de la vida eterna"* (Ruysb 43).

7.° día —1.ª oración

"LA TRINIDAD NOS CREÓ A IMAGEN SUYA"

"Dios nos eligió en Él mismo antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancilla, delante de Él en caridad" (*Eph* 1, 4).

La Santísima Trinidad nos creó a imagen suya, con arreglo al ejemplar eterno de nosotros que ella poseía en su seno, antes de que el mundo fuese, en aquel comienzo sin comienzo de que habla Bossuet, según san Juan. "In principio erat Verbum, en el principio era el Verbo"; y se puede añadir, "en el principio era la nada". Porque Dios, en su eterna solicitud, nos llevaba ya en su pensamiento. *"El Padre se contempla Él mismo en el abismo de su fecundidad, y he aquí que por el propio acto de comprenderse, engendra otra Persona, el Hijo, su Verbo eterno. El tipo de todas las criaturas que no habían salido aún de la nada, residía eternamente en Él, y Dios las veía y las contemplaba en su tipo, pero en Él mismo. Esa vida eterna que poseen nuestros tipos, sin nosotros, en Dios, es la causa de nuestra creación".*

"Nuestra esencia creada pide juntarse a su principio" (Ruysb 76). *"El Verbo, el esplendor del Padre, es el tipo eterno sobre el cual fueron dibujadas las criaturas el día de la creación. He ahí por qué quiere Dios que, liberados de nosotros mismos, tendamos los brazos hacia*

nuestro ejemplar y que le poseamos, subiendo por encima de todas las cosas hacia nuestro modelo" (Ruysb 77). Esta contemplación abre al alma horizontes inesperados. Posee en cierta manera la corona hacia la cual aspira. *"Las riquezas inmensas que Dios tiene por naturaleza, podemos tenerlas nosotros por la virtud del amor, por su residencia en nosotros, por nuestra residencia en Él"* (Ruysb 75). *En virtud de este amor inmenso es por lo que somos atraídos al fondo del santuario íntimo, donde Dios imprime en nosotros una imagen de su majestad.* Es, pues, gracias al amor y por el amor, como dice el Apóstol, por lo que podemos ser inmaculados y santos en presencia de Dios y cantar con David: "Seré sin tacha y me guardaré del fondo de iniquidad que hay en mí".

7.º día — 2.ª oración

"SED SANTOS COMO SANTO SOY YO"

"Sed santos como santo soy yo" (*Lev* 19, 2). Es el Señor quien así habla. *"Cualquiera que sea nuestro género de vida, o el hábito que nos cubra, cada uno de nosotros debe ser el santo de Dios* (Ruysb 181). *El más santo, ¿quién es, pues?... Es el más amante, es el que mira más hacia su Dios y satisface más plenamente las necesidades de su mirada* (Ruysb 128). *¿Cómo satisfacer las necesidades de la mirada de Dios, sino estándose simple y amorosamente vuelto hacia Él para que Él pueda reflejar su propia imagen, como el sol se refleja a través de un cristal puro? Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza, tal fue el gran querer del corazón de nuestro Dios. Sin la semejanza que viene de la gracia, la condenación eterna nos espera. Desde que Dios nos ve aptos para recibir su gracia, su voluntad libre está presta a darnos el don que nos da su semejanza. Nuestra aptitud a recibir su gracia depende de la integridad interior con la cual nos movemos hacia Él, y aportándonos Dios sus dones puede entonces darse Él mismo, imprimirnos su semejanza, absolvernos y liberarnos"* (Ruysb 55). La per-

fección más alta en esta vida, dice un piadoso autor, consiste en quedar talmente unido en Dios, que sus afecciones unidas en el gozo del amor, no hallen reposo más que en la posesión del Creador.

La imagen de Dios, impresa en el alma, está en efecto constituida por la razón, la memoria y la voluntad; en tanto que esas facultades no lleven la imagen perfecta de Dios, no se le semejan como en el día de la creación. En cuanto a la forma del alma, es Dios el que debe imprimirse en ella como el sello sobre la cera, como la marca sobre su objeto; ahora bien, eso no se realiza plenamente más que si la razón está del todo alumbrada por el conocimiento de Dios, si la voluntad está encadenada al amor del bien soberano, si la memoria está plenamente absorta en la contemplación y el goce de la eterna felicidad. Y como la gloria de los Bienaventurados no es otra que la posesión perfecta de ese estado, es manifiesto que la posesión comenzada de esos bienes constituye la perfección en esta vida. Para realizar este ideal, es preciso estarse recogida dentro de sí misma, estarse en silencio, en presencia de Dios, mientras que el alma se abisma, se dilata, se inflama y se funde en Él con una plenitud sin límites.

8.° día — 1.ª oración

"CONFORMES A LA IMAGEN DE SU HIJO

"Porque los que Dios conoció en su presencia, a estos también predestinó, para ser hechos conformes a la imagen de su divino Hijo" (*Rom* 8, 29). "Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó, y a los que justificó, a estos también glorificó. ¿Pues qué diremos a estas cosas? Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?... ¿Quién nos separará de la caridad de Jesucristo?" (*Rom* 8, 30, 35). Tal aparece a la mirada del Apóstol el misterio de la predestinación, el misterio de la elección divina. "Los que Él conoció". ¿No estábamos nosotros entre ellos? ¿No puede Dios decir a nuestra alma lo que dijo en otro tiem-

po por la voz de su profeta: "Y pasé por ti y te vi; y he aquí tu tiempo, tiempo de amantes; y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu ignominia, Y te juré, y entré en concierto contigo; y fuiste mía" (*Ez* 16, 8)? Si nos hicimos suyas por el bautismo, es lo que san Pablo quiso decir por estas palabras: "Él los llamó"; sí, llamados a recibir el sello de la Santísima Trinidad. Al mismo tiempo que fuimos hechos, según lenguaje de san Pedro, "participantes de la naturaleza divina" (*2 Petr* 1, 4), recibimos "el principio de la substancia de Él" (*Heb* 3, 14). Después "*nos justificó*" por sus sacramentos, por esos toques directos en el recogimiento del fondo de nuestra alma, "justificados también por la fe" (*Rom* 5, 1) y según la medida de nuestra fe en la redención de Jesucristo nos ha granjeado. Por último quiere *glorificarnos,* y por eso, dice san Pablo, "que Dios Padre nos hizo dignos de participar la suerte de los santos en luz" (*Col* 1, 12), pero seremos glorificados en la medida en que fuéremos conformes a la imagen de su divino Hijo.

Contemplemos, pues, esa Imagen adorada, estémonos sin cesar bajo su brillo para que se imprima en nosotros; después vayamos a todas las cosas en actitud de alma en la que se restituye nuestro santo Maestro: entonces realizaremos la gran voluntad por la cual Dios se propuso en sí mismo restaurar todas las cosas en Cristo (*Eph* 1, 9, 10).

8.° día — 2.ª oración

"ES CRISTO EL QUE VIVE EN MÍ"

"Y en verdad todo lo tengo por perdido por el eminente conocimiento de Cristo mi Señor; por el cual todo lo he perdido, y lo tengo por basura, con tal de ganar a Cristo... Lo que yo quiero es conocerlo a Él, la comunión de sus aflicciones, tomando la figura de su muerte... Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome hacia lo que está delante, prosigo según el fin propuesto hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Jesucristo" (*Phil* 3, 8, 14).

Es decir, no quiero más que estar identificado con Él. "Mihi vivere Christus est" (*Phil* 1, 21). ¡Mi vida es Cristo!... Toda el alma ardiente de san Pablo aparece en estas líneas. Durante este retiro, el objetivo es hacernos más conformes a nuestro Maestro adorado, más aún, fundirnos en Él de tal modo que podamos decir: "Y vivo ya no yo: mas vive Cristo en mí. Y lo que vivo ahora en carne: lo vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó, y se entregó a sí mismo por mí" (*Gal* 2, 20).

¡Oh! estudiemos ese modelo divino. "Su conocimiento —nos dice el Apóstol— ¡es tan transcendente!" (*Phil* 3, 8). Y desde luego, ¿qué dijo, al entrar en el mundo? "Sacrificios y ofrendas no quisiste: mas me apropiaste cuerpo: holocaustos por el pecado no te agradaron. Heme aquí que vengo para hacer ¡oh Dios! tu voluntad" " (*Heb* 10, 5). Durante esos treinta y tres años, esa voluntad fue tanto su pan de cada día (*Io* 4, 32, 34), que en el momento de poner el alma a las manos de su Padre, pudo decirle: "Todo se ha consumado" (*Io* 19, 30). "Sí, todas las las voluntades, todas han sido cumplidas, por lo que yo te he glorificado sobre la tierra" (*Io* 17, 4).

En efecto, Jesucristo hablando a los apóstoles de la comida que ellos no conocían, les dijo: "mi alimento, es que haga la voluntad del que me envió" (*Io* 4, 32). También Él pudo decir: "Porque no estoy solo" (*Io* 8, 16), "el que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que a Él agrada" (*Io* 8, 29). Comamos con amor ese pan de la voluntad de Dios; si a veces sus voluntades son más crucificantes, podemos decir sin duda con nuestro Maestro adorado: "Padre mío, traspasa de mí este cáliz, mas no como yo quiero, sino lo que Tú" (*Mt* 26, 39): y en la calma y en la lucha, con el divino Crucificado, subiremos también nosotros nuestro Calvario, cantando en el fondo de nuestras almas, haciendo subir hacia el Padre un himno de acción de gracias, porque los que andan por esta vía dolorosa, son aquéllos "que conoció y predestinó para ser hechos conformes a la Imagen de su divino Hijo (*Rom* 8, 29), el Crucificado por amor".

9.º día — 1.ª oración

"LA ADOPCIÓN FILIAL"

"El que nos predestinó para adoptarnos como hijos por Jesucristo en Sí mismo, según el propósito de su voluntad, para loor de gloria de su gracia, por la cual nos ha hecho agradables a su amado Hijo, en el que tenemos la redención por su sangre, la remisión de todos los pecados, según las riquezas de su gracia, la cual ha abundado en nosotros copiosamente en toda sabiduría y prudencia" (*Eph* 1, 5, 8). El alma que realmente se hace hija de Dios es, según la palabra del Apóstol , movida por el Espíritu Santo mismo. "Todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos: Abba! ¡Padre! Porque el mismo Espíritu da testimoino a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos; herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo; y si padecemos con Él, es para que seamos también glorificados con Él" (*Rom* 8, 14, 17). Es para hacernos llegar hasta ese abismo de gloria por lo que Dios nos creó a su imagen y semejanza.

"Considerad, dice san Juan, cuál caridad nos ha dado el Padre, queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios, y lo seamos. Ahora somos hijos de Dios, y no aparece aún lo que habemos de ser. Sabemos que cuando ello apareciere, seremos semejantes a Él: por cuanto nosotros le veremos así como Él es: y todo aquél que tiene esta esperanza en Él se santifica a sí mismo, así como Él es santo" (*1 Io* 3, 1, 3).

He aquí la medida de santidad de los hijos de Dios: ser santos como Dios, ser santos de la santidad de Dios, y esto, viviendo en contacto con Él en el fondo del abismo sin fondo, "por dentro". El alma parece entonces tener cierta semejanza con Dios, quien, con todo y recibir delicias de las cosas, nunca jamás halla tanta felicidad como en Él mismo, porque posee en Sí un bien emi-

nentísimo delante del cual desaparecen todos los otros. Además, todas las alegrías que sobrevienen al alma le son también advertencias que la invitan a saborear de preferencia el Bien que tiene en posesión y al que ningún otro puede compararse.

"Padre nuestro que estás en los cielos" (*Mt* 6, 9). En ese pequeño cielo que Él se ha hecho en el centro de nuestra alma, es donde debemos buscarle y en el que debemos, sobre todo, morar. Cristo dijo un día a la Samaritana que "el Padre buscaba verdaderos adoradores en espíritu y en verdad" (*Io* 4, 23). Para dar alegría a su corazón, seamos esos grandes adoradores. Adorémosle en espíritu, es decir, tengamos el corazón y el pensamiento fijos en Él, el espíritu lleno de su conocimiento por la luz de la fe. Adorémosle en verdad, a saber, por nuestras obras, porque es sobre todo por los actos, por lo que somos verdaderos; es hacer siempre lo que agrada al Padre, del cual somos nosotros los hijos. Adorémosle, en fin, en espíritu y en verdad, es decir, por Jesucristo y con Jesucristo, porque Él solo es el verdadero adorador en espíritu y en verdad. Entonces seremos las hijas de Dios, conoceremos por ciencia experimental la verdad de estas palabras de Isaías: "Seréis llevados a los pechos y sobre las rodillas os acariciarán" (*Is* 46, 12). En efecto, todo el ejercicio de Dios parece ser el de colmar el alma de caricias y muestras de amistad, como una madre que cría a su hijo y le nutre de su leche. ¡Oh! estemos atentas a la voz misteriosa de nuestro Padre: "¡Dame, hijo mío, tu corazón!" (*Prov.* 23, 26).

9.º día — 2.ª oración

"ESTÁBAMOS MUERTOS POR NUESTROS PECADOS

"Cuando estábamos muertos por nuestros pecados, Dios, que es rico en misericordia, movido de su amor demasiado grande, nos volvió a la vida por Jesucristo." "Pues todos pecaron y tienen necesidad de la gloria de Dios pero han sido justificados gratuitamente por su gracia mediante la Redención en Jesucristo, a quien ha pro-

puesto en propiciación por la fe con su Sangre, a fin de manifestar que Él es justo y justificador de aquel que tiene la fe de Jesucristo" (*Rom* 3, 23, 24, 26). "*El pecado es un mal tan espantoso que para buscar un bien cualquiera o evitar cualquier mal, ningún pecado debe ser cometido. Luego, nosotros que los hemos cometido en gran número, ¿cómo podemos no desfallecer de adoración cuando nos sumergimos en el abismo de la misericordia y cuando los ojos de nuestra alma se detienen en este hecho?: Dios ha perdonado nuestros pecados*" (Ruysb 195). Él lo ha dicho: "Yo borraré todas sus iniquidades y no me acordaré más de sus pecados".

El Señor, en su clemencia, ha querido volver nuestros pecados contra ellos mismos, y, para nosotros, ha encontrado el medio de hacérnoslos útiles, de convertirlos en nuestras manos en instrumentos de salvación. Que esto no disminuye en nada, ni nuestro terror a pecar, ni nuestro dolor de haber pecado. Mas nuestros pecados han llegado a ser para nosotros una fuente de humildad" (Ruysb 196). Cuando el alma considera en el fondo de ella misma, con ojos abrasados de amor, la inmensidad de Dios, su fidelidad, sus pruebas de amor, sus beneficios, que no pueden añadir nada a su dicha; cuando después, mirándose ella misma, ve sus atentados contra el inmenso Señor, se torna hacia su propio fondo con tal desprecio de sí misma que ya no sabe qué hacer para bastar a su horror. Lo que mejor puede hacer, es quejarse a Dios, su amigo, de las fuerzas de su menosprecio que la traicionan y no la ponen tan bajo como ella quisiera. Se resigna a la voluntad de Dios y en la abnegación última halla la paz verdadera, invencible y perfecta, a la que nada turbará, porque se ha precipitado en tal abismo que nadie irá allá a buscarla.

Si alguien afirmase haber hallado el fondo, que es estar sumergido en la humildad, no le desmentiría yo. *Sin embargo, me parece que estar sumergido en la humildad, es estar sumergido en Dios, porque Dios es el fondo del abismo. Por eso la humildad como la caridad es siempre capaz de crecer* (Ruysb 111). *Y puesto que un fondo humilde es el vaso que se precisa, el vaso capaz de la gracia y que Dios quiere verter allá, seamos humil-*

des" (Ruysb 113). Jamás el humilde "*colocará a Dios bastante alto, ni a él mismo bastante bajo*". *Mas he aquí la maravilla: su impotencia se volverá sabiduría y el defecto de su acto siempre insuficiente a sus ojos, será el mejor sabor de su vida. Cualquiera que posea un fondo de humildad no tiene necesidad de muchas palabras para instruirse. Dios le dice más cosas de las que puedan enseñársele; los discípulos de Dios están en esta posición*" (Ruysb 115).

10.º día — 1.ª oración

"LA VIRGEN FIEL"

"Si scires donum Dei" (*Io* 4, 10). "Si supieses el don de Dios", dijo una tarde Cristo a la Samaritana. ¿Mas qué es este don de Dios, sino Él mismo? nos dice el discípulo bien amado, "A los suyos vino, y los suyos no le recibieron" (*Io* 1, 11). San Juan Bautista podía decir aún en bien de las almas, esta palabra de reproche: "Estuvo y se halla entre vosotros, aunque vosotros no le conocéis" (*Io* 1, 26). ¡Si supieres el don de Dios!

Hay una criatura que conoce ese don de Dios, una criatura que no ha perdido de ello ni una partícula, una criatura que fue tan pura, tan luminosa, que parecía ser la luz: Speculum justitiae; una criatura cuya vida fue tan sencilla, tan perdida en Dios, que no se le puede decir de esto casi nada: Virgo fidelis, es la virgen fiel, la que "guarda estas cosas en su corazón" (*Lc* 2, 51). Se hacía tan pequeña, tan recogida ante Dios en el secreto del templo, que atrajo las complacencias de la Santísima Trinidad: "Porque Él miró la bajeza de su esclava: pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones" (*Lc* 1, 48). Inclinándose el Padre hacia esta criatura tan bella, tan ignorante de su belleza, quiso que fuese la Madre en el tiempo, de Aquél de quien Él era Padre en la Eternidad. Entonces el Espíritu de amor que preside todas las obras de Dios, sobrevino y la Virgen dijo su Fiat: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (*Lc* 1, 38). Y el mayor de los miste-

rios fue cumplido; y por el descendimiento del Verbo en ella, María fue para siempre la presa de Dios.

Me parece que la actitud de la Virgen, durante los meses transcurridos entre la Anunciación y la Natividad, es modelo de las almas interiores, de los seres que Dios ha escogido para vivir "por dentro" en el fondo del abismo sin fondo. ¡En qué paz, en qué recogimiento, María se entregaba y se prestaba a todas las cosas! ¡Cómo eran divinizadas por ella las que eran más triviales, porque, a través de todo, la Virgen permanecía la adoradora del don de Dios! Esto no le impedía emplearse por fuera cuando se trataba de ejercer la caridad. El Evangelio nos dice que "María fue con prisa a la montaña, a una ciudad de Judea, y entró en casa de Zacarías, y saludó a su prima Isabel" (*Lc* 1, 39). La visión inefable que contemplaba en ella misma, jamás menguó su caridad exterior, porque, dice un piadoso autor, si la contemplación "*se va hacia la alabanza y hacia la eternidad de su Señor, posee la unidad y no la perderá. Que llegue una orden del cielo y ella se vuelve hacia los hombres, se compadece de todas sus necesidades, se inclina hacia todas las miserias; es preciso que llore y que fecunde. Alumbra como el fuego; como él, quema, absorbe y devora, elevando hasta el cielo lo que ha devorado. Y cuando realiza su acción abajo, se levanta y vuelve a tomar ardiente en su fuego el camino de la altura*" (Ruysb 259).

10.° día — 2.ª oración

"UNA ALABANZA DE GLORIA"

"Fuimos llamados por suerte, predestinados según el decreto de Aquél que obra todas las cosas, según el consejo de su voluntad, para que fuésemos alabanza de su gloria" (*Eph* 1, 11, 12).

Es san Pablo quien así habla, san Pablo instruido por Dios mismo. ¿Cómo realizar ese gran sueño del corazón de nuestro Dios, ese querer inmutable en nuestras almas?, ¿cómo, en una palabra, responder a nuestra vocación y

hacernos perfectas alabanzas de gloria de la Santísima Trinidad?

En el cielo, cada alma es una alabanza de gloria al Padre, al Verbo, al Espíritu Santo, porque cada alma está fija en el puro amor y ya no ve su vida propia, sino la vida de Dios. Entonces le conoce, dice san Pablo, lo mismo que Él le conoce a ella. En otros términos, su entendimiento es el entendimiento de Dios, su voluntad, la voluntad de Dios; su amor, el amor mismo de Dios. Es en realidad el Espíritu de amor y de fuerza el que transforma al alma, porque habiendo sido dado para suplir lo que le falta, como sigue diciendo san Pablo, obra en ella esta gloriosa transformación. San Juan de la Cruz afirma que poco se necesita en eso para que el alma entregada al amor, por virtud del Espíritu Santo, no se eleve hasta el grado del que acabamos de hablar, desde este mundo: he ahí lo que llamo una perfecta alabanza de gloria.

"Una alabanza de gloria": es una alma que mora en Dios, que le ama con amor puro y desinteresado, sin volver a buscarse en la dulzura de ese amor, que le ama por encima de todos sus dones, y aun cuando no haya recibido nada de Él y desee bien al Objeto así amado. Ahora bien, ¿cómo desear y querer efectivamente bien a Dios, si no es cumpliendo su voluntad, ya que esta voluntad ordena todas las cosas para su mayor gloria? Por consiguiente, esta alma debe entregarse a Él plenamente, perdidamente, hasta no querer ya otra cosa que lo que Dios quiere.

"Una alabanza de gloria" es una alma de silencio que se mantiene como una lira bajo el toque misterioso del Espíritu Santo, para que Él haga salir de ella armonías divinas. Sabe que el sufrimiento es una cuerda que produce sones más bellos todavía; además le gusta verle en su instrumento, a fin de conmover más deliciosamente el corazón de Dios.

"Una alabanza de gloria" es una alma que fija Dios en la fe y la simplicidad; es un reflector de todo lo que Él es; es como un abismo sin fondo en el que puede Él derramarse; es también como un cristal, a través del cual puede Él irradiar y contemplar todas sus perfecciones y

su propio esplendor. Una alma que permite así al Ser divino saciar en ella su necesidad de comunicar todo lo que Él es, y todo lo que Él tiene, es en realidad la alabanza de gloria de todos sus dones.

En fin, "una alabanza de gloria" es un ser siempre en acción de gracias. Cada uno de sus actos, de sus movimientos, cada uno de sus pensamientos, de sus aspiraciones, a la vez que la arraigan más profundamente en el amor, son como un eco del Santo eterno.

En el cielo de la gloria, los bienaventurados no cesan día y noche de decir: "Santo, Santo, Santo el Señor Dios Omnipotente..." y prosternándose... adoran al que vive en los siglos de los siglos (*Apoc* 4, 8).

En el cielo de su alma, la alabanza de gloria comienza ya su oficio de eternidad. Su cántico es ininterrumpido, porque ella está bajo la acción del Espíritu Santo que obra todo en ella; y aunque no tenga siempre conciencia de ello, pues la debilidad de la naturaleza no le permite estar fija en Dios sin distracciones, canta siempre, adora siempre, está por así decirlo, pasada del todo a la alabanza y al amor, en la pasión de la gloria de su Dios.

En el cielo de nuestra alma: seamos "alabanza de gloria de la Santísima Trinidad", alabanza de amor de nuestra Madre Inmaculada. Un día caerá el velo, seremos introducidos en los atrios eternos, y allá, cantaremos en el seno del Amor infinito, y Dios nos dará el nuevo nombre prometido al vencedor. ¿Cuál será? "Laudem gloriae" (*Eph* 1, 12).

Capítulo V

SEGUNDO RETIRO

ÚLTIMO RETIRO DE "LAUDEM GLORIAE" O EL OFICIO DE UNA ALABANZA DE GLORIA

TEXTO ÍNTEGRO

"Al partir,
os lego esta vocación
que fue la mía
en el seno de la Iglesia militante
y que cumpliré incesantemente
en la Iglesia triunfante:
Alabanza de gloria de la Trinidad."

"ÚLTIMO RETIRO DE LAUDEM GLORIAE"
O
EL OFICIO DE UNA ALABANZA DE GLORIA

15 agosto 1906

Primer día

A IMAGEN DEL HIJO, AQUÉL
QUE FUE LA PERFECTA ALABANZA DEL PADRE

Nescivi! "Yo ya no quiero saber nada" (*Cant* 6, 11). He ahí lo que canta la esposa de los Cánticos después de haber sido introducida en la cámara interior. Me parece que ese ha de ser también el estribillo de una alabanza de gloria, en ese primer día de retiro en que el Maestro la hace penetrar en el abismo sin fondo, para enseñarle a cumplir el oficio que será el suyo durante la eternidad y en el cual debe ejercitarse en el tiempo, que es la eternidad comenzada pero siempre en progreso.

Nescivi! "Yo ya no quiero saber nada", ya no quiero saber nada, sino conocerle, a Él, y la comunicación de sus aflicciones, siendo hecha conforme a su muerte (*Phil* 3, 10). "Los que Dios conoció en su presencia, a estos también predestinó, para ser hechos conformes a la imagen de su divino Hijo" (*Rom* 8, 29), el Crucificado por amor. Cuando yo esté toda identificada con ese ejemplar divino, cabalmente pasada a Él y Él a mí, entonces cumpliré mi vocación eterna, aquella por la cual Dios me eligió en Él "in principio", la que proseguiré "in aeternum", cuando, sumergida en el seno de la Trinidad, sea la incesante alabanza de gloria, "Laudem gloriae ejus" (*Eph* 1, 12).

"Nadie ha visto al Padre, nos dice san Juan (6, 46), si no es el Hijo y aquellos a los cuales agradó al Hijo revelarlo" (*Mt* 11, 27). Me parece que podríamos decir: "Nadie ha penetrado el misterio de Cristo en su profundidad, si no es la Virgen". Juan y Magdalena leyeron muy a fondo en este misterio. San Pablo habla frecuentemente

de "la inteligencia" (*Eph* 3, 4) que de ello le fue dada, y sin embargo, ¡cómo quedan en la sombra todos los santos cuando se mira a las claridades de la Virgen...! Ella es la inenarrable. El "secreto que Ella guardaba confiriéndolo en su corazón" (*Lc* 2, 19), que ninguna lengua ha podido revelar, ni pluma alguna traducir.

Esta Madre de gracia va a formar mi alma, para que su hijita sea una imagen viva "sorprendente" de su "Primogénito" (*Mt* 1, 25), el Hijo del Eterno, Aquél que fue la perfecta alabanza de gloria de su Padre.

Segundo día

LA UNIDAD INTERIOR

"Mi alma siempre anda entre sus manos" (*Ps* 118, 109). He ahí lo que se cantaba en el alma de mi Maestro, he ahí también por qué, entre todas las angustias, Él seguía siendo siempre el Tranquilo y el Fuerte. ¡Mi alma siempre anda entre sus manos! ¿qué quiere decir, sino esa plena posesión de sí en presencia del Pacífico?

Hay otro canto de Cristo que yo quisiera repetir incesantemente: "Guardaré para ti mi fortaleza" (*Ps* 58, 10). Mi Regla me dice: Vuestra fuerza será el silencio. Me parece, pues, que guardar la fuerza en el Señor, es hacer la unidad en todo el ser por el silencio interior, es recoger todas las fuerzas para ocuparlas en el solo ejercicio del amor; es tener ese ojo sencillo que permite a la luz de Dios irradiar en nosotros.

Una alma que discute con su yo, que se ocupa de sus sensibilidades, que persigue un pensamiento inútil, un deseo cualquiera, esa alma dispersa sus fuerzas, no está ordenada a Dios, su lira no vibra al unísono; y cuando el Maestro la toca no puede hacer salir de ella armonías divinas. Aún hay demasiado de humano, hay una disonancia.

El alma que se guarda todavía alguna cosa en su reino interior, en la que todas las fuerzas están "incluidas" en Dios, no puede ser una perfecta alabanza de gloria; no se halla en estado de cantar sin interrupción ese "can-

ticum magnum" del que habla san Pablo, porque no reina en ella la unidad, y en vez de proseguir su alabanza por entre todas las cosas en la simplicidad, ha de reunir sin cesar las cuerdas de su instrumento que están un poco perdidas en todos lados.

Me parece que el Maestro se refería a esto cuando hablaba a Magdalena del "Unum necessarium" (*Lc* 10, 42). ¡Cómo lo comprendió la gran santa! El ojo de su alma, alumbrado por luz de fe, había reconocido a su Dios bajo el velo de humanidad y, en el silencio, en la unidad de sus potencias "escuchaba" (*Lc* 10, 39) la palabra que Él le decía, y podía cantar: "Mi alma siempre anda entre sus manos", y todavía esta palabrita: "Nescivi!" Sí, ya no sabía de nada que no fuera Él. Podría hacerse ruido, alborotar a su alrededor, Nescivi! Podríasela acusar: Nescivi!, ni por su honor ni por las cosas exteriores podrán hacerla salir de su silencio sagrado.

Así sucede en el alma entrada en la fortaleza del santo recogimiento. El ojo de su alma, abierto a las claridades de la fe, descubre a su Dios presente, viviente en ella. A su vez, permanece ella tan presente ante Él en la bella simplicidad, que Él la guarda con celoso cuidado. Entonces pueden sobrevenir las agitaciones de afuera, las tempestadas interiores; entonces puede tocarse su pundonor: Nescivi! Dios puede esconderse, retirarle su gracia sensible, Nescivi! Y de nuevo, con san Pablo: "Por su amor, todo lo he perdido" (*Phil* 3, 8).

En ese caso el Maestro es libre, libre de derramarse, de darse "a su medida" (*Eph* 4, 7) y el alma así simplificada, unificada, se convierte en trono del Inmutable, puesto que la Unidad es el trono de la Santísima Trinidad.

Tercer día

PERMANECER A TRAVÉS DE TODO, EN PRESENCIA DE DIOS

"Fuimos predestinados por un decreto de Aquél que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad, para que seamos la alabanza de su gloria" (*Eph* 1, 11, 12).

Es san Pablo quien nos hace partícipes de esa elección divina, san Pablo que penetra muy hondo el "secreto escondido en el corazón de Dios desde los siglos" (*Eph* 3, 9).

Va a darnos él ahora la luz sobre esta vocación a la cual somos llamados. "Dios —dice— nos eligió en Él mismo antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancilla, delante de Él en caridad" (*Eph* 1, 4).

Si reconcilio esas dos exposiciones del plan divino "y eternamente inmutable", de ello concluyo que, para cumplir dignamente mi oficio de "Laudem gloriae", he de estarme en medio de todo, en presencia de Dios; más que esto, el Apóstol nos dice: "in caritate", es decir, en Dios, "Deus caritas est" (*Io* 4, 8); y es el contacto del Ser divino el que me hará inmaculada y santa a sus ojos. Me refiero en esto a la bella virtud de la simplicidad, de la que un piadoso autor ha escrito: "da al alma el reposo del abismo, es decir, ese reposo en Dios, abismo insondable, preludio y eco de ese "sabbat" eterno del que habla san Pablo diciendo: "Porque entraremos en el reposo los que creemos" (*Heb* 4, 3).

Los glorificados tienen ese reposo del abismo, para que contemplen a Dios en la simplicidad de su Esencia. "Le conocen —dice aún san Pablo— como ellos son conocidos de Él" (*1 Cor* 13, 12), es decir, por la visión intuitiva, la mirada sencilla, y es, prosigue el gran santo, porque "son transformados de claridad en claridad en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (*2 Cor* 3, 18). Entonces son una incesante alabanza de gloria al Ser divino, que contempla en ellos su propio esplendor.

Me parece que sería dar una alegría inmensa al Corazón de Dios, el ejercitarse en el cielo de su alma en esta ocupación de los bienaventurados, y adherirse a Él por esa contemplación simple que aproxima la criatura al estado de inocencia en el cual Dios la creó.

"A su imagen y semejanza" (*Gen* 1, 26), tal fue el sueño del Creador: poder contemplarse en su criatura y ver resplandecer todas sus perfecciones, toda su belleza, como a través de un cristal puro y sin mancha. ¿No

es esto una especie de extensión de su propia gloria?

El alma, por la simplicidad de la mirada con la cual fija su divino objeto, se encuentra separada de todo cuanto la rodea, separada también y sobre todo de ella misma; entonces "resplandece de esa ciencia de la claridad de Dios", de la que habla el Apóstol (*Cor* 4, 6), para que permita al Ser divino reflejarse en ella y serle comunicados todos sus atributos.

En verdad, esta alma es la alabanza de gloria de todos sus dones; canta a través de todo y en medio de los actos más vulgares el "canticum magnum", el "canticum novum", y ese cántico hace estremecer a Dios hasta en sus profundidades.

"Tu luz, puede decirse con Isaías, nacerá en las tinieblas, y tus tinieblas serán como el mediodía; y te dará reposo el Señor siempre, y llenará tu alma de resplandores, y librará tus huesos, y serás como huerto de regadío, y como fuente de aguas que no cesa jamás... Y te levantaré sobre las alturas de la tierra" (*Is* 58, 10, 14).

Cuarto día

UNA SOLA LUZ: LA FE

Ayer, san Pablo levantando un poco el velo, permitíame clavar mi mirada en la heredad de los santos, en la luz (*Col* 1, 12), para que yo viese cual era su ocupación y procurara, tanto como fuera posible, conformar mi vida a la de ellos, a fin de cumplir mi oficio de "Laudem gloriae".

Hoy es san Juan, el discípulo amado de Jesús, quien va a entreabrirme un poco "las puertas eternas" (*Ps* 32, 7), para que pueda reposar mi alma en la santa "Jerusalén, ¡dulce visión de paz!" (Oficio de la Dedicación). Y desde luego me dice: "La ciudad no ha menester sol, porque la claridad de Dios la alumbró, y la lámpara de ella es el Cordero" (*Apoc* 21, 23). Si quiero que mi ciudad interior tenga alguna conformidad y semejanza con la del "Rey de los siglos inmortal" (*1 Tim* 1, 17) y reciba la gran iluminación de Dios, preciso es que apague toda

otra luz y que, como en la Ciudad santa, el Cordero sea en ella la sola lámpara.

He aquí la fe, la bella luz de la fe que me apareció; ella sola ha de alumbrarme para ir al encuentro del Esposo. El salmista canta que Él "se esconde en las tinieblas" (*Ps* 17, 12), después parece contradecirse en otra parte, diciendo: "cubierto estás de luz como de una vestidura" (*Ps* 103, 2). Lo que resalta para mí en esta contradicción aparente, es que debo sumergirme en la tiniebla sagrada, haciendo la noche y el vacío en todas mis potencias. Entonces hallaré a mi Maestro y la luz que le envuelve como vestidura, me envolverá a mí también; porque Él quiere que la esposa esté luminosa de su luz, de "su sola" luz, "teniendo la claridad de Dios" (*Apoc* 21, 11).

Se dijo de Moisés, que "estuvo firme en su fe, como si viera al Invisible" (*Heb* 11, 27). Creo que tal debe ser la actitud de una alabanza de gloria que quiera proseguir por entre todo, su himno de acción de gracias: "firme en su fe como si ella hubiese visto al Invisible...", firme en su fe "al amor demasiado grande..., hemos conocido y creído a la caridad, que Dios tiene por nosotros" (*1 Io* 4, 16).

"La fe —dice san Pablo— es la substancia de las cosas que se esperan, argumento de las cosas que no aparecen (*Heb* 11, 1). ¿Qué importa al alma que se recoge bajo la claridad que en ella crea esta palabra, sentir o no sentir, estar en la noche o en la luz, gozar o no gozar? Experimenta una especie de vergüenza en hacer diferencias entre cosas y cuando se siente aún tocada por ellas, se menosprecia profundamente por su poco amor y mira de prisa hacia su Maestro para hacerse rescatar por Él. "Le exalta —según expresión de un místico— sobre las más altas cimas de la montaña de su corazón". Por encima de las dulzuras y consolaciones que de Él destilan, porque ha resuelto sobrepujarlo todo para unirse al que ama. Me parece que a esta alma, a ésta, inconmovible en su fe al Dios caridad, pueden dirigirse las palabras del Príncipe de los Apóstoles: "Y creyendo en Él os gozaréis con gozo inefable y lleno de gracia" (*1 Petr* 1, 8).

Quinto día

COMULGAR EN LA PASIÓN DE CRISTO

"Vi una gran muchedumbre, que nadie podía contar... Éstos son los que vinieron de una grande tribulación, y lavaron sus ropas y las emblanquecieron en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo... y el que está sentado en el trono morará sobre ellos. No tendrán hambre, ni sed nunca jamás, ni caerá sobre ellos ningún ardor, porque el Cordero que está en medio del trono, los guardará, y los llevará a fuentes de aguas, y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos" (*Apoc* 7, 9, 14, 15, 16, 17).

Todos esos elegidos que tienen la palma en la mano y están todos bañados en la gran luz de Dios, tuvieron primero que pasar por la gran tribulación, conocer ese "dolor inmenso como el mar" (*Lam* 2, 13) cantado por el Profeta. Antes de "contemplar a cara descubierta la gloria del Señor" (*2 Cor* 3, 18), comulgaron en los aniquilamientos de su Cristo. Antes de ser transformados de claridad en claridad en la Imagen del Ser divino (*2 Cor* 3, 18), fueron conformes a la del Verbo Encarnado, el Crucificado por amor.

El alma que quiera servir a Dios noche y día en su templo —me refiero a ese santuario interior del que habla san Pablo cuando dice: "El templo de Dios, que sois vosotros, santo es" (*1 Cor* 3, 17)— esa alma ha de estar resuelta a comulgar efectivamente en la Pasión de su Maestro. Es una de las rescatadas que debe a su vez rescatar otras almas, y para eso cantará en su lira: "Yo me glorifico en la luz de Jesucristo" (*Gal* 6, 14)... "Estoy clavada en la cruz, junto con Jesucristo" (*Gal* 2, 19)... y también: "Suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo, por el Cuerpo de Él, que es la Iglesia" (*Col* 1, 24). "Permaneció la Reina a tu derecha" (*Ps* 44, 10). Tal es la actitud de esta alma. Anda por el camino del Calvario, a la derecha de su Rey crucificado, aniquilado, humillado, y sin embargo, siempre tan fuerte, tan tranquilo, tan lleno de majestad, yendo a su Pasión,

para hacer estallar la "gloria de su gracia", según la recia expresión de san Pablo. Quiere asociar a su esposa en la obra de redención y esa vía dolorosa por la que ella anda le aparece como el camino de la beatitud, no solamente porque allí conduce, sino también porque el santo Maestro le hace comprender que debe sobrepujar lo que hay de amor en el sufrimiento, para encontrar en éste, como Él su reposo. Entonces ella puede servir a Dios "noche y día en su templo"; las pruebas de fuera y de dentro no pueden hacerla salir de la santa fortaleza donde el Maestro la ha encerrado; ya no tiene "ni hambre ni sed", porque, a pesar de su abrasador deseo de beatitud, encuentra su hartura en esa comida, que fue la de su Maestro: la voluntad del Padre. "Ya no siente caer el sol sobre ella", es decir, no sufre ya de sufrir; entonces "el Cordero puede conducirla a las fuentes de vida", allí donde Él quiere, tal como lo entiende, porque ella no mira los senderos por los cuales pasa: mira simplemente al Pastor que la conduce.

Inclinándose Dios sobre esta alma, su hija adoptiva, tan conforme a la imagen de su Hijo "El Primogénito de toda criatura" (*Col* 1, 15), la reconoce por una de aquellas que Él predestinó, llamó, justificó, y se estremece en sus entrañas de Padre, pensando en consumar su obra, a saber, glorificarla transfiriéndola a su reino para cantar allí por los siglos de los siglos, la alabanza de su gloria.

Sexto día

¡OH BIENAVENTURADA MUERTE EN DIOS!

"Y miré: y he aquí el Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sión y con Él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían escrito sobre sus frentes su nombre y el nombre de su Padre; oí una voz del cielo como de muchas aguas y como voz de grande trueno: y la voz que oí, era como de tañedores de arpa, que tañían sus arpas, y cantaban como un cántico nuevo delante del trono... y ninguno podía decir aquel cántico, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil... porque son vírgenes. Éstos

siguen al Cordero dondequiera que vaya" (*Apoc* 14, 1, 4).

Hay seres que, desde este mundo, participan de esa generación pura como la luz; y llevan en su frente el nombre del Cordero y el de su Padre: el nombre del Cordero por su semejanza y conformidad con aquél que san Juan llama "El Fiel, el Verdadero" (*Apoc* 3, 14) y nos lo muestra vestido de ropa tinta en sangre. Aquellos seres son también los fieles, los verdaderos, y su ropa está teñida de la sangre de su inmolación continua. El nombre de su Padre, para que brille en ellos la belleza de sus perfecciones, reflejándose en sus almas todos los atributos divinos; y son como otras tantas cuerdas que vibran y cantan el cántico nuevo.

Ellas siguen también al Cordero por doquiera que vaya; no solamente en las rutas anchas y fáciles de recorrer, sino en los senderos espinosos, entre los zarzales del camino; es que aquellas almas son vírgenes, es decir, libres, separadas, despojadas. Libres de todo, salvo de su amor; separadas de todo y sobre todo de ellas mismas; despojadas de toda cosa, lo mismo en el orden sobrenatural que en el orden natural. ¡Qué suerte en sí supone esto! ¡Qué muerte! Digamos con san Pablo: "Quotidie morior" (*1 Cor* 15, 31).

El gran santo escribía a los Colosenses: "Porque estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (*Col* 3, 3). He aquí la condición: es necesario estar muerto. No siendo así, puede estarse escondido en Dios a ciertas horas, pero no se vive habitualmente en ese estado divino, porque todas las sensibilidades, pesquisas personales y lo demás acaban por hacer salir de allí.

El alma que fija a su Maestro con ese ojo sencillo que vuelve luminoso todo el cuerpo, es guardada del "fondo de iniquidad" (*Ps* 17, 24) que hay en ella y del que se lamentaba el Profeta. El Señor la hizo entrar en ese "lugar espacioso" (*Ps* 17, 20), que no es otro que Él mismo; allí todo es puro, todo es santo.

¡Oh bienaventurada muerte en Dios! ¡Oh suave y dulce pérdida de sí en el Ser amado, que permite a la criatura exclamar: "Y vivo, ya no yo: mas vive Cristo en mí. Y lo que vivo en carne: lo vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó, y se entregó a Sí mismo por mí" (*Gal* 2, 19, 20).

Séptimo día

SÓLO LA GLORIA DEL ETERNO

"Caeli enarrant gloriam Dei" (*Ps* 18, 1). He ahí lo que publican los cielos: la gloria de Dios. Puesto que mi alma es un cielo en el que vivo esperando la Jerusalén celestial, menester es que ese cielo cante también la gloria del Eterno, solamente la gloria del Eterno.

"El día transmite al día ese mensaje" (*Ps* 18, 2). Todas las luces, todas las comunicaciones de Dios a mi alma, son ese día que transmite al día el mensaje de su gloria. "El decreto de Yahvé es puro —canta el salmista—, ilumina la mirada" (*Ps* 18, 9). Por consiguiente, mi fidelidad en corresponder a cada uno de sus decretos, a cada una de sus ordenanzas interiores, me hace vivir en su luz; también ella es un mensaje que transmite su gloria.

Mas he aquí la dulce maravilla: "Yahvé, quien Te mira, resplandece" (*Ps* 34, 6), exclama el Profeta. El alma que, por la profundidad de su mirada interior, contempla a través de todo a su Dios, en la simplicidad que la separa de otra cosa, esa alma es resplandeciente; es un día que transmite al día el mensaje de su gloria. "La noche lo anuncia a la noche" (*Ps* 18, 3). He aquí lo que es muy consolador: mis impotencias, mis disgustos, mis oscuridades, mis faltas mismas publican la gloria del Eterno. Mis sufrimientos, del alma o del cuerpo, también publican la gloria de mi Maestro.

David cantaba: "¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? El cáliz de salud tomaré" (*Ps* 115, 12, 13). Si yo lo tomo, ese cáliz empurpurado de la sangre de mi Maestro, y en la acción de gracias, toda gozosa, mezclo mi sangre a la de la santa Víctima, es, de algún modo, "infinitizada" y puede rendir al Padre una alabanza sublime; entonces, mi sufrimiento es un mensaje que transmite la gloria del Eterno.

Allí (en el alma que publica su gloria), Él puso un pabellón para el sol. El sol, es el Verbo, es el Espíritu. Si Él encuentra mi alma vacía de todo lo que no entra en estas dos palabras: su amor, su gloria, entonces la elige

para ser su cámara nupcial; "se lanza como un atleta corriendo su carrera..., y yo no puedo sustraerme a su calor" (*Ps* 18, 6, 7). Es ese "fuego consumidor" (*Heb* 12, 29) que obrará la bienaventurada transformación de que habla san Juan de la Cruz cuando dice: "Cada uno parece ser el otro, y ambos no son más que uno para ser alabanza de gloria del Padre".

Octavo día

LA ADORACIÓN

"Y no cesaban día y noche de decir: Santo, Santo, Santo el Señor Dios Omnipotente, el que era, y el que es, y el que ha de venir... Y se postraban, y adoraban al que vive en los siglos de los siglos, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: Digno eres Señor Dios nuestro, de recibir gloria, y honra, y poderío" (*Apoc* 4, 8, 10, 11).

¿Cómo imitar en el cielo de mi alma ese ejercicio incesante de los bienaventurados en el cielo de la gloria? ¿Cómo proseguir esa alabanza, esa adoración ininterrumpida? San Pablo me ilumina al respecto, cuando escribe a los suyos: "Para que el Padre, según las riquezas de su gloria, les conceda por medio de su Espíritu el ser fortalecidos en virtud en el hombre interior, de suerte que Cristo more por la fe en el amor" (*Eph* 3, 16, 17).

Estar arraigado y cimentado en el amor, tal es, me parece, la condición para cumplir dignamente el oficio de "Laudem gloriae". El alma que penetra y mora en esas "profundidades de Dios" (*1 Cor* 2, 10), que por consecuencia todo lo hace en Él, con Él, para Él y por Él, con esa limpieza de mirada que le da cierta semejanza con el Ser simple, esa alma, por cada uno de sus movimientos, cada una de sus aspiraciones, como por cada uno de sus actos, por corrientes que sean, se arraiga más profundamente en Aquél que ella ama. Todo en ella rinde homenaje al Dios tres veces santo; es, por así decirlo, un Sanctus perpetuo, una incesante alabanza de gloria!

"Se prosternan, adoran, tiran sus coronas." "Y desde

luego debe el alma prosternarse, sumergirse en el abismo de su nada, hundirse en ella de tal modo que, según la maravillosa expresión de un místico, halle la paz verdadera, invencible y perfecta, a la que nada turba, porque se ha precipitado tan abajo que nadie irá a buscarla allá" (Ruysbroek, 110). Entonces podrá adorar.

La adoración, ¡ah! es una palabra del cielo. Me parece que se la puede definir: el éxtasis del amor. Es el amor dominado por la belleza, la fuerza, la grandeza inmensa del Objeto amado; cae en una especie de desfallecimiento, en un silencio pleno, profundo, ese silencio de que hablaba David cuando exclamaba: "El silencio es tu alabanza" (*Ps* 65, 2). Sí, es la más bella alabanza, puesto que es la que se canta eternamente en el seno de la tranquila Trinidad; y es además "el último esfuerzo del alma que sobreabunda y no puede ya decir nada" (Lacordaire). "Adorad al Señor, porque es santo" se ha dicho en un salmo. Y asimismo: "Se le adorará siempre por Él mismo" (*Ps* 71). El alma que se recoge bajo esos pensamientos, que los penetra con ese "sentido de Dios" de que habla san Pablo, vive en un cielo anticipado, ¡por encima de lo que pasa, por encima de las nubes, por encima de ella misma! Sabe que Aquél que ella adora posee en Sí toda dicha y toda gloria, y, tirando la corona en su presencia como los bienaventurados, se menosprecia, se pierde de vista y halla su beatitud en la del Ser adorado, entre todo sufrimiento y dolor, porque se ha abandonado, se ha entregado a otro. Creo que en esta actitud adorante, el alma semeja a esos pozos de que habla san Juan de la Cruz, que reciben las aguas descendientes del Líbano. Y al verla, puede decírsele: "Un río caudaloso alegra la ciudad de Dios" (*Ps* 45, 5).

Noveno día

EL DESEO DEL CREADOR

"Sed santos, como santo soy yo" (*Lev* 19, 2). ¿Quién es pues Aquél que puede dar un tal mandamiento? Él mismo ha revelado su nombre, ese nombre que le es

propio, que sólo Él puede llevar: "Yo soy —dice a Moisés— el que soy (*Ex* 3, 14), el solo viviente, el príncipe de todos los seres." "Porque dentro de Él —dice el Apóstol— vivimos, nos movemos y existimos" (*Act* 17, 28).

"Sed santos, como santo soy yo", bien me parece que es la misma voluntad expresada el día de la creación, cuando Dios dijo: "Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza" (*Gen* 1, 26). El deseo del Creador es siempre el de identificarse, asociarse a su criatura. San Pedro dice que "fuimos hechos partícipes de la naturaleza divina". (*2 Petr* 1, 4). San Pablo recomienda que "conservemos ese principio de su ser" (*Heb* 3, 14) que Él nos dio; y el discípulo del amor nos dice: "Ahora somos hijos de Dios: y no aparece aún lo que hemos de ser. Sabemos que cuando Él apareciere, seremos semejantes a Él: por cuanto nosotros le veremos así como Él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se santifica a sí mismo, así como Él es Santo" (*1 Io* 2, 3).

Ser santo como Dios es santo, tal es, me parece, la medida de los hijos de su amor. ¿No ha dicho el Maestro: "Sed vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto"? (*Mt* 5, 48). Hablando a Abraham, Dios le decía: "Anda en mi presencia, y sé perfecto" (*Gen* 17, 1). Ahí está, pues, el medio para alcanzar esa perfección que nuestro Padre del cielo nos pide. San Pablo, después de haberse sumergido en esos consejos divinos, bien revelaba eso a nuestras almas al escribir que Dios nos eligió en Él antes de la creación, para que fuésemos santos y sin mancilla delante de Él en caridad" (*Eph* 1, 4, 5).

Todavía a la luz de ese mismo Santo, es donde voy a iluminarme para andar sin conocer nunca rodeos, en ese camino magnífico de la presencia de Dios, por el que el alma camina sola con el Solo, conducida por su "poderosa diestra" (*Ps* 19, 7), bajo la protección de sus alas, sin temer los terrores nocturnos, "ni la saeta disparada de día, ni al enemigo que anda en las tinieblas, ni los asaltos del demonio en medio del día" (*Ps* 90, 4, 5, 6).

"Despojaos del hombre viejo, según el cual fue vuestra antigua forma de vivir, que se vicia según las concupiscencias del error —me dice Él— y revestíos del hom-

bre nuevo, que fue creado según Dios en justicia y en sentido de verdad" (*Eph* 4, 22, 24). He ahí el camino trazado, no ha de hacerse más que despojarse para recorrerlo como Dios lo entiende. Despojarse, morir en sí, perderse de vista, me parece que eso es lo que el Maestro miraba cuando dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (*Mt* 16, 24). "Si viviereis según la carne —dice todavía el Apóstol—, moriréis; mas si por el espíritu hiciereis morir los hechos de la carne, viviréis" (*Rom* 8, 13). He ahí la muerte que Dios pide y de la que se ha dicho: "Tragada ha sido la muerte por la victoria" (*Cor* 15, 54). "¡Oh muerte, dice el Señor, yo he de ser tu muerte!" (*Os* 13, 14), es decir: ¡Oh alma, mi hija adoptiva, mírame y te perderás de vista, derrámate del todo en mi ser, ven a morir en mí para que yo viva en ti!...

Décimo día

VIVIR EN UN ETERNO PRESENTE

"Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto" (*Mt* 5, 48). Cuando mi Maestro me hace oír esta palabra en el fondo del alma, creo que me pide vivir, como el Padre, en un eterno presente, sin antes ni después, pero entera en la unidad de mi ser en ese ahora eterno. ¿Cuál es ese presente? He aquí a David que me responde: "Y le adorarán siempre por Él mismo" (*Ps* 71, 15). He ahí el presente eterno en el cual "Laudem gloriae" debe establecerse.

Mas para que ella sea verdadera en esa actitud de adoración, para que pueda cantar: "Me levantaré al rayar el alba" (*Ps* 56, 9), es preciso que pueda decir también con san Pablo: "Por el cual todo lo he perdido" (*Phil* 3, 8), es decir, por Él, para adorarle siempre, me he aislado, separado, despojado de mí misma y de todas las cosas, tanto respecto a lo natural como al orden sobrenatural ante los dones de Dios, porque una alma que no es así destruida y rescatada de sí misma, será forzosamente, en ciertas horas, trivial y natural, y eso no es digno de una

hija de Dios, de una esposa de Cristo, de un templo del Espíritu Santo. Para precaverse contra esa vida natural es menester que el alma esté del todo despierta en su fe, con esa bella mirada tendida hacia el Maestro. Entonces "andará", como cantaba el Rey-profeta, "con inocencia de corazón en medio de su familia" (*Ps* 100, 2), entonces adorará siempre a su Dios por Él mismo y vivirá, a imagen suya, en ese eterno presente en que Él vive.

"Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto". Dios, dice san Dionisio, es el gran Solitario. Pídeme mi Maestro que imite esa perfección, que le rinda homenaje siendo una gran solitaria. El Ser divino vive en una eternidad, en una soledad inmensa, no sale de ella nunca, interesándose por las necesidades de sus criaturas, porque no sale jamás de Él mismo, y esa soledad no es otra que su divinidad.

Para que nada se exteriorice de ese hermoso silencio interior, siempre la misma condición, el mismo aislamiento, la misma separación, el mismo desprendimiento. Si mis deseos, mis temores, mis alegrías o mis dolores, si todos los movimientos procedentes de esas cuatro pasiones no son perfectamente ordenados a Dios, no seré yo solitaria, se hablará demasiado de mí; es, pues, necesario el apaciguamiento, adormecer las potencias, la unidad del ser.

"Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el Rey se enamorará más de tu belleza" (*Ps* 44,11). Me parece que esta llamada es una invitación al silencio: "Escucha... presta atento oído..." Mas para oír, es preciso olvidar la casa del propio padre, es decir, todo lo que tiende a la vida natural, esa vida de la que quiere hablar el Apóstol cuando dice: "Si viviereis según la carne, moriréis" (*Rom* 8, 13). Olvidar su pueblo, es más difícil, me parece, porque ese pueblo es todo este mundo que, por así decirlo, forma parte de nosotros mismos: es la sensibilidad, los recuerdos, las impresiones, etc... el "yo", en una palabra. Menester es olvidarlo, dejarlo; y cuando el alma haya conseguido esta ruptura, cuando esté libre de todo eso, el Rey se enamorará de su belleza, porque la belleza es la unidad, al menos la de Dios...

Undécimo día

"ES TODA LA TRINIDAD LA QUE MORA EN MI ALMA"

"Sacóme el Señor a un lugar espacioso... y me salvó por un efecto de su buena voluntad para conmigo" (*Ps* 17, 20).

Viendo el Creador el hermoso silencio que reina en su criatura, considerándola totalmente recogida en su soledad interior, se enamora de su belleza, y la hace pasar a esa inmensa soledad infinita, a ese lugar espacioso cantado por el profeta, y que no es otro que Él mismo: "Me internaré en las profundidades del poderío de Dios" (*Ps* 70, 16). Por boca de su profeta, el Señor dijo: "La llevaré a la soledad, y le hablaré al corazón" (*Os* 2, 14). Hela ahí, esa alma, entrada en esa vasta soledad donde Dios va a hacerse oír.

"Su palabra —dice san Pablo— es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos; alcanza hasta la división del alma y del espíritu, aún de las coyunturas y de los tuétanos" (*Heb* 4, 12). Es pues la que alcanzará directamente el trabajo de renunciamiento en el alma, porque esta palabra tiene de propio y particular que obra y crea lo que hace oír, con tal que el alma consienta en dejarse hacer.

Mas no lo es todo oír esta palabra, necesario es guardarla. Y guardándola, es como el alma será santificada en verdad, y de ahí el deseo del Maestro: "Santifícalos con tu verdad; tu palabra es la verdad" (*Io* 17, 17). A quien guarda su palabra ¿no le hizo esta promesa: "Mi Padre le amará y vendremos a Él y en Él haremos morada"? (*Io* 14, 23). Es la Trinidad íntegra la que habita en el alma que la ama de verdad, a saber, guardando su palabra. Y cuando esta alma comprende su riqueza, todas las alegrías naturales o sobrenaturales que puedan venirle de parte de las criaturas, o también de parte de Dios, no hacen más que invitarla a entrar en sí, para gozar igualmente del Bien substancial que ella posee y que no es otro que Dios mismo. Tiene así —dice san Juan de la Cruz— cierta semejanza con el Ser divino.

"Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto". San Pablo me dice: "que Él obra todas las cosas según el consejo de su voluntad" (*Eph* 1, 11), y mi Maestro también me pide rendirle homenaje en esto: "hacer todas las cosas según el consejo de mi voluntad". No dejarse gobernar nunca por las impresiones, por los primeros movimientos de la naturaleza, sino poseerme a mí misma por la voluntad. Y para que esta voluntad sea libre, es preciso, según expresión de un piadoso escritor "incluirla" en la de Dios. Entonces "movida por su Espíritu" (*Rom* 8, 14), como dice san Pablo, sólo haré lo divino, lo eterno, y, a imagen de mi Inmutable, viviré desde este mundo en un eterno presente.

Duodécimo día

EL VERBO SE HIZO CARNE

"Verbum caro factum est, et habitavit in nobis" (*Io* 1, 14). Dios había dicho: "Sed santos, como santo soy yo"; pero Él quedaba escondido e inaccesible, y la criatura tenía necesidad de que descendiera hasta ella, que viviese Él de su vida, a fin de que, poniendo sus pasos en la huella de los suyos, pudiera así remontar hasta Él y hacerse santa de su santidad..

"Y por ellos yo me santifico, para que ellos sean también santificados en verdad" (*Io* 17, 19). Heme aquí en presencia del "misterio que ha estado escondido en los siglos y generaciones... del misterio —dice san Pablo— que Cristo es en nosotros la esperanza de la gloria" (*Col* 1, 26, 27). Y añade que le fue dada la inteligencia de ese misterio" (*Eph* 3, 4). Es, pues, en el gran Apóstol donde voy a instruirme para poseer esa ciencia que, según su expresión, "sobrepuja todo entendimiento: la ciencia de la caridad de Jesucristo" (*Eph* 3, 19).

Y desde luego me dice "que Él es mi paz; que por Él tengo entrada al Padre" (*Eph* 2, 14, 18); porque en Él quiso hacer habitar toda plenitud; y reconciliar todo en sí mismo, pacificando por la sangre de su Cruz, tanto lo que está en la tierra, como lo que está en el cielo" (*Col*

1, 19, 20). "Cumplidos en Él —prosigue el Apóstol—, estando sepultados juntamente con Él en el bautismo, en el que también resucitasteis mediante la fe en el poder de Dios... Os hizo revivir con Él, perdonándonos todos los pecados, cancelando la escritura condenatoria que pesaba sobre nosotros, y la quitó de en medio, clavándola en la Cruz; y despojando los principados y las potestades, los sacó victoriosamente, triunfando en público de ellos en Sí mismo" (*Col* 2, 10, 12, 15) para haceros santos, y sin mancilla, e irreprensibles delante de Él (*Col* 1, 22).

He ahí la obra de Cristo frente a toda alma de buena voluntad; y es el trabajo que su inmenso amor, su "amor demasiado grande", le urge hacer en mí. Él quiere ser mi paz para que nada pueda distraerme o hacerme salir de la fortaleza inexpugnable del santo recogimiento, donde me dará entrada al Padre y me guardará inmóvil y pacífica en su presencia, como si ya mi alma estuviese en la eternidad. "Por la sangre de su Cruz" todo lo pacificará Él en mi pequeño cielo para que sea verdaderamente el reposo de los "Tres". Me llenará de Él, me sepultará en Él me hará revivir con Él en su vida: "Mihi vivere Cristus est" (*Phil* 1, 12).

Y si caigo a cada momento, confiando en la fe, haré que Él me levante. Y sé que me perdonará, que lo borrará todo con celoso cuidado; más aún, que me despojará, me librará de todas las miserias, de todo lo que sea obstáculo a la acción divina, que arrastrará todas mis potencias y las hará sus cautivas, triunfando de ellas en Él mismo. Entonces estaré del todo librada a Él. Podré decir: "Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (*Gal* 2, 20), y seré santa, pura e irreprensible a los ojos del Padre.

Decimotercer día

ANDAR EN JESUCRISTO

"Instaurare omnia in Christo" (*Eph* 1, 10). Es aún san Pablo quien me instruye, san Pablo que acaba de sumergirse en el gran consejo de Dios y que me dice "que Él

había resuelto por sí mismo restaurar en Cristo todas las cosas".

Para que yo realice personalmente ese plan divino, he aquí de nuevo a san Pablo que viene en mi ayuda y que va a trazarme él mismo un reglamento de vida: "Andad en Jesucristo —me dice— arraigada en Él, edificada en Él, fortificada en la fe... y creciendo en Él en acción de gracias" (*Col* 2, 6, 7).

"Andar en Jesucristo". Me parece, que es salir de sí, perderse de vista, abandonarse para entrar más profundamente en Él, a cada instante que pasa; tan profundamente, que se esté "arraigado" allí, y que en cualquier acontecimiento, sea lo que sea, pueda lanzarse este hermoso desafío: "¿Quién me separará del amor de Jesucristo?" (*Rom* 8, 35). Cuando el alma está instalada en Él tan profundamente, cuando "sus raíces" están allí de tal modo sumergidas, la savia divina se derrama en ella a oleadas, y todo lo que es vida imperfecta, trivial, natural, es destruido; entonces, según el lenguaje del Apóstol, "lo que es mortal es absorbido por la vida" (*2 Cor* 5, 4). El alma así despojada de ella misma y "revestida de Jesucristo", ya no ha de temer los contactos de fuera, ni las dificultades de dentro, porque estas cosas, lejos de serle un obstáculo, no hacen más que arraigarla más profundamente en el amor de su Maestro. A través de todo, con y contra todo, se halla en estado de adorarle siempre por Él mismo, porque está libre, rescatada de ella misma y de todo. Puede cantar ella con el salmista: "aunque se acampen ejércitos contra mí, no temblaré; aunque me embistan en batalla, mantendré yo firme mi esperanza... porque Yahvé me esconde en lo recóndito de su pabellón" (*Ps* 26, 3, 5), y este pabellón no es otro que Él mismo. He ahí, me parece, lo que san Pablo entiende cuando habla de estar arraigado en Jesucristo (*Col* 2, 7, 8).

Y ahora, ¿qué significa estar "edificado en Él"? El Profeta canta otra vez: "Ensalzóme sobre una roca; y mi cabeza se irguió por encima de los enemigos que me rodeaban" (*Ps* 26, 5, 6). Bien creo que es la figura del alma edificada en Jesucristo. Él es ese peñasco donde ella está alzada por encima de sí misma, de los sentidos, de la naturaleza; por encima de las consolaciones o de los debe-

res, por encima de lo que no sea únicamente Él. Y allí, en su plena posesión, se domina y se supera ella misma y sobrepuja así todas las cosas.

Ahora san Pablo me recomienda estar "fortalecida en la fe", en esa fe que jamás permite al alma dormitar, sino que la tiene totalmente sobre aviso bajo la mirada del Maestro, recogida del todo bajo su palabra creadora; en esa fe "en el amor demasiado grande" que permite a Dios, me dice san Pablo, colmar el alma "según su plenitud" (*Eph* 3, 19).

En fin, quiere que yo "crezca en Jesucristo por la acción de gracias" (*Col* 2, 7). En esto es en lo que debe acabarse todo. "Padre, gracias te doy" (*Io* 11, 41); he ahí lo que se cantaba en el alma de mi Maestro, y Él quiere oír el eco de aquello en la mía. Pero me parece que el "cántico nuevo", que más puede encantar y cautivar a mi Dios, es el de una alma despojada, rescatada de ella misma, en la cual pueda reflejar todo lo que Él es y hacer todo lo que Él quiere. Esta alma se mantiene bajo su toque como una lira, y todos sus dones son como otras tantas cuerdas que vibran para cantar de día y de noche la "alabanza de su gloria".

Decimocuarto día

"SER TRANSFORMADO EN JESUCRISTO

"Me parece, que todo es pérdida desde que sé lo que hay de transcendente en el conocimiento de Jesucristo, mi Señor. Por su amor todo lo he perdido... teniendo por humo todas las cosas, con tal de ganar a Cristo, y que sea hallada en Él, no con mi propia justicia, sino con la que viene de Dios por la fe. Lo que quiero es conocerle, a Él, y la comunicación de sus aflicciones, siendo hecha conforme a su muerte. Prosigo mi carrera, procurando alcanzar aquello por lo que fui tomada de Jesucristo. Todo mi cuidado es olvidar lo que queda atrás, y extendiéndome hacia lo que está delante, corro en derechura al hito, al premio de la vocación celestial a que Dios me ha llamado en Jesucristo" (*Phil* 3, 8, 10, 12, 14).